BIBLIOTECA DE "LA NACION"

A. CONAN DOYLE

Nuevos Triunfos DE SHERLOCK HOLMES

VOLU 354 MEN

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

A. CONAN DOYLE

NUEVOS TRIUNFOS

DE

SHERLOCK HOLMES

BUENOS AIRES
1909

Nuevos triunfos de Sherlock Holmes

EL ENEMIGO DE NAPOLEON

I

Con frecuencia, el inspector Lestrade, de Scotland Yard, venía á pasar la velada con nosotros y, fumando cigarrillos y bebiendo wisky, hablábamos de mil cosas. Sherlock Holmes gustaba bastante de estas visitas porque servían para tenerle al corriente de todos los asuntos en que intervenía la policía.

A cambio de tales noticias Holmes se interesaba especialmente por los sucesos encomendados á Lestrade y le aconsejaba y le dirigía con su pericia habitual y su innegable experiencia de los hombres y de las cosas.

Una tarde en que habíamos agotado multi-

tud de temas—las mujeres, el tiempo, los libros, los crímenes célebres—decayó la conversación, y de improviso Holmes, mirando con fijeza á Lestrade, preguntó :

—¿Qué? ¿No es interesante?

—No ; no tiene nada de particular.

—No importa ; decídmelo.

El inspector echóse á reir.

—Seamos francos, Holmes ; os he dicho que no tenía nada de particular y, sin embargo, estoy en verdad preocupado con ello. A veces me parece tan estúpido que no le creo digno de atención, y en otras ocasiones le creo tan extraño, en medio de su vulgaridad, que me parece no he de llegar á resolverlo nunca. De muy antiguo sé cuánto os interesa todo lo extraordinario ; pero, ó mucho me equivoco, ó este asunto es más de la competencia del doctor Watson que de la vuestra.

—¿Algún caso patológico?—interrogué.

—Sí ; un caso de locura, de una extraña locura. Imaginaos que existe actualmente en Londres un individuo que odia á Napoleón I hasta el extremo de romper todas cuantas estatuas le representan.

Holmes encogióse de hombros.

—Teníais razón ; á mí no me importa esa historia.

—Ya lo dije antes ; pero si tenemos en cuenta que ese individuo asalta las casas para romper los bustos de Napoleón, veremos que se escapa del dominio del doctor y entra de lleno en el de la policía.

Holmes inclinóse sobre el brazo derecho del sillón.

—¡Hombre! Eso es ya más interesante. Contádmelo.

Lestrade sacó un cuaderno, y después de consultar algunas notas principió á hablar.

—El primer hecho de este género aconteció hace cuatro días en casa de Moisés Hudson, que tiene una tienda de objetos artísticos en Kennington Road. El comerciante entró un instante en las habitaciones interiores, cuando de repente fué desagradablemente sorprendido por un estrépito. Volvió corriendo á la tienda y se encontró roto en mil pedazos un busto en yeso de Napoleón que tenía encima del mostrador entre otros diversos objetos. Salió en seguida á

la calle, y á pesar del testimonio de varias personas que habían visto salir con precipitación á un individuo de la tienda, no pudo encontrarle. Atribuyó el suceso á uno de esos actos de barbarie tan frecuentes desde hace algún tiempo, y en esta forma hizo la denuncia á la policía. El busto sólo costaba unos cuantos chelines, y por consiguiente no se le concedió importancia alguna al asunto.

Sin embargo, anoche y en condiciones bastante más graves y extraordinarias, se repitió el caso en Kennington Road, cerca de la tienda de Hudson, en casa del doctor Barnicot, muy conocido y acreditado en la orilla izquierda del Támesis. El doctor Barnicot, aunque tiene la consulta en Kennington Road, posee una clínica á unas dos millas de distancia en Lower Brixton Road.

Este buen señor es un admirador fanático de Napoleón. Su casa está plagada de libros, de cuadros, de estampas, de periódicos, etc., referentes á la historia del emperador de los franceses. Justamente pocos días antes había comprado en casa de Hudson dos yesos enteramente iguales representando el busto de Napoleón y

modelados por el escultor Devine. Puso uno de ellos en la antesala de su casa de Kennington Road, y colocó el otro encima de la chimenea de su gabinete de Lower Brixton.

Esta mañana, al levantarse el doctor, vió que su casa había sido asaltada durante la noche, pero que, no obstante, únicamente faltaba el busto de yeso, que debió ser lanzado violentamente contra la tapia del jardín, á juzgar por los pedacitos que se hallaron cerca de dicha tapia.

Holmes se frotó las manos con satisfacción.

—¡ Bravo ! ¡ Esto se complica !

—Ya sabía yo que os había de interesar la historia. A mediodía el doctor Barnicot se dirigió á la clínica de Lower Brixton, y ¡ cuál sería su estupefacción al encontrarse con la ventana abierta de par en par y en el suelo los pedazos de otro busto ! Inmediatamente dió parte de lo sucedido á Scotland Yard, y aunque comprendimos desde el primer momento que el autor de estos desaguisados era el mismo que el de la tienda de Mr. Hudson, no hemos conseguido atraparle, por más esfuerzos que se han hecho.

—Realmente se trata de una historia muy interesante—repuso Holmes.—¿ Sabéis si los bus-

tos del doctor Barnicot eran reproducciones exactas del que apareció roto en la tienda?

—Sí ; los tres procedían del mismo molde.

—Esa circunstancia confirma vuestra hipótesis de que el autor de los desperfectos sea un enemigo acérrimo de Napoleón. Sin embargo, debemos tener en cuenta que resulta demasiado casual el que, habiendo tantas figuras de Napoleón en Londres, las tres que han aparecido rotas procedieran del mismo molde y de la misma tienda.

—Conformes, amigo Holmes ; pero no debemos olvidar que Moisés Hudson es el único vendedor de objetos artísticos que existe en este barrio de Kennington Road. Así, pues, aunque haya en Londres infinitas figuras representativas del gran hombre, es de suponer que esos tres bustos fueran los únicos que existían en el barrio. Nada más lógico que, si el maniático vive en esa parte, empiece por allí sus hazañas ; ¿no es cierto, señor Watson?

—No creáis que es tan fácil sentar una conclusión determinativa tratándose de un loco. Según los psicólogos franceses, la «idea fija» obsesiona de tal suerte que á ella únicamente res-

ponden todos los hechos del maníaco. Un hombre que haya estudiado la historia de Napoleón, ó cuya familia haya recibido durante las campañas por éste dirigidas algún grave daño ó injuria, puede haber caído en la obsesión, y ya en el precipicio cometer actos tan extraordinarios como los que nos acabáis de referir.

—Conformes, Watson—interrumpió Holmes ; —pero no se trata de eso ; lo importante es averiguar cómo llegó á enterarse con tal exactitud dónde se hallaban los bustos.

—¡ Ah ! Eso ya no lo sé.

—Ni yo tampoco. Pero no dejaréis de reconocer que hay demasiado método y precisión en esos actos para que sean producto de un cerebro desorganizado. Por ejemplo : en el vestíbulo del doctor Barnicot, donde el ruido podía dispertar á la gente, llevaron el busto al jardín para romperlo, mientras que en la clínica, donde no había tal peligro, el busto fué roto en la misma habitación.

—¡ Es verdad !—exclamamos Lestrade y yo á la vez.

—Ya recordaréis, amigo Watson, que todos los asuntos interesantes, los que más me dieron

y han dado que trabajar, fueron justamente los más misteriosos por su sencillez. Os suplico, querido Lestrade, que no olvidéis este asunto, y que en cuanto suceda algo nuevo—que ya veréis cómo no tarda en ocurrir—vengáis á decírmelo.

II

No se equivocó Sherlock Holmes en sus suposiciones, y antes de lo que esperábamos hubo de intervenir en el asunto misterioso. Al día siguiente por la mañana, estando yo vistiéndome para salir, llamaron á la puerta de mi habitación. Abrí y entró Sherlock con un telegrama en la mano.

—¡Calla! ¿Qué hay de nuevo?

—Oid.

Y leyó lo que sigue:

«Venid en seguida. Pitt Street, 131. Kensington.—*Lestrade.*»

—¿Y qué quiere decir esto?—pregunté.

—No sé... Me figuro que será la continuación de la historia de los bustos. Si es esto, nuestro

no puedo hallar palabras. Tengo la certidumbre de que si yo no fuera en estos momentos, si pudiera tener la sangre fría del reporter, haría un hermoso, un emocionante relato ; pero no me es posible. Toda la mañana me paso explicando el asunto, y tengo la seguridad de que ninguna vez he sabido dar la sensación exacta.

Hizo una pausa, se limpió la boca con el pañuelo, y sentándose, prosiguió :

—No es la primera vez que oigo vuestro nombre, señor Holmes, y no sabéis cuánto me alegro de que seáis vos precisamente el encargado de aclarar este enigma.

Holmes se inclinó silenciosamente, después se repantigó en una butaca y cerró los ojos, como siempre que se disponía á escuchar algo interesante.

—La aventura—comenzó el periodista,—parece tener por eje principal cierto busto de Napoleón que compré hace cuatro meses para adornar algo más este salón. Anoche, como siempre, estuve trabajando hasta muy tarde. El despacho lo tengo en el tercer piso, y á eso de las dos de la madrugada, en medio del absoluto silencio propio de esa hora, me pareció percibir ruido en

el piso bajo. Presté atención, y como no sintiera nada más, reanudé mi trabajo. De repente sonó un grito terrible, un grito taladrante que no olvidaré nunca, señor Holmes. Permanecí bastante rato helado de terror, luego, esforzándome en recobrar la sangre fría, bajé al piso bajo. En cuanto entré en la habitación, advertí que la ventana estaba abierta de par en par y que el busto había desaparecido. Lo demás, aun objetos de muchísimo más valor que el yeso insignificante, se hallaba intacto.

Continuando mi examen comprendí que el ladrón debió salir de un salto por la ventana. Salí al jardín y á los pocos pasos tropecé con un cadáver. Retrocedí en busca de luz, y ya con ella, vi el cuerpo de un hombre degollado de un tajo formidable por donde brotaba á torrentes la sangre. Yacía tendido boca arriba, las piernas abiertas, con un gesto de supremo espanto en los labios y en los ojos. Di dos ó tres pasos tambaleándome, lancé en la obscuridad un grito angustioso de socorro y caí desmayado.

Cuando volví en mí me hallé en la antesala con un *policemen* al lado.

—¿Y quién era el muerto?—interrumpió Holmes.

—Aún no lo sabemos—contestó Lestrade.—Ya veréis el cuerpo en la Morgue. Era un hombre alto, en la fuerza de los treinta años y cuyo aspecto demostraba un vigor poco común. Vestía con mucha modestia, pero sin parecer un vagabundo. A un lado y en un mar de sangre, encontramos un cuchillo con mango de cuerno. ¿Esta arma era del asesino ó de la víctima? No lo sabemos. Su ropa no tenía marca alguna y en los bolsillos no encontramos más que una manzana, un poco de bramante, un plano de Londres y este retrato.

Holmes examinó la fotografía. Representaba un hombre antipático, de rasgos acentuadamente siniestros, con las cejas bastante espesas y la mandíbula inferior muy saliente.

—¿Y qué fué del busto?—dijo Holmes después de mirar con atención el retrato.

—Hace un momento que lo hemos sabido. Se le ha hallado en el jardín de una casa desalquilada de Campden House Road.

—¿Roto?

—Roto. Yo me disponía á ir á verlo ahora mismo. ¿Queréis acompañarme?

—Ya lo creo; pero vais á tener la amabilidad de dejarme echar antes una ojeada.

Y después de examinar la alfombra y el borde de la ventana, continuó:

—¡Largas deben de ser las piernas del asesino! Aunque no muy alta la ventana, está lo bastante para dificultar la entrada por ella á la habitación. En fin, me parece que aquí ya no hacemos nada. ¿Queréis venir con nosotros á ver ese busto, señor Hasker?

El incansable periodista, que se había sentado frente á la mesa-escritorio, se volvió hacia nosotros y respondió:

—No puedo. Voy á intentar hacer un relato detallado del suceso, porque, sin duda, los periódicos de esta noche deben dar ya la noticia. ¿Os acordáis de cuando se hundieron las tribunas de las carreras de caballos de Doncaster? Pues en aquella ocasión yo era el único periodista que estaba presente, y mi periódico fué el único que no habló del acontecimiento á su debido tiempo, porque fué tal la impresión sufrida que no pude escribir ni una sola palabra. Ahora,

como entonces, seré el último en hablar de un asesinato ejecutado en mi propia casa. ¡Es un inconveniente ser tan sensible!...

A pesar de estas lamentaciones, cuando salimos del cuarto su pluma corría con velocidad sobre las cuartillas.

—

El sitio donde fueron encontrados los pedazos del busto estaba á unos cuantos centenares de metros. Por la primera vez pudimos Holmes y yo ver los restos del gran emperador, que parecía haber originado un odio tan violento en el alma de un desconocido.

Holmes cogió algunos de los trozos de yeso que blanqueaban sobre el césped y los examinó con mucho cuidado. En la cara que puso comprendí que había hallado ya la pista.

—¿Qué os parece?—preguntó Lestrade.

Mi amigo se encogió de hombros.

—Es muy prematuro todavía aventurar juicios de ninguna clase. Sin embargo, creo que ya

tenemos un punto de partida. Por lo pronto sabemos que la posesión de este insignificante busto tenía mucho más valor para un hombre que la vida de otro individuo. Debemos fijarnos también que, no queriendo coger este busto más que para romperlo, no lo hizo en la otra casa, sino que lo trajo hasta aquí y aquí lo destrozó.

—Quizá lo hiciera influido por un inconsciente é irrefrenable deseo de huir, después de ejecutado el crimen.

—Es posible; pero no debéis de olvidar la posición de esta casa, cuyo jardín ha elegido el asesino para romper el busto.

Lestrade miró á su alrededor.

—Nada más natural que eligiera ésta—contestó.—Se trata de una casa desalquilada, y por consiguiente, podía estar casi seguro de que no le molestaría nadie absolutamente.

—Sí; pero también hay otra en idénticas condiciones al principio de la calle, y, sin embargo, pasó por delante de ella sin entrar. ¿Por qué eligió ésta y no aquélla, siendo así que mientras más tiempo anduviera con el busto más probabilidades tenía de ser detenido?

—No lo sé—respondió sinceramente Lestrade, encogiéndose de hombros.

Holmes señaló un farol que había delante de la casa y dijo:

—Pues simplemente, porque aquí veía lo que hacía y en la otra casa no.

El *detective* se dió una palmada en la frente.

—¡Calla! Pues es cierto. Ahora recuerdo que el busto del doctor Barnicot fué roto también cerca de la linterna roja. (1) ¿Y qué deducís de eso, señor Holmes?

—Por ahora nada. Es un detalle que debemos recoger y emplearlo cuando sea necesario. ¿Qué pensáis hacer ahora, amigo Lestrade?

—Lo primero de todo establecer la identidad del cadáver, lo cual no debe ser difícil de averiguar. Una vez que conozcamos quién era y averigüemos sus costumbres y sus relaciones, no nos costará mucho trabajo saber por qué había ido á Pitt Street y quién fué la persona que se encontró y le mató en la puerta de mister Horacio Hasker. ¿No opináis de igual modo?

---

(1) Algunos médicos de Londres ponen un farol rojo en la puerta, para que sus casas sean reconocidas fácilmente durante la noche.

—No está mal pensado; pero yo seguiría distinto procedimiento.

—¿Cuál?

—No, de ningún modo; yo no deseo torcer vuestras inclinaciones. Seguid vos vuestro sistema, y yo seguiré el mío. Después comparamos los resultados, y nos ayudaremos mútuamente.

—Está bien — respondió Lestrade mordiéndose los labios.

—¡Ah! Si volvéis á Pitt Street, os agradecería que vierais á Hasker y le dijeseis, de parte mía, que estoy enteramente seguro de que el asesino es un loco que aborrece á Napoleón con toda su alma. Eso puede servirle para hacer más interesante su artículo.

Lestrade miró con fijeza á Holmes.

—Me parece que no creéis tal cosa.

Holmes sonrió.

—Tal vez; pero ya veréis como esa afirmación le parece de perlas á Mr. Hasker, y contribuye bastante á interesar á los lectores de su periódico.

Y luego, tendiendo la mano á Lestrade, continuó:

—Si queréis, esta noche nos veremos á las diez

en punto en Baker Street. ¡Ah! Vais á entregarme la fotografía esa. Si las cosas se presentan según espero, esta noche os he de suplicar que nos acompañéis á una expedición muy importante. Conque: ¡hasta las diez, y buena suerte! ¿Vamos, Watson?

III

Sherlock Holmes y yo fuimos á pie hasta High Street, donde entramos en la tienda de Harding Hermanos, que fueron los vendedores del busto. Un joven dependiente nos dijo que el señor Harding estaba fuera, y que no regresaría hasta el anochecer; además, como él llevaba muy poco tiempo en el establecimiento, no podía tampoco satisfacer nuestra curiosidad. Yo miré á Holmes, y en su fruncimiento de cejas adiviné el mal efecto que le había causado la noticia.

—¡Qué le vamos á hacer! — exclamó. — Nosotros no podemos aguardar á que venga el señor Harding.

Salimos de la tienda, y ya en la calle, cogiéndose de mi brazo, continuó:

—Como habéis visto, amigo Watson, yo de-

seo conocer el origen exacto de esos bustos, y saber si existe algún detalle particular que me ilumine algo más en mis descubrimientos. Si os parece bien, subiremos á ese coche, é iremos á casa del señor Moisés Hudson, en Kennington-Road, á ver si nos puede ayudar en algo.

Una hora después llegamos al conocido almacén de objetos artísticos. Preguntamos por el señor Hudson, y se nos presentó un hombrecillo grueso, de semblante rubicundo y ademanes inquietos y nerviosos.

—¡ Ah ! Sí, sí — exclamó tan pronto dijo Holmes las primeras palabras. — Aquí mismo, en este mostrador me lo rompieron. ¡ Yo no sé en qué piensan esos gobiernos que nos agobian á impuestos, para luego no proteger la propiedad ! ¡ Estar á merced del primer vagabundo que le dé la gana de destrozarnos los...

—El doctor Barnicot...—insinuó Holmes.

—Sí, sí, yo le vendí dos bustos al doctor Barnicot. — ¡ Es verdaderamente vergonzoso !... Para mí se trata de un complot anarquista... Unicamente un anarquista ha podido hacer eso. ¡ Claro ! ¡ Con esta tácita protección de las ideas libertarias y sanguinarias !...

—¿ Y vos dónde los adquirísteis?

—¿ El qué? ¿ Los bustos? No veo la relación que pueda tener con...

—No obstante...

—Bien, bien ; todas las opiniones son respetables... Precisamente hoy le decía yo á mi mujer que... Pero, en fin, esto no es del caso actual. Los compré en la casa Gelder y Compañía, en Church Street Slepeny, una casa acreditadísima, y fundada hace veinte años. Por cierto que...

—¿ Y cuántos comprasteis?

—Tres. Dos le vendí al doctor Barnicot, y el tercero fué el que me destrozaron aquí, en el mostrador, casi ante mis propias narices.

—¿ Conocéis á este individuo? — interrumpió Holmes, mostrándole la fotografía encontrada en el bolsillo del cadáver.

—A ver. No... Creo que... ¡ calla ! me parece que sí que le conozco. Justo : es Beppo, un italiano que estuvo algún tiempo empleado en esta casa. Se fué la semana pasada, y no he vuelto á saber de él. Ni sé de dónde venía ni adónde ha ido. ¡ Sabe Dios ! Sin embargo, en honor de la verdad, debo deciros que durante el tiempo

que estuvo en casa, no tuve motivo alguno de queja contra él. Precisamente dos días después, fué cuando me rompieron el busto. ¡ Cuidado que fué extraño ! Figuraos que estaba yo...

—Vaya, señor Hudson — dijo Holmes, tendiéndole la mano é interrumpiéndole bruscamente en su locuacidad, — he tenido muchísimo gusto en conoceros, y os estoy muy agradecido por vuestras noticias.

Salimos como alma que lleva el diablo.

—¿ Qué os ha parecido? — me preguntó Holmes, ya en la calle.

—Que no he visto en mi vida un individuo más parlanchín.

—Demasiado. Pero el caso es que nos ha servido de algo. Por lo pronto, sabemos que el hombre que la fotografía representa, se llama Beppo, y que estuvo empleado en esa casa. Ahora continuaremos la pista de las figuras, y para ello vamos á ir á Church Street Slepeny.

Atravesamos con rapidez el Londres aristocrático, después el Londres de los hoteles, de los teatros, de los comerciantes, y, por último, llegamos á los barrios industriales que forman en

torno del río como una ciudad cosmopolita, donde habitan centenares de miles de almas.

En una calle ancha, compuesta por los mejores almacenes y talleres de la capital, vimos el letrero *Gelder y Compañía* encima de un amplio portalón. Entramos, y después de un patio lleno de bloques de mármol y de piedra, llegamos al taller, donde unos cincuenta obreros esculpían y modelaban, dirigidos por un alemán alto y rubio.

A las preguntas de Holmes, este individuo respondió muy cortésmente, y nos invitó á entrar en su despacho.

Después de consultar sus libros, nos dijo que, en efecto, allí se habían reproducido seis bustos de Napoleón, con arreglo al modelo del escultor Devine. Tres de ellos vendiéronse á Moisés Hudson, y los otros tres á Harding Hermanos, de Kensington. Después se obtuvieron algunos centenares más, que se habían ido vendiendo poco á poco. El precio de fábrica era seis chelines, pero los comerciantes solían venderlos á diez y hasta á doce. Luego, al preguntarle Holmes cómo se obtenían dichas reproducciones, nos explicó el procedimiento. El busto estaba compues-

to de dos partes enteramente iguales, que luego se unían y se ponían á secar en unas tablas grandes y largas que había en un pasillo. Por regla general, estas operaciones eran hechas por italianos.

Después de decir esto último se iba á levantar como dando por terminada la entrevista, cuando Holmes le mostró el retrato de Beppo. Al verlo, se contrajeron sus cejas, le brillaron las pupilas, y todo su semblante de teutón se enrojeció de cólera.

—¡ Ah, granuja ! — exclamó. — La única vez que entró la policía en esta casa tan honrada, fué por su culpa. Hará cosa de un año. Este bribón, luchando con un compatriota suyo, le dió una puñalada, y aquí mismo fué detenido por la policía. Llamábase Beppo, y nunca supe quién era su familia ni de dónde procedía. Os juro que desde entonces no he vuelto á tomar á ninguno que se le asemejara, ni que estuviera tan desnudo de antecedentes como él. Sin embargo, debo reconocer que era un buen obrero.

—¿ Y fué condenado?

—Creo que á un año de cárcel, porque la víctima curó pronto. Ya debe estar en la calle ; pero

se conoce que no ha tenido valor para presentarse aquí otra vez. Si deseáis conocer más detalles, llamaremos á un primo suyo que está ahí en el taller.

—¡ No ! ¡ No ! — interrumpió Holmes. — De ningún modo. Es más : os agradecería que no dijerais una palabra de esto á ese individuo. Se trata de un asunto demasiado importante y grave para que se entere cierta clase de gente. Si no recuerdo mal, antes, cuando mirasteis el libro de ventas, me pareció ver que la fecha de venta de esos bustos era el 13 de junio del año pasado. ¿ Podríais decirme qué día fué detenido Beppo ?

—Ahora mismo os lo voy á decir.

Y después de hojear un libro, en cuyo lomo se leía *Registro de Contabilidad*, dijo :

—La última paga la recibió el 20 de mayo.

Holmes se levantó.

—Muchas gracias, señor director. Os suplico me dispenséis por haberos robado tanto tiempo.

Y reiterándole de nuevo la mayor discreción, salimos del taller.

Muy avanzada la tarde, entramos á merendar en un restaurant. Un periódico sujeto con cuatro chinches, encima de nuestra mesa precisamente, relataba el crimen de Kensington, y presentaba al asesino como un enagenado. Holmes mandó á comprar un ejemplar, y mientras comíamos, leyó con evidente satisfacción las dos columnas que dedicaba al asunto, en las cuales se veía que Hasker había conseguido, por fin, escribir su deseado artículo, La lectura de algunos pasajes hizo sonreir á mi amigo.

—Esto tiene mucha gracia, Watson. Oid, oid : «Podemos asegurar á nuestros lectores que »la opinión que más arriba aventuramos, es tam»bién la de personas muy competentes en mate»ria de crímenes y autos judiciales. El señor »Lestrade, uno de los *detectives* más hábiles de »Scotland Yard, de igual modo que el señor »Sherlock Holmes, célebre por sus descubri»mientos famosos, creen que estos hechos, epi»logados de tan trágica manera, son obra de un »monomaníaco y no de un criminal. Verdade»ramente no cabe otra explicación.» Ya veis, amigo Watson, qué factor tan importante es la

prensa, cuando se sabe hacer uso de ella. Ahora, si os parece bien, iremos á Kensington, y procuraremos ver por segunda vez al señor Harding.

Llegamos á la tienda, y esta vez tuvimos más suerte que la anterior. El director del almacén era un hombrecillo de aspecto inteligente y vestido correctamente. A las preguntas de Holmes, respondió con breves y sencillas palabras lo siguiente :

—Efectivamente ; en los periódicos de hoy hemos leído el suceso, y nos hemos emocionado. El señor Hasker es uno de nuestros clientes más antiguos, y nosotros fuimos quienes le proporcionamos, hace algunos meses, el busto de Napoleón. Encargamos tres iguales á la casa Gelder y Compañía, y los tres se vendieron al poco tiempo : uno, como os he dicho, al señor Hasker, y los otros dos... los otros dos... Exami-

nemos los libros. Sí, aquí están. Uno al señor Joriah Brown, villa de las Acacias, en Labernum Vale, Chiswick; y el otro al señor Sandeford, de Lowe Grove Road, Reading... ¿Cómo? ¡Ah! No. Es la primera vez que veo al hombre aquí retratado. Si le hubiese visto en alguna otra ocasión, lo tendría presente, porque es de una fealdad extraordinaria. Sí; es cierto que tenemos algunos italianos empleados en la casa, y si alguno hubiese pretendido mirar los libros de venta, le hubiera sido fácil, porque no los ocultamos. Esto es todo cuanto puedo deciros respecto de este lamentable asunto, y si en algo más puedo seros útil, tendré mucho gusto en hacerlo.

Y haciendo una reverencia, nos indicó que daba por concluida la entrevista. Holmes le estrechó la mano, y salimos del almacén.

Mientras hablaba el señor Harding, mi amigo no cesó de tomar notas, y ya en la calle, advertí que la marcha del asunto le agradaba bastante. Sin embargo, no me dijo lo más mínimo, limitándose á hacerme observar que si no aligerábamos el paso, llegaríamos tarde á la cita de Lestrade.

Efectivamente, cuando llegamos á Baker

Street, ya nos estaba esperando el policía, y en la agitación con que paseaba el cuarto y en la innegable alegría del rostro, se comprendía que estaba satisfecho de sí mismo.

—¡Hola! ¿Qué hay de nuevo? — exclamó al vernos entrar.

—Hemos trabajado mucho — respondió Holmes, — y creo que no del todo inútilmente. Hemos hablado con el fabricante y con los vendedores de los bustos. Ahora ya podemos seguir la pista con más facilidad.

—¡Siempre los bustos! — exclamó Lestrade. —Ya sé que cada uno tiene su modo de matar moscas, amigo Holmes; pero me parece que en esta ocasión he empleado el tiempo mejor que vos. Ya sé quién era el cadáver.

—¿De veras?

—Y también sé el móvil del crimen — continuó el inspector con el mismo tono triunfal.

—¡Caramba!

—La medalla que tenía en el cuello el cadáver, unida al color de su tez, me hizo pensar que se trataba de un meridional, y entonces acudí á Saffron Hill, que está encargado exclusivamente del barrio italiano. Hill lo reconoció

inmediatamente. Era un tal Pietro Venucci, natural de Nápoles, y uno de los asesinos más peligrosos de Londres. Formaba parte de la Maffia, esa terrible asociación secreta. Como veis, el enigma se va aclarando poco á poco. Su asesino ha debido ser otro italiano como él, y como él afiliado también á la Maffia. Sin duda alguna este último debió cometer alguna cosa, traicionando á la asociación, y entonces Pietro fué el encargado de la venganza, para lo cual le dieron un retrato del traidor, con objeto de que no se equivocara. Debió seguirle, pues, le vería entrar en la casa del periodista, aguardó que saliera, y entonces empezaron á discutir, después á luchar, y, por último, fué muerto. ¿No sois vos de la misma opinión, señor Holmes?

Sherlock Holmes se levantó, y dando calurosas palmadas en el hombro de Lestrade, exclamó:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Perfectamente! Todo eso resulta muy lógico. ¿Y los bustos?

—¡Los bustos! ¡Ya pareció aquéllo! Yo creo que esos robos no tienen la menor importancia. Son... tonterías, bromas, ¡qué se yo! Lo importante era descubrir al asesino, y eso me parece que lo conseguiré muy pronto.

—¿Sí? ¿Y qué pensáis hacer?

—Pues simplemente ir con Hill al barrio de los italianos, y ver si hay algún individuo que se asemeje al retratado en esa fotografía, y detenerle.

—¡Magnífico! Sois un hombre admirable.

El policía se pavoneó de satisfacción.

—No tanto, no tanto... ¿Qué, vendréis conmigo?

—No. Al contrario. Precisamente pensaba suplicaros que me acompañaseis á mí.

—¿Adónde?

—Ya lo veréis. Aunque mi procedimiento sea enteramente distinto del vuestro, espero también detener al asesino.

—¿En el barrio de los italianos?

—Tal vez. Por lo pronto, pienso ir á Chiswick, en la seguridad de que esta excursión no perjudicará lo más mínimo el éxito. Ahora, con vuestro permiso, creo que debíamos dormir un poco. Saldremos á eso de las once, para regresar antes de que amanezca.

El inspector se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Aceptáis? — interrogó Holmes.

—Sí.

—Muy bien. Entonces comeréis con nosotros, y podréis descansar un poco en ese sofá, hasta la hora de partir. Watson, ¿queréis tener la amabilidad de llamar á mistress Hudson, y decirle que traiga la comida? ¡Ah! Y que tiene que llevar una carta al correo. Con vuestro permiso, amigo Lestrade, voy á escribirla.

IV

Después de cenar, Lestrade se recostó en el sofá, yo me eché en la cama, y Holmes subió á la buhardilla para hojear periódicos viejos, según nos dijo.

Yo no sé si Lestrade dormiría, pero yo no pude conciliar el sueño. Aquellas horas consagradas al descanso, las pasé dando vueltas al asunto, buscándole una solución, ó por lo menos, intentando sorprender los proyectos é ideas de Holmes. Habiendo seguido paso á paso con él las pesquisas y á pesar de su silencio, pude adivinar algo de lo que se proponía. Quedando como quedaban aún dos bustos intactos, era probable que el asesino intentara destruirlos también.

Después, recordando que uno de estos bustos lo poseía un señor de Chiswick, y que Holmes

había dicho que pensaba ir á este sitio, comprendí que la idea de mi amigo era sorprender al *enemigo* de Napoleón en flagrante delito. Una vez adquirida esta convicción, no pude menos de admirar profundamente el talento de Holmes, al hacer describir en los periódicos una pista falsa con objeto de tranquilizar al asesino, y hacerle caer en el lazo más fácilmente.

Cerca de las once bajó Holmes, y nos suplicó que nos preparásemos á marchar. Nos preguntó si llevábamos revólver, y á nuestra respuesta afirmativa sonrió, enseñándonos el rompecabezas su arma favorita para excursiones del género de la que íbamos á emprender.

En la puerta nos esperaba un coche cerrado, y en él fuimos hasta el otro lado del puente de Hammer Smith. Allí descendimos, y dándole orden al cochero de que nos esperara, fuimos á pie hasta una calle muy solitaria, compuesta de aristocráticos y elegantes hoteles, con hermosos

jardines en la parte delantera. Al leer, gracias á la luz de un farol, *Villa Acacias*, en una de las verjas, nos detuvimos. Los habitantes del hotel debían estar acostados, pues no se veía ninguna luz en parte alguna, y un silencio de muerte envolvía la obscura mole. La luz del farol blanqueaba parte de una de las avenidas del jardín.

—Venid. Vamos á la acera de enfrente, para ocultarnos en la obscuridad—susurró Holmes.

Así lo hicimos, y entonces mi amigo continuó:

—Debéis procurar hacer el menor ruido posible, y aunque sea larga la espera, no impacientaros. Afortunadamente hace una noche muy agradable.

Sin embargo, no tuvimos que aguardar mucho. De pronto sentimos pasos. Un individuo dió la vuelta á la esquina, y avanzó hasta llegar á la verja del hotel. Allí se detuvo un instante. Chirrió la verja, y en la parte iluminada del jardín pasó una sombra. Después hubo un largo silencio. Nosotros conteníamos la respiración, y yo acariciaba la culata del revólver.

Sonó ruido de goznes; abrióse una ventana, y vimos saltar por ella dentro de la casa á un

hombre. Debió encender una linterna sorda, porque en el boquete negro brilló un débil rayo de luz. No hallaría lo que buscaba, porque de aquella habitación pasó á otras dos más.

—¡ Vamos !—exclamó Lestrade.

—Sí — repuso Holmes ; — entraremos por la ventana, y lo detendremos cuando vaya á salir.

Atravesamos la verja, y nos hallamos en el jardín. Ya nos disponíamos á saltar por la ventana, cuando sentimos ruido de pasos. Holmes nos arrastró hasta lo obscuro. Salió el hombre con un bulto bajo el brazo, y se detuvo un instante como escuchando. El silencio de la desierta calle le tranquilizó, y llegando hasta la parte iluminada, se detuvo poniendo una rodilla en tierra, quedando de espaldas á nosotros. Sonó un ruido seco, y el hombre se inclinó más hacia tierra. Entonces Holmes dió un salto de tigre, y se arrojó sobre él. Lestrade le puso las esposas, y yo apoyé en sus sienes el cañón del revólver. Todo esto fué hecho tan rápidamente, que el individuo no tuvo tiempo de hacer la menor resistencia.

Entonces lo examiné detenidamente, y en

aquellos rasgos odiosos y repulsivos, contorsionados por el espanto, reconocí al individuo de la fotografía. Sin embargo, Holmes no parecía preocuparse del descubrimiento, sino que se arrodilló en el suelo, y comenzó á examinar los pedazos del objeto que acababa de romper el detenido. Era un busto de Napoleón, enteramente igual al que habíamos visto por la mañana, y roto del mismo modo.

De improviso sonaron unos cerrojos ; se abrió la puerta principal, y en el marco, iluminado, apareció un hombre obeso, de aspecto jovial y en mangas de camisa.

—¿El señor Josiah Brown?—interrogó Holmes.

—Yo soy ; y vos, sin duda, el señor Holmes, ¿verdad? Como veis, he recibido vuestra carta, y he seguido al pie de la letra vuestras instrucciones. Os aseguro que tengo un verdadero placer en haber ayudado á la captura de ese granuja. Ahora espero que tengáis la bondad de pasar y tomar algo.

Pero Lestrade se opuso á ello. Quería encerrar cuanto antes al detenido en sitio seguro, y en vista de ello, mandamos por un coche. Nos des-

pedimos del señor Brown, y emprendimos la vuelta.

Durante el trayecto, el detenido no dijo una sola palabra, limitándose á dirigirnos miradas furiosas, y un momento que me descuidé y puse mi mano cerca de él, la cogió é intentó llevársela á la boca para morderla como un lobo rabioso.

En cuanto llegamos á la oficina de policía, le registraron minuciosamente, no encontrándole más que algunos chelines y un cuchillo de hoja ancha y larga, en cuyo mango había manchas de sangre. A la pregunta se obstinó en no responder más que con los relámpagos de sus coléricas pupilas. Entonces Lestrade ordenó que le condujeran á un calabozo, y mientras nos acompañaba á Holmes y á mí hasta la puerta, nos dijo :

—La cosa marcha. Mañana vendrá Hill y sabremos quién es este pícaro. Como veis, mi hipótesis era cierta ; pero no por eso dejo de agradeceros que me hayáis auxiliado tan eficazmente, señor Holmes.

Holmes se encogió de hombros.

—Lo que no comprendo — continuó el policía, — es cómo habéis conseguido preparar la cosa tan bien.

Holmes, tendiéndole la mano, contestó :

—Ahora no es ocasión de entrar en explicaciones, además de que aún me faltan por atar dos ó tres cabos. Si no tenéis inconveniente, mañana á las tres de la tarde os aguardaré en mi casa, y procuraré demostraros cómo os habéis equivocado bastante en este asunto, único por su importancia en los anales del crimen.

—Está bien ; no faltaré — respondió algo mohino el policía.

Echamos á andar, y al cabo de un rato, Holmes rompió el silencio para decirme :

—Os confieso, amigo Watson, que si os olvidarais de poner esta aventura en vuestras memorias, tendría uno de los mayores disgustos de mi vida.

V

Cuando nos reunimos á las seis de la tarde, el *detective* parecía muy contento, y apenas entró, sin quitarse siquiera el sombrero, empezó á hablar :

—El asesino se llama Beppo, y es muy conocido en la colonia italiana, donde es justamente temido y aborrecido. Al principio se ganó la vida honradamente en el taller de un escultor, y era estimado por sus excelentes condiciones de inteligencia y de amor al trabajo ; pero poco á poco fué resbalando por el abismo del crimen, y sufrió dos condenas : una por robo, y la otra por homicidio frustrado en la persona de un compratriota. Desde el primer instante se adaptó al ambiente, y á no ser por su aspecto físico, podía pasar perfectamente por un inglés. Hasta ahora

no conocemos las razones que haya podido tener para destruir los bustos de Napoleón ; pero por lo pronto, sabemos que probablemente fueron moldeados por él, puesto que estuvo empleado en la casa Galder y Compañía.

Holmes escuchó todas estas noticias como si le fueran enteramente desconocidas ; pero yo que le conocía tan bien, leí en sus ojos la impaciencia y la inquietud.

De súbito sonó el timbre. Holmes saltó de la silla ; sus ojos centellearon. Al poco rato oímos pasos en la escalera, después en el pasillo, y finalmente el criado abrió la puerta y entró un hombre de edad madura, de semblante rubicundo y grandes patillas grises. En la mano derecha llevaba un saco de noche, de esos sacos de noche arcaicos que únicamente se ven en las aldeas y en las pequeñas provincias.

—¿El señor Holmes? — interrogó.

Mi amigo se inclinó sonriendo.

—Yo soy. ¿Y vos? ¿Tengo el honor de hablar con el señor Sandeford, de Reading?

—El mismo. Quizá me haya retardado algo ; pero no es culpa mía. ¡Esos trenes van tan despacio !... He recibido una carta vuestra hablándome de cierto busto de Napoleón que poseo desde hace algún tiempo.

Holmes asintió con la cabeza.

—Aquí traigo dicha carta, en la cual me decís que, deseando tener el Napoleón de Devine, y sabiendo que yo poseía una reproducción en yeso, estabais dispuesto á darme por ella hasta diez libras.

Holmes volvió á asentir con la cabeza.

—Os confieso, señor Holmes, que estoy muy sorprendido. ¿Cómo demonios habéis sabido que yo tenía tal busto?

—Pues simplemente porque el señor Harding, de la casa Harding Hermanos, me dijo que os lo había vendido.

—¡ Ah ! ¿Y también os dijo lo que me llevó por él?

—No.

—No importa. Aunque pobre soy un hombre honrado, y creo que es deber de conciencia deciros que ese busto sólo me costó quince chelines.

—Esa confesión os honra, señor Sandeford ; pero no por ello me vuelvo atrás. Os he prometido

diez libras, y estoy dispuesto á dároslas en seguida.

La cara del buen hombre resplandeció de alegría.

—Perfectamente. Sois un hombre admirable, señor Holmes, y ya que estamos conformes en la venta, voy á entregaros el busto.

Y abriendo el saco de noche, puso el yeso sobre la mesa, y por primera vez pudimos contemplar entero aquel busto que hasta entonces habíamos visto hecho pedazos.

Holmes extendió un cheque por valor de diez libras, y dándoselo á Sandeford, dijo:

—Vais á tener la amabilidad de extenderme un recibo. Aunque se trata de vos, que sois una persona honrada, yo soy un hombre meticuloso y amigo de cumplir todos los requisitos legales.

—Nada más justo—dijo el otro.

Y sentándose á la mesa, extendió el recibo.

—¡ Ajajá ! — exclamó Holmes guardando cuidadosamente el documento. — Muchas gracias, señor Sandeford; si para algo me necesitáis, tendré sumo gusto en serviros.

Tan pronto salió el extraño vendedor, Holmes

empezó una serie de manipulaciones que excitaron poderosamente la atención de Lestrade y mía. Primero extendió con cuidado un mantel limpio sobre la mesa; colocó en el centro el busto que acababa de comprar, y, por último, cogiendo el rompecabezas le dió un golpe formidable. El busto se hizo mil pedazos, y Holmes se inclinó sobre ellos. De improviso lanzó un grito de triunfo, y enderezándose, nos mostró un trozo de yeso, en el que había incrustado, como una pasa en un *pudding*, una bolita obscura.

—¡ Señores ! — exclamó. — Tengo el gusto de presentaros la famosa perla negra de los Borgia.

Lestrade y yo permanecimos un instante estupefactos, y luego empezamos á aplaudir llenos de entusiasmo, como en el final de un drama emocionante. Las mejillas de Holmes coloreáronse, y mi amigo se inclinó saludando como un actor ante el homenaje de los espectadores.

Ya no era el ser frío é insensible como un matemático. El orgullo del triunfo le embriagó como licor exquisito, y durante unos minutos no pudo hablar, limitándose á estrecharnos febrilmente las manos y á sonreir con una sonrisa que pocas veces había visto yo en sus labios.

—Sí, señores — dijo por fin. — Esta es la célebre perla negra de los Borgia, y yo la he seguido paso á paso desde el cuarto del hotel Dacre, donde el Príncipe Colonna la perdió, hasta el interior de este busto, el último de los seis que fueron modelados en Slepeny, por Gelder y Compañía. Ya recordaréis, amigo Lestrade, el ruido que hizo la desaparición de esta alhaja, y los esfuerzos que hizo inútilmente la policía metropolitana por hallarla. También en aquella ocasión se me llamó para descifrar el enigma, y con gran vergüenza mía no pude lograrlo. Todas las sospechas recayeron sobre una doncella de la Princesa, una italiana que tenía un hermano en Londres ; pero no se le pudo probar nada absolutamente. La doncella llamábase Lucrecia Venucci, y ese Pietro Venucci que apareció asesinado la otra noche en casa de Mr. Hasker, era el hermano. Hojeando los periódicos de aquel tiempo he descubierto que la perla desapareció justamente dos días antes de la detención de Beppo, por una riña que tuvo con un compañero en casa de Gelder y Compañía, mientras se moldeaban los bustos de Napoleón. Como veis, el velo se va rasgando poco á poco. Beppo, sin duda, tenía la perla negra. Tal vez se la hubiera robado á Pietro ; quizás éste se la había confiado ; acaso no fuera más que intermediario entre Pietro y su hermana. Lo mismo da.

El caso es que tenía la perla en las manos cuando sintió llegar á la policía. Viéndose perdido, comprendió que debía ocultar en el acto la inestimable joya. Corrió, pues, al taller, donde se secaban los seis bustos. Tocó uno de ellos, y siendo como era un hábil escultor, hizo un agujero en el yeso húmedo, escondió la piedra, y con unos cuantos toques, volvió á recobrar la figura su aspecto anterior. Como veis, halló un escondite admirable, y á cubierto de todas las sospechas ; ya podían detenerle.

Fué condenado á un año de cárcel, y mientras cumplía la condena, vendiéronse los seis bustos. En cuanto salió, su primer pensamiento fué para la piedra preciosa. Como la ocultó estando fresco el barro, al secarse éste se había adherido, y como, además, no sabía en cual de los bustos se hallaba, no tenía más remedio que irlos rompiendo uno á uno hasta encontrarla. Por medio de un primo suyo que trabaja en la casa de

Gelder, se enteró del nombre de los comerciantes que habían comprado los bustos.

Una vez sabido esto, logró una plaza en casa de Mr. Hudson, y pudo seguir las huellas y destruir tres de los yesos. Pero en ninguno de los tres estaba la perla. Entonces, y valido de algunos empleados compatriotas suyos, consiguió descubrir quiénes eran los otros tres compradores. El primero era el señor Hasker, y hacia casa de éste se dirigió una noche ; pero Pietro, que le venía espiando hacía algún tiempo, le siguió, tuvieron una disputa, lucharon luego, y finalmente Venucci cayó muerto de una puñalada.

—¿Y cómo os explicáis que Pietro llevara el retrato de Beppo en el bolsillo?

—Seguramente porque lo había ido enseñando á todo el mundo para encontrar la pista de su antiguo cómplice. Después de ejecutado el crimen y quedando aún dos bustos de los seis, era natural que Beppo no perdiera el tiempo en vacilaciones peligrosas. Aunque yo no estaba todavía muy seguro del verdadero motivo que pudiera tener Beppo para romper los bustos, comprendí que debía existir una razón muy poderosa para hacerle obrar así, y que sin duda alguna buscaba algo. Entonces, y para animarle á continuar en la empresa, hice correr la voz de que indudablemente el autor del crimen y de los destrozos era un monomaníaco.

También pensé que no quedando más que dos bustos, y uno de ellos en Londres, éste sería el primero que buscaría el criminal. Previne, pues, á los dueños de él para impedir un nuevo crimen, y ya vísteis el resultado que obtuve.

La noche de la detención adquirí la seguridad de que Beppo buscaba la perla de los Borgia. El nombre del muerto era una prueba indiscutible. Ya sólo quedaba un busto : el de Reading. En ese debía hallarse la perla. Le propuse la venta á su dueño y... ¡ *Voilá* !

Hubo una pausa. Lestrade y yo estábamos mudos de asombro.

—Muchos y muy difíciles asuntos os he visto resolver, señor Holmes — dijo Lestrade después de un rato ; — pero ninguno tan sorprendente ni tan admirable como éste. En Scotland Yard todos estamos orgullosos de que nos ayudéis en nuestras empresas ; y si os dignáis mañana ir allá, desde el primer inspector hasta el

último agente se disputarán el honor de estrecharos la mano.

Holmes volvió la cabeza para ocultar su emoción.

—Gracias, gracias—balbuceó.

—Un instante después había recobrado su sangre fría habitual, y tendiendo la mano á Lestrade, exclamó :

—¡ Bah ! Esto no tiene importancia. Si me necesitáis para algo más, tendré mucho gusto en serviros. ¿Queréis tener, amigo Watson, la amabilidad de guardar esa perla en lugar seguro? Todavía antes de cenar tendré tiempo de estudiar ese asunto de Cork-Singleton.

EL CAMPEON DE «FOOT-BALL»

I

Frecuentemente recibíamos en Baker Street, además de las visitas extraordinarias, telegramas no menos extraordinarios y cartas tan fuera de lo vulgar, comc los telegramas y las visitas. Pero no recuerdo nada que le hiciera tanta impresión á Holmes, como el telegrama siguiente, que recibimos en una mañana desapacible del mes de Febrero :

«Os suplico me esperéis. Horrible contratiem-
»po. Nos falta brazo derecho. Mañana presen-
»cia indispensable.—*Overton.*»

—El sello es de la estafeta de Strand — dijo Holmes después de haberlo leído y releído varias veces, — y ha sido impuesto á las diez treinta. Evidentemente Mr. Overton estaba muy agitado cuando lo redactó, y esto justifica su incoherencia. En fin, voy á proseguir mi lectura del *Times*, y veréis cómo antes de que la termine se presenta este individuo. Os confieso que estoy en las mejores disposiciones para el trabajo, y cualquier asunto, por nimio que sea, me interesará.

En efecto. Desde hacía algún tiempo vivíamos en una ociosidad y en una carencia tal de asuntos emocionales, que ya empezaba á molestarnos. Además, habiendo adquirido un exacto conocimiento de mi amigo, sabía lo peligroso que era la falta de actividad á su cerebro. Poco á poco le fuí quitando el vicio de las inyecciones hipodérmicas de morfina, que en más de una ocasión estuvieron á punto de escatimarle victorias.

Tenía la seguridad absoluta de que en tiempo normal — y lo normal para él era anormalidad en los demás, — no sentía la necesidad del nocivo estimulante; pero tan pronto le faltaba

unos cuantos días el aliciente de unas pesquisas ó del descubrimiento de algún hecho misterioso, ya le veía pasear melancólico las habitaciones, y en sus ojos leía el deseo insano.

Por eso el telegrama de Overton me alegró casi tanto como á él, y bendije aquella ocasión que se nos presentaba al borde del abismo de donde tanto trabajo me costó sacar á Holmes.

No había transcurrido una hora desde la llegada del telegrama, cuando hizo su presentación el señor Cirilo Overton, del *Trinity College*, en Cambridge, según constaba en su tarjeta.

Era un individuo de talla hercúlea, y al detenerse en la puerta y mirarnos con su semblante ingenuo y simpático, rozó el marco de la puerta con la cabeza y sus hombros tuvieron que comprimirse al entrar.

—¿Mr. Sherlock Holmes?

Mi amigo saludó.

—Tanto gusto. Vengo de Scotland Yard, donde he hablado con el inspector Stanley Hopkins. El ha sido quien me ha aconsejado que viniera á veros. Según dice—y yo lo creo así,—el asunto que me trae es más de vuestra incumbencia que de la suya.

Holmes volvió á inclinarse, é indicándole una silla, dijo :

—Tened la bondad de sentaros y decirnos lo que os sucede.

El señor Overton se dejó caer en la silla, y después de una pausa preparatoria, comenzó á hablar.

—¡ Es una cosa horrible, señor Holmes ! ¡ Realmente horrible ! Yo no sé cómo no han blanqueado mis cabellos. Figuraos que el célebre Godofredo Staunton...

—¿ Godofredo Staunton ?—interrumpió Holmes.

—Sí, el famoso campeón de *foot-ball*.

—¡ Ah !

—Yo hubiera preferido perder á todos los del *equipo* menos á él. El era la figura principal, la indispensable. ¿ Qué vamos á hacer ahora sin él, señor Holmes ? Bien es verdad que aun me

queda Moorhouse, y que éste es de los más listos ; pero no llega, ni con mucho, á la sangre fría del otro. Stevenson tampoco nos servirá de mucho ; y como precisamente en el *equipo* de Oxford están Moston y Johnson, ya podemos darnos por vencidos.

Sherlock Holmes había escuchado este incoherente relato con la mayor atención, y una leve sonrisa entreabría sus labios ante la fogosidad con que hablaba el joven, y las palmadas que se daba en las rodillas continuamente como para prestar más fuerza á lo que decía. Cuando cesó de hablar, mi amigo alargó la mano, y cogiendo el tomo *S* de la *Enciclopedia*, lo hojeó con rapidez.

—Aquí veo á Arturo H. Staunton, el joven falsificador que tanto porvenir tiene ante sí — murmuraba mientras pasaba las hojas. — También está Enrique Staunton, en cuya ejecución intervine un poco ; pero Godofredo Staunton no parece.

El semblante de nuestro visitante expresó una estupefacción enorme.

—¿ Es posible ? ¿ Pero no habíais oído hablar de Godofredo Staunton ?

Holmes sonrió, negando con la cabeza.

—¡ Pero entonces tampoco sabríais quién era Cirilo Overton !...

Holmes siguió sonriendo.

—¡ Qué atrocidad ! — exclamó el atleta, llevándose las manos á la cabeza, — yo no creí que hubiera un inglés que ignorase mi nombre. Yo he sido el campeón de *foot-ball* de Inglaterra ; yo he ganado este año el premio de saltos en la Universidad, y no obstante esto, no soy nadie en comparación de Godofredo Staunton, vencedor en los *matchs* de Blacheath y de los cinco «internacionales.» ¿Y decían que vos lo sabíais todo? ¡ Nunca me podía imaginar una ignorancia tan absoluta !

Holmes soltó una alegre carcajada ante el ingenuo asombro del atleta.

—Vivimos en mundos diferentes, señor Overton. El vuestro es más sano, más agradable ; pero me es enteramente desconocido. Yo conozco á individuos de todas las clases de la sociedad ; pero nunca he tenido ocasión de tratar con alguno de los representantes de la juventud aristocrática, dedicada exclusivamente á los deportes y á los juegos atléticos. Por eso me ha entusiasmado vuestra visita. Ella me advierte que aun me falta por conocer un medio ambiente bastante curioso y digno de estudio. Ahora, querido señor, tened la bondad de sentaros, y contadme muy detalladamente lo sucedido, para que yo pueda serviros en algo.

El rostro del joven expresó viva inquietud. Evidentemente estaba más acostumbrado á hacer uso de sus músculos que de su inteligencia ; pero comprendiendo que no tenía más remedio que hablar, hizo un gesto de resignación, y relató la historia del modo siguiente :

—Según creo haberos dicho, señor Holmes, yo soy el jefe del *equipo* de *foot-ball* Rugby, de la Universidad de Cambridge, y Godofredo mi brazo derecho. Mañana jugamos contra el *equipo* de Oxford, y todos nosotros llegamos ayer á Londres y alquilamos diversas habitaciones en el hotel de Bentley. A eso de las diez, toda mi gente estaba acostada, y yo hice una visita de inspección á las alcobas, porque opino que las tres cuartas partes del triunfo son debidas al entrenamiento, y que el sueño es la mejor preparación para una partida de *foot-ball*. En la alcoba de Godofredo me detuve unos segundos

y hablamos algo. Le encontré pálido é inquieto, y al preguntarle yo la razón de ello, me respondió que padecía un ligero dolor de cabeza. Le aconsejé que procurase dormir, y me dispuse á hacer lo propio. Media hora después,—según he sabido más tarde,—se presentó en el hotel un artesano con una carta para Godofredo.

Se la entregó el camarero de guardia, y al leerla, mi compañero se emoció de tal manera, que casi cayó desvanecido en un sillón. Atemorizado el criado, quiso avisarme, pero le contuvo el propio Godofredo, quien después de beber unas gotas de agua se tranquilizó algo, y bajó á dar él mismo la respuesta. Habló unas cuantas palabras con el hombre que trajo la carta, y pocos segundos después marcharon los dos apresuradamente camino de Strand. Esta mañana la habitación de Godofredo estaba vacía, el lecho intacto, y todo permanecía tal como yo lo viera la víspera. No hemos vuelto á saber de él, y por desgracia, creo que tal vez el campeón de Blacheath no volverá á jugar á mi lado. Era *sportmants* hasta la médula de los huesos, y gravísima ha tenido que ser la causa para que él abandonara los compromisos adquiridos, comprometiendo con ello á su *equipo*... ¡Todo me parece demostrar que partió para siempre!

Sherlock Holmes escuchó la narración del joven con la mayor atención, y en cuanto éste terminó de hablar, dijo:

—¿Y qué habéis hecho?

—He telegrafiado á Cambridge preguntando si le habían visto por allí; pero hasta ahora no he tenido respuesta.

—¿Pero pudo tener tiempo para ir á Cambridge?

—Tomando el tren de las once y quince, sí.

—¿Pero existe algo que os haga sospechar tomara esa dirección?

—No, nada. Telegrafié también á lord Mount-James.

—¿Y lord Mount-James qué tiene que ver en este asunto?

—Creo que es el pariente más próximo de Godofredo. Su tío me parece...

—¿No tiene padres?

—No, es huérfano.

—O mucho me equivoco, ó lord Mount-James

es uno de los hombres más ricos de Inglaterra, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y además tío de vuestro amigo?

—Justo; y me parece que también su único heredero. Es un viejo de ochenta años, y padece terribles ataques de gota. A pesar de sus riquezas y de que todo ese dinero lo heredará Godofredo con el tiempo, creo que nunca le dió un chelín.

—¿Es avaro?

—Enormemente avaro.

—¿Y os ha contestado al telegrama?

—No.

—¿Qué motivos podía tener vuestro amigo para ir á ver á lord Mount-James?

—Yo me fundo en que hacía dos días que le notaba muy preocupado. Si se trataba de cuestiones monetarias, es posible que intentase una vez más acudir á su tío, aunque volviera como tantas otras veces, con las orejas gachas. Si realmente ha hecho esto, habrá sido porque no tuviera otro remedio, pues no le tenía mucho cariño al viejo.

—Haya ido á un sitio ó á otro, tenemos que

averiguar el motivo de esa visita nocturna que le hizo huir con tanta precipitación.

El joven *foot-ballista* dejó caer la cabeza entre las manos.

—Yo no sé, no sé; á veces me parece que me voy á volver loco.

—¿Y no os dieron las señas de ese hombre?

—¿De cuál?

—Del que trajo la carta.

—No muchas; únicamente me han dicho que vestía muy modestamente y que tenía barba negra.

Holmes se levantó dió unos cuantos paseos por la habitación, y luego, deteniéndose delante del joven, dijo:

—Afortunadamente hoy tengo el día libre, y puedo dedicarme por entero á este asunto; pero es necesario que me ayudéis.

Overton se puso en pie de un salto.

—¿Qué hay que hacer?

—Lo primero, no contar con Staunton para el partido de mañana. Si, como habéis dicho antes, es un hombre tan esclavo de los deportes, que es necesario sea muy poderosa la causa que

le obligue á abandonarlos, nada parece demostrar que se presente antes de mañana. Y lo segundo, acompañarme al hotel para que yo practique algunas gestiones.

El joven campeón inclinó la cabeza resignado.

II

Me parece haber dicho en alguna parte, y si no lo digo ahora, que entre las cualidades notables de Holmes, figuraba la de hacer hablar aun á los que más deseos tuvieran de permanecer mudos.

Así, pues, el criado del hotel contestó á todas sus preguntas, diciendo todo lo que sabía. El individuo que trajo la carta se presentó poco antes de las diez y media. Vestía con modestia y tenía una barba que debió ser muy negra, pero que empezaba á ser gris, y el semblante muy pálido. Presentaba, además, síntomas de gran agitación y la mano le temblaba mucho al dar la carta. Godofredo Staunton, cuando salió al portal, no le dió la mano al mensajero, limitándose

á hablar con él algunas palabras, de las cuales el criado únicamente pudo distinguir «tiempo». Después echaron á andar rápidamente en dirección del Strand.

—Según creo—dijo Holmes, sentándose sobre el lecho de Staunton,—estabais de guardia aquella noche.

—No, señor. Mi servicio concluía á las once de la noche. A esta hora empezaba el de mi compañero.

—¡ Ah ! ¿ Y éste no vió entrar á nadie?

—No. Excepto algunos huéspedes que regresaban del teatro ó del casino.

—¿ Estuvisteis de servicio todo el día de ayer?

—Sí, señor.

—¿ El señor Staunton recibió alguna carta?

—No, señor ; un telegrama.

—¡ Ah ! ¿ Y á qué hora?

—A eso de las seis.

—¿ Dónde se hallaba el señor Staunton?

—Aquí, en su cuarto.

—¿ Estabais delante cuando abrió el telegrama?

—Sí, señor. Me quedé esperando por si tenía respuesta.

—¿ Y la tuvo?

—Sí, señor ; la escribió en seguida.

—¿ La llevasteis vos al telégrafo?

—No, señor. El mismo la llevó.

—¿ Pero la escribió delante de vos?

—Sí, señor. Yo estaba aquí, junto á la puerta, y él se sentó en esa mesa para escribir. Cuando concluyó se levantó diciendo : «¡ Ya está !» Y al alargar yo la mano para coger el papel, añadió :—«No ; no os molestéis ; yo mismo lo voy á llevar».

—¿ Escribió con pluma ó con lápiz?

—Con pluma.

—¿ Sobre uno de estos impresos que hay aquí?

—Sí, señor.

Holmes se levantó y tomando el bloque de impresos y aproximándose al balcón para verlo mejor, murmuró :

—Es lástima que haya escrito con pluma, porque tal vez de otro modo se hubiera conocido en la hoja siguiente lo escrito, con poco que hubiera apretado el lápiz. Sin embargo, es fácil que en el papel secante... ¿ No lo dije? ¡ Mirad !

Y arrancando una hoja de papel secante de

las varias que tenía la carpeta, nos enseñó el siguiente jeroglífico :

¡No nos abandonéis por Dios!

Overton estaba agitadísimo.

—¡ Ponedlo delante del espejo !—exclamó.

—No hace falta—repuso Holmes ;—el secante es muy fino y se transparenta fácilmente. Mirad.

Colocó la hoja á contra luz y leímos lo siguiente :

¡No nos abandonéis por Dios!

—Esto es lo único que queda de lo que escribió Staunton hace varias horas. Como veis, aquí se notan las huellas de otras seis palabras ; pero como eran las primeras que se escribieron se secaron antes que las últimas. Este ruego parece denotar que el joven estaba amenazado de un grave peligro, y que sólo la persona á quien se dirigía podía protegerle. Además, fijaos en el pronombre «nos», el cual demuestra la existencia por lo menos de otra persona más. ¿Quién

demonios podía ser ésta sino el individuo barbudo que parecía también presa de gran agitación? En cuanto conozcamos la clase de relaciones que existen entre este hombre y el joven Staunton, y quién es esta tercera persona de quien tanto se espera, estaremos muy cerca del desenlace.

—Pues yo creo muy fácil saber lo último—exclamé.

—No tan fácil, amigo Watson, no tan fácil. ¿Suponéis que no hay más que presentarse en una oficina de telégrafos para que los empleados os descubran los nombres de todas las personas á quienes se han expedido telegramas? Sin embargo, quizá, con un poco de malicia, logremos algo. Pero antes yo quisiera echar una ojeada á esos papeles que hay sobre la mesa. ¿Puede ser, señor Overton?

—Ya lo creo.

Holmes miró y remiró detalladamente una infinidad de cartas y facturas y otros documentos, y después, colocando todos los papeles muy arregladitos en un costado de la mesa, murmuró :

—No hay nada de particular.

—¿Qué? ¿No habéis descubierto algo?

Holmes se encogió de hombros.

—Nada. ¿Cómo andaba de salud vuestro amigo?

—Fuerte como un roble.

—¿Le habéis visto enfermo alguna vez?

—Jamás. Digo, sí. Una vez guardó cama; pero fué por un golpe que se dió en la rodilla jugando al *foot-ball*.

—Quizá no sea tan fuerte como decís. Yo creo que... Con vuestro permiso, voy á tomar dos ó tres papeles de estos.

—¡Un momento!—exclamó alguien detrás de nosotros.

Nos volvimos rápidamente y divisamos un viejecillo de extraño aspecto en el umbral de la puerta. Vestía enteramente de negro, con un traje muy raído; llevaba sombrero de copa y una corbata blanca hecha á mano. A primera vista parecía un pastor protestante ó un empleado de pompas fúnebres. Pero, á pesar de su aspecto miserable, había tal acento de autoridad en su voz y tal energía en su actitud que le miramos cohibidos.

—¿Quién es usted y con qué derecho ha tocado esos papeles?—prosiguió con voz irritada.

—Un *detective*.

—¿Oficial?

—Oficial ó no, estoy intentando descubrir el paradero del señor Staunton.

—¿Y quién os ha encargado de esa misión?

—Este caballero, que es uno de los amigos de Staunton y que ha venido á verme enviado por Scotland Yard.

—¿Y quién sois vos?—continuó él, dirigiéndose al joven atleta.

—Cirilo Overton.

—¿Entonces habéis sido vos quien me ha dirigido un telegrama?

El joven se inclinó asintiendo.

—Perfectamente. Pues yo soy lord Mount-James y he venido todo lo pronto que me ha permitido el ómnibus de Bayswater. ¿De suerte que le habéis encargado á este *detective* la busca de mi sobrino?

—Sí, señor.

—Entonces estaréis dispuesto á sufragar cuantos gastos se ocasionen, ¿no es cierto?

—Yo creo que si parece mi amigo, no tendrá inconveniente en pagarlos él mismo.

—¿Y si no se le halla?

—¡Ah! En ese caso su familia...

—¡De ningún modo! ¡No faltaba más!—exclamó indignado el vejete,—y no estoy dispuesto á dar ni un céntimo. Ya lo sabéis, señor *detective*. El joven Staunton no tiene más pariente cercano que yo, y yo no pagaré absolutamente nada. Ahora podéis obrar como gustéis, en la inteligencia de que si entre esos papeles existen valores, tendréis que responder de ellos.

—Está muy bien, caballero—repuso Holmes secamente.—¿Tendréis también inconveniente en decirme si sabéis algo que pueda darnos luz en este asunto?

—Yo no sé nada. Mi sobrino es lo bastante mayorcito para saber lo que se hace. Si ha cometido la tontería de perderse, allá él. Yo he dicho ya que no pienso gastar un céntimo en buscarle.

Holmes sonrió maliciosamente.

—Ya lo hemos oído, caballero. Pero, ó mucho me equivoco, ó en esta desaparición hay algo más que un hecho voluntario. Godofredo Staunton es pobre y, por consiguiente, si le han detenido no ha debido ser para sacarle dinero. Lo más lógico es que, conocida vuestra inmensa fortuna, le hayan secuestrado con intención de lograr de él ciertos detalles respecto de vuestra casa, costumbres, tesoros, etc...

El vejete se congestionó, y á grandes voces, manoteando con furia, rugió:

—¡Demonio! ¿Será posible? ¡Yo no había pensado en tal infamia! ¿En qué país vivimos?... Pero no, por fortuna Godofredo es un buen muchacho y se dejará matar antes que perjudicar á su pobre tío en lo más mínimo. Sin embargo, como medida preventiva voy á mandar hoy mismo toda la plata al Banco. Y os suplico, señor *detective*, que pongáis todos los medios para salvar cuanto antes á mi sobrino. Estoy dispuesto á daros... á daros... ¡cinco libras!... Vamos... daré hasta... ¡diez! creo que no es poco

—

En vista de que el viejo no podía servirnos de nada, Holmes decidió prescindir absolutamente de él. Nos despedimos del joven Overton, que marchó á disponer el *match* del día siguiente, y con las palabras «¡No nos abandonéis por Dios!» como único indicio, salimos á la calle.

A los pocos pasos divisamos la oficina del telégrafo. Antes de entrar, Holmes, cogiéndome del brazo, dijo:

—Como en cierto modo venimos extra-oficialmente y además no poseemos el texto completo del telegrama, hay que obrar con un poco de astucia.

—¿Qué pensáis hacer?

—Ahora lo veréis. Por lo pronto, tengo la casi seguridad de que por muy buena fisonomista que sea la muchacha, no podrá recordar á todas las personas que entran al día en la oficina. Veamos.

Abrió la puerta, y dirigiéndose á la ventanilla de imposición, le dijo á la encargada, con la voz más dulce que pudo afectar:

—Os suplico que me perdonéis, señorita, pero es el caso que tengo una duda. Ayer puse un te-

legrama, y como no he tenido respuesta, me temo haber cometido una falta. Quizá me olvidé de firmar.

La muchacha cogió un paquete de telegramas.

—¿A qué hora se hizo la imposición?

—Algo después de las seis.

—¿A quién iba dirigido?

Holmes se llevó un dedo á los labios y me miró ostensiblemente de reojo.

—Las últimas palabras eran «¡No nos abandonéis, por Dios!»—murmuró confidencialmente.—Si vierais qué desesperado estoy por no haber recibido respuesta.

La muchacha encontró el telegrama.

—Ahí lo tenéis. En efecto; no está firmado.

—¡Claro! Ahora comprendo por qué no he tenido contestación. ¡Qué torpeza! Muchas gracias, señorita, por vuestra bondad.

—No hay de qué, caballero.

Tan pronto salimos á la calle Holmes se echó á reir.

—¿Qué, habéis descubierto algo?

—¡Magnífico, amigo Watson!—exclamó,

frotándose las manos con júbilo.—¡ Magnífico ! No contaba yo triunfar tan pronto.

—¿ Pero qué? ¿ Habéis descubierto algo más? —repetí impaciente.

—Por lo menos he hallado la pista.

En aquel momento pasaba un coche por delante de nosotros. Holmes le mandó pararse ; me hizo ademán de que subiera y, sentándose á mi lado, dijo en voz alta sacando la cabeza por la ventanilla :

—¡ A la estación de King Cross !

—¿ Qué? ¿ Nos vamos de viaje?

—Sí.

—¿ Adónde?

—A Cambridge.

El coche comenzó á subir por Gray's Yun Road.

—Me muero de impaciencia, querido Holmes. Por más vueltas que le doy al asunto no consigo entender una sola palabra. ¿ Creéis que se han apoderado de ese hombre con intenciones de pedir dinero á su tío?

—De ningún modo, amigo Watson.

—¿ Entonces?...

—Si eso le dije á lord Mount-James fué porque me pareció el mejor medio de atacar á un avaro.

—Bueno ; ¿ pero cuál es vuestra opinión?

—No la tengo formada todavía. Por lo pronto no deja de ser muy extraño que esta desaparición haya sucedido precisamente el día antes de un *match* y que el desaparecido sea el único cuya presencia era indispensable para el triunfo de su equipo. Quizá no se trate más que de una coincidencia ; pero tal vez sea también este el motivo fundamental. Ya sabéis, amigo Watson, que en ciertas clases de juegos, y más de partidas como la que debe celebrarse mañana, se cruzan apuestas muy importantes, y nada más natural que alguien tuviese interés en la desaparición de ese muchacho, así como en las carreras de caballos á veces se cometen trampas y hasta secuestran caballos. Acordaos de *Silver Blaze*. Esta es una hipótesis. ¿ Deseáis otra? Pues bien, ese joven es el presunto heredero de una gran fortuna y tal vez se habrán apoderado de él para obligarle á firmar algún documento que le comprometa el día de mañana á pagar cierta cantidad.

—Sin embargo, querido Holmes, ninguna de esas hipótesis responde al texto del telegrama.

—Eso creo yo también. Actualmente ese telegrama es nuestra única base sólida. Por eso vamos camino de Cambridge.

III

Era ya de noche cuando llegamos á la vieja ciudad universitaria. Al salir de la estación alquilamos un coche y Holmes le dió al cochero las señas del doctor Armstrong.

Minutos después nos parábamos ante una gran casa situada en una de las calles más importantes de la población. Subimos la escalera, llamamos á la puerta, y un criado muy atento nos rogó que aguardásemos unos segundos. La espera fué larga, y cuando ya Holmes empezaba á dar señales de impaciencia, nos condujeron al despacho del doctor y nos hallamos frente á frente con él.

Como prueba de la poca importancia que yo iba concediendo ya á mi profesión, he de hacer

constar que el nombre del doctor Armstrong me era enteramente desconocido. Ahora ya sé que es uno de los miembros de más talento y cultos de la Facultad de Medicina y cuya fama es europea. Aun no sabiendo estas cualidades y méritos suyos, el visitante queda impresionado la primera vez que lo ve y comprende que aquella su frente, ancha, espaciosa; sus ojos agudos y perspicaces y la tozuda expresión de la boca, no revelan un espíritu vulgar. Desde el primer instante adiviné que íbamos á tratar, no sólo con un sabio, sino también con un hombre austero y esclavo de su conciencia. Cuando entramos se levantó para recibirnos. En la mano derecha tenía la tarjeta de Holmes y una viva contrariedad se reflejaba en su semblante.

—Vuestro nombre no me es desconocido, señor Holmes—dijo con voz grave y pausada,—así como vuestra profesión, que por cierto no me satisface mucho.

—En ese punto, señor doctor, estáis de acuerdo con todos los criminales de América—repuso Holmes con tranquilidad.

—Mientras que vuestros esfuerzos tiendan á castigar el crimen, aunque, después de todo, bas-

taría con la policía oficial, nadie podrá decir nada en contra. Pero en el momento en que intentéis sorprender secretos de familia que deben estar ocultos, en que pretendáis mezclaros en cosas que no os importan ni atañen ó hacéis perder el tiempo á personas cuyas ocupaciones valen más que las vuestras, en ese caso, repito, me parece odiosa y perjudicial vuestra profesión. Ya veis: ahora mismo me hacéis perder un tiempo precioso.

—Esa será vuestra opinión, señor doctor; pero la mía es que tenéis que aguantaros con esa pérdida de tiempo. Conste, además, que en estos instantes estamos haciendo justamente todo lo contrario de lo que me atribuís. Es decir; que procuramos evitar en lo posible que un asunto íntimo, un secreto de familia, llegue al público escandalosamente, lo que no podría menos de suceder en cuanto se hiciera cargo de ello la policía oficial. He venido á preguntaros respecto del señor Godofredo Staunton.

El doctor no respondió, limitándose á continuar, mirándonos con fijeza.

—Le conocéis, ¿verdad?

—Somos amigos íntimos.

—Entonces ¿staréis enterado de su desaparición.

—¿Ha desaparecido?

Y al hacer esta pregunta cambió completamente la expresión del doctor.

—Sí. Salió del hotel anoche y no se ha vuelto á tener noticias suyas.

—Bueno; ya volverá.

—Indudablemente ignoráis que mañana se celebra un *match* de *foot-ball*, en el cual debía tomar parte.

El doctor Armstrong encogióse de hombros.

—Todos los deportes me tienen sin cuidado. Una cosa es que yo quiera, como quiero, entrañablemente á ese joven y otra que me preocupe por un partido de *foot-ball*.

—Precisamente es á vuestra amistad á quien hablo, señor doctor. ¿Sabéis dónde se halla?

—No.

—¿Le habéis visto desde ayer?

—No.

—¿Disfrutaba de buena salud?

—Sí.

—¿Sabéis si ha estado enfermo alguna vez?

—Jamás.

Holmes sacó un papel del bolsillo, y mostrándoselo al doctor, continuó:

—Entonces vais á tener la amabilidad de explicarme la razón de este recibo de dieciséis guineas firmado por vos y á nombre de Godofredo Staunton.

El doctor enrojeció de cólera.

—No tengo que dar explicaciones de género alguno.

Holmes se guardó el papel en el bolsillo.

—Lo mismo me da. Yo he procurado evitaros la molestia de contestar al juez y hacer público un asunto que quizá deba permanecer secreto. Allá vos. Pero conste que haríais mucho mejor teniendo confianza en mí.

—Ya he dicho que nada sé.

—¿Habéis recibido ayer ú hoy alguna noticia desde Londres referente á Staunton?

—No, señor.

—¡Caramba! ¡Qué mal organizado está el servicio de telégrafos! El joven Staunton impuso ayer á las seis y quince de la tarde un telegrama dirigido á vos y en el cual hacía referencia al asunto, y por lo visto no le habéis recibido. ¡Esas telegrafistas!... Si os parece, bueno

sería hacer una reclamación en las oficinas de Cambridge.

El doctor Armstrong púsose en pie de un salto y, congestionado, ronco, gritó :

—¡ Fuera de aquí ! Decidle á vuestro amo, lord Mount-James, que yo no quiero ni tengo nada que ver con él ni con sus agentes. ¡ Fuera de aquí !

Y apoyando la mano en el timbre le oprimió con furia. En la puerta apareció el criado.

—¡ Jhon, acompañad á estos señores !

Sin una inclinación de cabeza salimos del despacho escoltados por el criado, erguido y altivo. Algunos segundos después estábamos en la calle.

—¡ Caramba con el doctor Armstrong !—exclamó Holmes, cogiéndose de mi brazo.—Es un carácter demasiado enérgico. Si hubiese tenido diferentes inclinaciones, seguramente hubiera eclipsado la memoria del famoso profesor Moriarty.

—¿ Y qué pensáis hacer ahora?—interrogué.

—Ya veremos. Por lo pronto nos encontramos en una ciudad desconocida y sin nadie que nos pueda guiar por el buen camino. ¡ Calla ! Este

hotel, situado frente por frente de la casa del doctor, me parece de perlas. ¿Queréis, amigo Watson, alquilar en él una habitación para pasar la noche? Entre tanto yo daré una vuelta por ahí á ver si descubro algo. ¡ Ah ! El cuarto ha de tener inprescindiblemente balcón á la calle.

—

Más de lo que creíamos él y yo tardó Holmes en regresar al hotel. Eran cerca de las nueve de la noche cuando llegó pálido, fatigado, polvoriento y muerto de hambre. En seguida cenamos, y después de tomar el café nos sentamos frente á frente y permanecimos bastante rato en silencio, fumando nuestras pipas y comprendiendo yo en la expresión de su semblante que no estaba muy satisfecho de su expedición.

De improviso sentimos el ruido de un coche en la calle y Holmes corrió á mirar por los cristales del balcón. Yo le imité. El coche, tirado

por un tronco de caballos grises, se había parado en la puerta del doctor.

—¡Ha estado fuera tres horas!—exclamó Holmes.—Salió á las seis y media y regresa ahora. Ha hecho un recorrido de unas doce millas, es decir, el mismo que hace diariamente.

—Eso no tiene nada de particular tratándose de un médico como Armstrong que debe tener una clientela numerosa.

—Estáis equivocado, amigo Watson. El doctor Armstrong es publicista, da conferencias y tiene consultas, pero no hace visitas. Esto último le robaría demasiado tiempo. Por eso me extrañan estos paseos suyos. ¿A quién visitará?

—Quizá el cochero nos...

—Ya podíais suponer, amigo Watson, que lo primero que he hecho ha sido hablar al cochero. No sé si por temperamento huraño ó porque hubiese recibido órdenes severísimas, el caso es que á mis preguntas me soltó el perro. Gracias á que las dos bestias—el perro y el cochero—recularon ante un par de bastonazos míos. Todo lo que he podido averiguar me lo ha dicho un individuo, natural de aquí, y que vive como huésped en este hotel. Es un individuo muy amable,

y me ha dicho que el doctor hace esta expedición diaria desde unos cuantos días nada más. Justamente cuando me estaba diciendo esto se detuvo el coche delante de la puerta de Armstrong.

—¿Y no habéis podido seguirle?

—¡Estáis asombroso esta noche, querido Watson! ¡Se os ocurren unas cosas!... Fijaos en que al lado de la casa del doctor hay un almacén de bicicletas. Penetré y alquilé una máquina, y me puse en seguimiento del coche, que me llevaba una gran delantera. Mientras atravesamos la población, me mantuve á cierta distancia, sirviéndome de guía el rastro de luz que dejaban los dos faroles del carruaje. Pero en cuanto salimos al campo, sucedió una cosa extraordinaria. El coche se detiene de improviso, baja el doctor, y se dirige rápidamente hasta el sitio donde yo me había detenido. Una vez delante de mí, me dijo con voz burlona, que temía mucho no fuera el camino lo bastante ancho para su coche y mi bicicleta, y que, por consiguiente, haría bien en marchar delante y no detrás. Comprendí que si me negaba lo echaría todo á perder, y obedecí su indicación. Eché delante,

y durante largo rato pedaleé sin volver la cabeza. Llegado á un recodo, me oculté para ver si pasaba el coche. Esperé inútilmente. Debió de dirigirse por un camino transversal que vi al volver hacia atrás. Como veis, el coche ha llegado bastante después que yo. Desconozco el punto fijo donde ha ido, pero pondría la mano en el fuego porque estas idas y venidas suyas no son ajenas á la desaparición de Staunton. Ahora que tengo la evidencia de que no quiere ser seguido, adoptaré mis precauciones y veremos quién vence á quién.

—Mañana le seguiremos los dos.

—Ya veremos. No creáis que es tan fácil como parece. Se conoce que desconocéis la topografía de Cambridge, y se os figura que nada es tan fácil como esconderse en cualquier repliegue del terreno. Todo lo contrario, amigo Watson. Esta tarde he examinado toda la contornada, y en mi vida he visto un suelo tan árido y tan desprovisto de montículos y vegetación. Además, el doctor es un hombre de cuidado, y que no se dejará sorprender así como así. He telegrafiado también á Overton para que nos tenga al corriente de todo lo que suceda en

Londres durante nuestra ausencia. Entre tanto, no debemos perder de vista á este admirable doctor Armstrong que firma recibos y después los niega, y recibe telegramas y asegura lo contrario. Tengo la seguridad de que sabe dónde se halla Godofredo Staunton, y culpa nuestra será si no le arrancamos el secreto. Ahora mismo tiene todo en favor suyo; pero ya sabéis, Watson, que Sherlock Holmes no desespera tan fácilmente, ni se acobarda jamás. Esperemos á mañana.

IV

Sin embargo, á la mañana siguiente las cosas continuaban en el mismo estado, y el enigma sin resolver.

Mientras almorzábamos, llegó una carta para Holmes. Mi amigo la leyó sonriendo, y luego me la dió. Decía lo que sigue :

«Distinguido señor : Os advierto que perdéis »lastimosamente el tiempo siguiéndome. Supon»go que ya habréis comprendido que he puesto »un espejo en el interior del coche, en el cual »se refleja perfectamente el camino que dejo »atrás. Si deseáis dar un paseo circular, es de»cir, recorrer veinte millas para terminar en el »punto de partida, no tenéis más que seguirme.

»No obstante, debo deciros que vuestro espiona-»je no será de la menor utilidad á Mr. Godofre-»do Staunton. Al contrario, el mejor servicio »que podéis prestar á ese joven, es volver en-»seguida á Londres, y decir al que os envía que »no habéis logrado nada absolutamente. Mien-»tras permanezcáis en Cambridge, perderéis el »tiempo.

»Vuestro afectísimo.—*Leslie Armstrong.*»

—Así me gusta — exclamó Holmes. — Como veis, amigo Watson, el doctor es un adversario leal. Además, es un hombre listo y digno de mí.

—Ahí sale — dije. — Ha subido en el coche, y ha mirado á nuestro balcón. ¿Queréis que le siga yo, ahora?

—No, Watson, no. A pesar de lo mucho que confío en vuestra inteligencia, no os creo capaz de luchar con un individuo como ese. Procuraremos seguir otro procedimiento, y para eso vais á tener la bondad de aguardarme aquí.

—¿Qué, no queréis que os acompañe?

—No ; un hombre es siempre menos sospechoso que dos. Procurad entreteneros con algo,

mientras yo estoy por ahí. Dad un paseo, visitad las iglesias, cualquier cosa. Me parece que esta tarde ya sabremos algo más que ahora.

Otra decepción. Holmes regresó ya de noche, rendido, sin alientos, y con la desesperación pintada en el rostro.

—¿Qué?—preguté ansiosamente.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

Hubo una pausa dolorosa.

—He perdido el tiempo, amigo Watson. Después de formarme una idea general del itinerario que el doctor puede seguir, he recorrido las cercanías de Cambridge, preguntando á todo el mundo. He estado en Chesterton, Histon, Waterbeach y Oakington, sin lograr nada absolu-

tamente. Y, sin embargo, todos estos pueblos son pequeños, silenciosos, y un coche con dos caballos no puede pasar inadvertido.

Hubo otra pausa. Entonces me acordé de un telegrama que había llegado por la tarde.

—Aquí tenéis un telegrama. Lo he abierto porque estaba impaciente por...

—Habéis hecho bien. A ver: «Pedidle *Pompeyo* á Jeremías Dixon. Trinity College.»

—Yo no sé qué significa eso.

—Yo sí — dijo Holmes. — Es de nuestro amigo Overton, y contesta á una pregunta que le he hecho también por telégrafo. Voy á ponerle dos letras á ese Jeremías Dixon, ya veréis como la mala suerte principia á dejarnos. A propósito: ¿Tenéis noticias del *match*?

—Sí. El *Diario de Cambridge* da la noticia de haberse celebrado. Ha ganado Oxford. Escuchad:

«La derrota de los azules debemos atribuirla »á la falta del campeón internacional Godofre»do Staunton. A su *equipo*, tantas veces victo»rioso, gracias á él, le ha sido fatal la ausencia, »y la victoria fué para Oxford.»

—Veo — dijo Holmes, — que los temores de nuestro amigo Overton eran muy justificados. Sin embargo, en materia de deportes, y particularmente, del *foot-ball*, soy tan incompetente como el doctor Armstrong. Ahora, querido Watson, si os parece, nos acostaremos, porque mañana tendremos bastante que hacer.

Cuando me desperté á la mañana siguiente, lo primero que vi fué á Holmes sentado cerca del fuego y con la jeringuilla de las inyecciones. Debí poner tal cara de susto al verle entre las manos aquel fatal instrumento de su monomanía, que prorrumpió en carcajadas. Luego, dejando la jeringuilla encima de la mesa, se levantó y llegó hasta mi cama.

—No hay que asustarse, amigo Watson. Eso no es ahora un objeto malsano, sino la llave que ha de abrir la puerta del misterio. En ella están todas mis esperanzas.

—¿Qué? ¿Habéis meditado sobre el asunto?

—He hecho, lo cual siempre es más que meditar. Acabo de llegar de una larga expedición; todo está preparado, y por esta vez me parece que el triunfo se nos va aproximando. Desayunaos cuanto antes, y hacedlo bien, porque se nos prepara una buena jornada.

—¿Seguiremos al doctor?

—Sí; estoy dispuesto á que hoy no se nos escape. Una vez sobre la pista, no me he de detener para nada, ni aunque me muera de hambre, hasta lograr lo que deseo.

Mientras hablaba, me había ido yo vistiendo, y miraba á través de los cristales del balcón la casa de enfrente. De repente me volví, y cogiendo á Holmes del brazo, exclamé:

—Pues me parece que vamos á tener que llevar el desayuno con nosotros. Mirad, ya está el coche aguardando á la puerta.

Holmes se encogió de hombros.

—No importa. Dejadle que se vaya. Mucho tendría que correr para que pudiera escapárseme. No tengáis prisa, y cuando descendamos al patio, os presentaré á un *detective*, que ni pintiparado para esta ocasión.

Bajamos al patio; y dirigiéndose Holmes á

una de las cuadras, abrió la puerta y apareció un perro, de color blanco sucio, de grandes orejas colgantes y de piernas torcidas

—Tengo el gusto de presentaros á *Pompeyo*. *Pompeyo* es una de las notabilidades del país. No es muy corredor; pero, en cambio, á olfato no le gana ninguno de su raza. Ahora, amigo *Pompeyo*, vamos á comenzar la caza. Como no se trata de perseguir liebres, y además nuestro conocimiento no es muy antiguo, me vais á consentir el atrevimiento de ataros al collar esta correa. Así. Ahora podéis demostrar vuestras habilidades.

Salimos á la calle, y nos paramos en el portal del médico. El perro olfateó unos segundos; después, lanzando un gruñido de satisfacción, echó á andar calle abajo con tal rapidez, que á no estar sujeto por la correa, hubiera desaparecido de nuestra vista. Media hora más tarde estábamos en el campo al principio de una carretera.

—¿Cómo demonios os las habéis arreglado?—interrogué lleno de curiosidad á Holmes.

—Por medio de un ardid muy viejo, pero casi siempre infalible. Esta mañana temprano entré en el patio del doctor, y rocié con la jeringuilla

las dos ruedas traseras de esencia de anís. Cualquier perro de caza puede seguir leguas y leguas este olor, y muy lejos tenía que ir el doctor Armstrong, para que *Pompeyo* perdiese el rastro. ¡Calla! Aquí fué donde me desorienté la otra noche.

El perro había dejado de improviso la carretera para entrar en un pequeño sendero, que se internaba campo á traviesa entre hierbas muy altas. Después de andar como una media milla, salimos á otra carretera, y torciendo á la derecha, seguimos la dirección de la ciudad, que acabábamos de dejar. Pero ya cerca de ella, el perro se internó por otro camino dirigiéndose á la izquierda.

—Ahora comprendo cómo no me dió resultado mi rastro por los pueblos comarcanos. Este doctor es un hombre muy listo, muy listo... Ahora entramos en la aldea de Trumpington... ¡Atrás!

—¿Qué pasa?—pregunté parándome y al ver que Holmes atraía el perro hacia sí.

—¡El coche! El coche, que da la vuelta á esa calle. Ocultémonos ó somos perdidos.

Y abriendo con rapidez la puerta de una cer-

ca, entramos en un campo y nos tendimos boca abajo.

Por delante de nosotros pasó el coche. A través de los cristales percibí al doctor Armstrong con la cabeza entre las manos. Cuando el carruaje había desaparecido, volví la cabeza hacia Holmes, y me sorprendió la preocupación reflejada en su semblante.

—¡Malo, Watson, malo! — me dijo, mientras se levantaba. — Me temo alguna desgracia. ¡Vamos, *Pompeyo!* En cuanto lleguemos á aquella casita de allá bajo, se habrá resuelto el problema.

Nos íbamos aproximando al fin de nuestra empresa. *Pompeyo*, gruñendo sordamente, nos condujo hasta la casita solitaria á través de un camino marcado por las ruedas del carruaje. Holmes llamó con los nudillos en la puerta. Nadie respondió.

Sin embargo, la casa no estaba vacía, porque oimos claramente unos gemidos, un sollozar constante de infinita tristeza. Holmes volvió á llamar. El mismo silencio. Mi amigo frunció las cejas, y de pronto volvió la cabeza hacia atrás.

—¡ Demonio ! — exclamó. — Ahí vuelve otra vez el coche.

Seguí con la mía su mirada, y vi que, en efecto, volvía el coche del doctor.

—No tenemos tiempo que perder — dijo Holmes.—Hay que obrar antes de que llegue

Y resuelto, decidido á todo, abrió la puerta, cerrada solamente con picaporte. Entramos. Aquellos sollozos que habían traído la tristeza á nuestra alma, se hicieron más claros y cercanos. Ante nosotros empezaba una escalera. Holmes dudó un segundo, después empezó á subir los escalones seguido por mí. Al terminar la escalera, había una puerta entreabierta. Holmes la empujó sigilosamente, y no nos atrevimos á dar un paso más.

Sobre un lecho blanco yacía el cadáver de una mujer joven y bella. Su rostro era blanco como el mármol, sus cabellos caían en cascada de oro y sus hermosos ojos parecían mirarnos con una mirada triste de supremo adiós. Cerca del lecho, arrodillado, hundida la cabeza en las ropas cameras, había un hombre, convulsionado el cuerpo por los sollozos. Estaba tan ensimismado en su dolor, que hasta sentir en el hombro la mano de Holmes, no se enteró de nuestra presencia

—¿ Sois el señor Staunton ?—interrogó respetuosamente mi amigo.

—Sí ; pero llegáis demasiado tarde... ¡ Ha muerto !

Ofuscado por su desesperación, creyó ver en nosotros á dos médicos. Holmes, después de haberle prodigado algunos consuelos, había comenzado á explicarle los temores y perjuicios que á sus amigos había causado con su fuga, cuando sentimos pasos precipitados en la escalera, y después vimos en la puerta la escueta y severa figura del doctor Armstrong.

—¡ Muy bien, señores ! — exclamó, cruzándose de brazos. — Habéis conseguido lo que queríais, y no podéis quejaros de la ocasión... Dad gracias á que estamos en presencia de un cadáver y á que ya soy un viejo, que si no, vuestra acción llevaría ahora mismo el castigo que merece.

—Basta, doctor — contestó Holmes con gravedad. — Nuestra conducta no es tan imprudente ni despiadada como parece á primera vista. Si tenéis la amabilidad de guiarnos á otra habita-

ción, os explicaré lealmente mi intervención en este desgraciado asunto.

Un minuto más tarde estábamos los tres en un salón del piso bajo.

—Podéis hablar—dijo secamente el doctor.

—Ante todo — comenzó Holmes, — debo haceros saber que yo no estoy al servicio de lord Mount-James, y que mis simpatías distan mucho de estar cerca de él. En este caso, como en todos, he creído cumplir con mi deber, buscando un hombre que había desaparecido. Una vez que le he hallado, me doy por satisfecho, porque nunca, á no tratarse de un crimen, me gusta divulgar lo sucedido. Creo que todo hecho particular, todo misterio honrado merece y debe respetarse. Si, como creo, la ley no ha sido violada en este caso, podéis contar incondicionalmente conmigo.

El doctor Armstrong dió un paso hacia adelante, y estrechó la mano de Holmes.

—Veo que sois un hombre honrado, y felicítome de haber salido de mi error primero. Después de lo que habéis visto, no me será muy difícil explicaros la situación de ese infeliz muchacho. Hará cosa de un año, el joven Godofredo Staunton vivía en una casa de huéspedes, y enamorándose locamente de la hija de la patrona, se casó con ella. La joven era tan buena como hermosa, y capaz, por todos conceptos, de hacer feliz á cualquier hombre. A pesar de esto, el joven Staunton tuvo que ocultar su matrimonio, porque, conociendo de sobra los prejuicios aristocráticos de su tío, tenía la seguridad de que á saber tal alianza, le desheredaría.

Yo hace mucho tiempo que soy amigo de ese muchacho. Le conozco muy bien, y sé lo inta-chable de su conducta y la bondad de su alma. Por ello he procurado servirle en todo lo que yo pude, y he coadyuvado á que permaneciera secreto su enlace. Merced á lo solitario de esta casa y á nuestra consideración, lo conseguimos con facilidad. Unicamente yo y un criado fiel que ahora ha salido en busca de un sacerdote á Trumpington, conocíamos el retiro de la enamorada pareja. De improviso la muchacha enfermó de tisis galopante.

Ya podréis suponer cuán grande sería el dolor del joven, y, sin embargo, tuvo que abandonar á la enferma para asistir al *match* de *foot-ball*, porque no podía faltar á él, sin excitar sospechas absolutamente inexplicables. Yo le puse

un telegrama tranquilizándole, y él me contestó con otro rogándome que no la abandonara. Sin embargo, le ocultaba lo desesperado de la situación, porque sabía que su presencia no había de servir de nada. No obstante, no guardé la misma reserva con el padre de la joven, y éste creyó deber suyo decirle la verdad á Godofredo. Inmediatamente el muchacho vino aquí, y desde entonces no se ha movido de la cabecera de la cama.

Esta mañana la muerte puso fin á los sufrimientos de la pobre muchacha, devolviéndole cruelmente la libertad al sobrino de lord Mount-James.

Ahora, señor Holmes, ya sabéis todo lo sucedido, y espero poder contar con vuestra discreción y con la de vuestro amigo

Holmes estrechó la mano del doctor. Yo me incliné asintiendo.

—¿Vamos, Watson?—me dijo Sherlock.

Y salimos de aquella mansión, donde el ave negra del dolor había hecho su nido.

Afuera, un pálido sol de invierno, sonreía sobre el verdor de los campos.

EL MISTERIO DE LA ABADIA DE GRANGE

I

Una fría madrugada del invierno de 1897, me desperté sobresaltado al sentir una mano en el hombro. Me restregué los ojos, y vi á Holmes enteramente vestido y con la palmatoria en la mano. A juzgar por la seriedad de su rostro y lo nerviosísimo con que continuaba agitándose, juzgué que algo grave debía suceder.

Aun no había salido el sol, y la ventana recortaba un cuadrado negro, donde tililaban débilmente dos ó tres estrellas.

—Vamos, Watson. ¡Arriba! No hay tiempo que perder. Vestíos de prisa.

Diez minutos después, metidos en un coche, atravesamos las calles silenciosas en dirección de la estación de Charin-Cross.

Principiaba la mañana.

A Oriente extendíase una claridad espectral de ensueño. Un silencio profundo envolvía á la gran capital. De vez en cuando pasaban junto á nuestro coche, cual confusas fantasmas, cocheros envueltos en sus bufandas, algún policía, tal cual individuo de mirar siniestro y andar receloso.

Holmes, embutido hasta las orejas en su abrigo de pieles, permanecía callado ; yo, frente á él, respetaba su silencio, y procuraba, como él, defenderme del frío intenso.

Por fin, después de habernos reanimado con una taza de te y cómodamente instalados en un vagón del ferrocarril de Kent, Holmes comenzó á explicarme el porqué de aquella marcha tan repentina.

Primero sacó una carta del bolsillo, y me leyó en voz alta lo que sigue :

«Abadía de Marshan, Kent.

»Querido señor Holmes : Os agradecería infi-
»nito que os dignaseis ayudarme en un asunto

»que se sale de lo vulgar y ordinario, para entrar
»de lleno en vuestra especialidad. Me he limita-
»do á libertar á la mujer, dejando todo lo demás
»tal como lo he hallado. Os ruego que, en caso
»de acceder á mi súplica, vengáis lo más pronto
»posible, porque no puede esperar mucho tiem-
»po el cadáver de sir Brackeustall.

»Siempre vuestro,

»*Stanley Hopkins.*»

(A las tres y treinta de la mañana de hoy).

—Ya recordaréis, amigo Watson — prosiguió Holmes, — que en siete ocasiones acudió á mí Hopkins, y en las siete conseguí serle útil. Me parece también que, si no todas, la mayor parte de esas aventuras las tenéis anotadas ó escritas ya. Sin embargo, y ahora que viene á pelo, os lo digo : no deja de desagradarme el que en vuestras narraciones le concedáis preferencia más á la parte dramática, visual, emocional, por decirlo así, que al aspecto realmente científico. De esa manera, si bien conseguiréis atraer la atención del lector, sólo causaréis en él una sensación pasajera, fugaz, que no excita á la medita-

ción y al análisis, fuente de sabiduría. Calláis la sutilidad de mis deducciones, la manera con que voy persiguiendo el resultando final, y eso no está bien. Tal vez sean vuestras narraciones demasiado frívolas.

—¿Y por qué no escribís vos mismo esas aventuras? — murmuré algo molesto por tal reprimenda.

—No creáis que no lo he pensado alguna vez ; pero por ahora no tengo tiempo para ello. Quizá cuando llegue á viejo distraiga la forzosa ociosidad de mis días hilvanando un manual del perfecto *detective*... Pero estamos perdiendo el tiempo en fútiles divagaciones. Hablemos de este crimen.

—¿Creéis que realmente ha muerto ese sir Brackeustall?—interrogué, satisfecho del rumbo que tomaba la conversación.

—Bien claro lo dice Hopkins. Además, el asunto debe merecer la pena de que nos ocupemos de él, pues la carta de Hopkins revela una gran emoción, y éste no es hombre que se emocione así como así. Por fortuna, veo que ha tenido el talento de no tocar nada, y esto facilitará nuestro trabajo de buscar al autor.

—¿Y si ha sido un suicidio?

—No lo creo. Hopkins es de los policías más hábiles, y ese género de muerte se conoce en seguida. También os habréis fijado en que me dice que ha puesto en libertad á la mujer, y esto denota que debía de estar encerrada en algún sitio durante el drama. Los protagonistas de éste deben pertenecer al gran mundo. Mirad el papel que ha utilizado nuestro amigo. Es de los más caros, y lleva además el monograma E. B.. encima de un escudo nobiliario. Me parece que se nos prepara un día interesantísimo. El crimen se debió cometer antes de media noche.

—¿Por qué lo suponéis?

—Basta para ello consultar la guía de ferrocarriles, y ver las distancias y el tiempo que se ha empleado en todos los trámites. Ya veis : han tenido que avisar á Scotland Yard, ir Hopkins al sitio del suceso, y avisarme á mí después de un largo ó corto reconocimiento. Todo esto no se hace en tres horas y media.

Descendimos del tren ; y después de una larga caminata á través de caminos estrechos, endurecidos por la helada y bordeados de árboles negros y de ramas desnudas, nos hallamos delante de una verja, y antes de que llamáramos, nos abrió un viejo, cuya cara presentaba las huellas de una terrible aflicción. Seguimos una avenida de olmos, y atravesamos el jardín, un viejo y vasto jardín que servía de cinturón á un castillo de antigua y maciza construcción. En la parte central conservábase el carácter antiguo, y por la piedra gris trepaba la hiedra en alagartadas contorsiones. Uno de los lados era de construcción moderna, y en el otro se habían abierto ventanas y puertas, donde antes no existía más que la superficie lisa é igual de los muros.

En la puerta principal destacábase la silueta esbelta y fina del inspector Stanley Hopkins. Al vernos llegar, acortó la distancia, dirigiéndose hacia nosotros y nos estrechó las manos.

—¡ Cuánto os agradezco que hayáis venido, señores ! Sin embargo, si hubiese tardado algo más en escribir la carta, tal vez no lo hubiera hecho. La señora ha recobrado el conocimiento, y me ha explicado lo sucedido, con tal profusión de

detalles, que el asunto ha perdido el interés y el misterio de los primeros momentos. ¿Os acordáis de los bandidos de Lewisham?

—¿Los tres Raudalls?

—Precisamente. El padre y los dos hijos. Ellos son los autores del crimen. Hace quince días cometieron otro en Sydenham, y consiguieron escaparse. Se conoce que envalentonados con la impunidad, se han arriesgado á cometer el segundo, y me parece que ahora no se escaparán tan fácilmente. Por eso os decía que el asunto ha perdido todo el misterio que tenía antes.

—¿Y qué, ha muerto sir Eustaquio Brackeustall?

—Sí, tiene la cabeza deshecha.

—¿Sabéis con qué arma?

—Con unas tenazas de chimenea.

—Según parece era una personalidad...

—Ya lo creo. Uno de los más ricos propietarios del condado de Kent.

—¿Y su mujer?

—Se halla en su tocador. ¡ Pobre lady Brackeustall ! Ha sido un golpe terrible para ella. Cuando llegué, estaba medio muerta de la im-

presión. Me parece que deberíais verla, y oir de sus mismos labios el relato de los hechos.

Holmes asintió con la cabeza.

—Cuando queráis — dijo.

—Ahora mismo. Voy á pasar delante para mostraros el camino.

II

Pocas veces he visto una mujer tan bella y distinguida como lady Brackeustall. Era alta, rubia, con cabellos de oro y ojos azules como el cielo. Su tez debía tener ese matiz suave, delicado, propio de las mujeres rubias ; pero en aquel instante aparecía marchita por las lágrimas y la natural agitación de su espíritu. Cuando entramos en el tocador, estaba recostada en el sofá, y una doncella le lavaba con agua tibia una gran equimosis que tenía en el ojo derecho. Al vernos separó las manos de la doncella, y nos miró tan fijamente, que comprendimos era una mujer fuerte y á quien no doblegaban por completo los mayores sufrimientos. La doncella se

puso de pie, y entonces pudimos contemplar perfectamente el cuerpo escultural de lady Brackeustall, envuelto en una amplia bata azul.

—¿Otra vez, señor Hopkins? — dijo con una voz simpática, musical. — Ya os he dicho todo lo que sé.

Hopkins se inclinó respetuosamente.

—Sí ; pero os agradecería que tuvierais la amabilidad de repetírselo á estos señores.

Ella hizo un gesto de resignación.

—¿Es indispensable?

—Es conveniente.

—Bien, bien, lo haré. ¿Han estado ya en el comedor?

—No ; me ha parecido preferible que hablaran antes con vos.

—Bien, bien... ¡Ojalá puedan servir de algo mis palabras!

Y después, en voz baja, añadió :

—Está allí el cadáver aún.

Hopkins asintió con la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Un estremecimiento convulsionó su cuerpo exquisito y delicado, y ocultó la cara entre las manos. Resbalaron las mangas anchas de la bata,

y apareció la desnudez de los brazos. Holmes lanzó un grito.

—¿Pero también tenéis ahí heridas, señora? ¿Qué es esto?

Y señaló dos grandes manchas rojas que se destacaban sobre la blancura marfileña de los brazos. Lady Brackeustall bajó con rapidez las mangas.

—No es nada.

—¿Cómo que nada?

—Quiero decir que no tienen nada que ver con el espantoso drama de anoche. Tened la amabilidad de sentaros, señores, y os diré todo cuanto sé.

Sir Eustaquio Brackeustall y yo nos casamos hace poco más de un año, y sería inútil negar lo que todo el mundo sabe ; no he podido ser más desdichada de lo que he sido en mi matrimonio. Todos cuantos nos concen pueden deciros cuánto he padecido durante este tiempo, ligada á un hombre dominado por el vicio de la embriaguez y soez ; obligada á soportarle á todas horas, á ocultar mis dolores, yo, que me eduqué en la vida libre é independiente de las colonias australianas. Os aseguro que más de una y de dos

veces he pensado en el suicidio como en un consuelo y en una liberación.

Se había incorporado poco á poco ; las mejillas le ardían, los ojos irradiaban una luz interna, y las manos comprimían su pecho en actitud aflictiva. Entonces la doncella se le acercó, y suavemente le obligó á que se sentara. Desapareció su cólera, dejando lugar á los sollozos, unos sollozos internos, desgarradores.

Pasó la crisis, y la viuda prosiguió su narración :

—No quiero cansaros con el relato de mis dolores pasados, y voy á deciros, del modo más conciso que me sea posible, lo sucedido anoche.

Hizo una pausa, y la doncella, adivinando sus deseos, le dió un vaso de agua. Después de beber y ya tranquila casi por completo, continuó :

—En la parte moderna del castillo están las habitaciones de los criados, excepto la de mi doncella, Teresa, que duerme encima de este cuarto. En la parte central están nuestras habitaciones, y en la parte de atrás las cocinas. Creo indispensable deciros esto, para que os expliquéis cómo pudo pasar inadvertido el drama para la servidumbre, y comprendáis, como yo, que los

asesinos debían conocer este alejamiento que existe entre la parte de la izquierda y ésta en que nos hallamos.

Cuando sir Eustaquio se retiró, á eso de las diez y media, ya hacía bastante rato que estaban durmiendo todos los criados, excepto Teresa, que permanecía levantada en su cuarto, aguardando que yo la llamara para que me desnudase. Hasta cerca de las once estuve sentada en este sofá, leyendo una novela. Después, y antes de acostarme, di una vuelta por la casa para cerciorarme de si estaba todo bien cerrado. Esta precaución es una costumbre inveterada en mí, y me parece que no podría dormir tranquila si una noche se me olvidara hacerlo. Recorrí, pues, la cocina, el despacho, la sala de armas, el salón, y finalmente, el comedor. Al entrar en éste sentí una corriente de aire, y vi que se hinchaban los espesos cortinones de una de las ventanas. Creyendo en un olvido fuí á cerrarla, y me hallé cara á cara con un hombre ya de edad, de hombros anchos y faz cruel, que saltó dentro de la habitación. Detrás de él saltaron otros dos individuos. Loca de espanto, intenté escapar, pero saltaron sobre mí y me sujetaron

entre los tres. Abrí la boca para gritar ¡ socorro ! y entonces uno de ellos me dió tal puñetazo, que me desmayé. No sé cuánto tiempo estaría sin conocimiento ; pero cuando volví en mí, me vi fuertemente atada á un sillón con el cordón de la campanilla, que habían arrancado para aquel objeto. Tan perfectamente sujeta estaba, que no podía hacer el menor movimiento, y una mordaza me impedía lanzar el más débil grito. Entonces apareció mi marido. Evidentemente debió de oir algo, y sin emplear más tiempo que el necesario para ponerse unos pantalones y coger un bastón, corrió al comedor. Al entrar se arrojó sobre los ladrones ; pero uno de éstos, el de más edad, cogiendo las tenazas de la chimenea, le dió tal golpe en la cabeza, que el desgraciado cayó de espaldas sin decir ¡ ay ! Por segunda vez perdí el conocimiento, y cuando volví á abrir los ojos, vi que los criminales se habían apoderado de toda la plata que había sobre el trinchero, y bebían tranquilamente de una botella de vino que sacaron del aparador. Mientras llenaban y vaciaban los vasos, pude observarles sin que se fijaran en mí. Uno de ellos era, como os dije antes, hombre de alguna edad, anchos

hombros y con barba gris corrida ; los otros dos eran dos jóvenes, y tenían cierto parecido con el viejo. Casi puedo asegurar que son padre é hijos.

Por fin cambiaron algunas palabras en voz queda, y después de asegurarse de la solidez de mis ligaduras, salieron por la ventana, cerrándola tras de ellos.

Tardé más de un cuarto de hora en conseguir quitarme la mordaza y poder gritar. A mis gritos bajó la doncella, y ésta avisó á la demás servidumbre. Después dimos parte á la policía local, quien telegrafió á la de Londres. Esto es todo lo que sé, señores, y espero de vuestra amabilidad que no me hagáis repetir otra vez el relato, porque me causa una impresión dolorosísima.

—¿ Tenéis algo más que preguntar, señor Holmes ?—dijo Hopkins.

—A milady, no ; no quiero abusar más de su paciencia ; pero sí desearía que ahora hablaseis vos—contestó Holmes, mirando con fijeza á la doncella.

—Estando yo sentada cerca de la ventana,—dijo Teresa con voz tranquila y segura,—esperando á que me llamara mi señora, divisé cerca

de la verja del jardín, á la luz de la luna, tres individuos ; pero no les concedí importancia, creyéndoles campesinos que volvían de la taberna á sus casas, y hablaban un rato antes de despedirse. Una hora más tarde, y sobresaltada por los gritos desgarradores de la señora, bajé al comedor, y hallé á la pobre fuertemente sujeta á un sillón y á los pies de ella, el cuerpo de su marido con el cráneo destrozado. Gracias á que mis Mary Frayser es una mujer valerosa y fuerte, de lo contrario hubiera perdido la razón con tan cruento suplicio. Sin embargo, han sido tantas y tan dolorosas las sensaciones porque ha pasado, que con vuestro permiso voy á conducirla á su alcoba, á ver si puede descansar un rato.

Con ternura realmente maternal le pasó el brazo por la cintura, y lentamente la sacó de la habitación.

—Esta mujer — explicó Hopkins, — ha visto nacer á lady Brackeustall, y cuando la joven marchó de Australia, no quiso separarse de ella, y con ella vino á Inglaterra. Llámase Teresa Wright, y, á juzgar por lo que me han dicho los demás sirvientes, siente verdadero cariño por su ama. Ahora, si queréis, iremos al comedor,

Holmes se encogió de hombros, y se dirigió hacia la puerta. Evidentemente, el asunto había perdido todo interés para él, y aunque faltaba detener á tres bandidos, no eran éstos de bastante talla para molestar su atención, y merecer que á ello consagrara su talento.

Sin embargo...

III

Era el comedor una habitación extensa, de una elegante severidad. El techo era de roble, y cabezas de ciervo y armas antiguas rompían la aridez de las paredes. A la izquierda había un gran ventanal, y fronteras á él abríanse otras tres ventanas más pequeñas. Los tibios rayos del sol, penetrando en la estancia, hacían despedir centelleos, y contrastaban alegremene con las armas y la severidad de los obscuros cortinones.

En la pared frontera á la puerta estaba la chimenea, una de esas viejas y monumentales chimeneas evocadoras de siglos pretéritos y de leyenda. Junto á ella había un amplio butacón, y en sus patas y en sus brazos estallaban los pe-

dazos de cordón rojo. Al libertar á la señora cortaron el cordón sin cuidarse de deshacer los nudos, y este detalle que después había de hacernos cavilar tanto, pasó entonces inadvertido, atraídas nuestras miradas por el cadáver.

Era éste el de un hombre cuarentón, alto y forzudo. Se hallaba tendido boca arriba, y entre la negrura de la barba y del bigote, blanqueaban los dientes, apretados con un gesto de cólera. La mano derecha crispábase sobre un bastón grueso, con una bola de hierro como puño. Estaba en mangas de camisa, y los pies, contraídos y desnudos, asomaban por los perniles del pantalón. El cráneo estaba enteramente destrozado, y se podía juzgar de la violencia y la fuerza del golpe, dirigiendo una mirada en torno del cadáver. En las paredes, en el suelo, sobre los muebles, había salpicaduras de sangre y de masa encefálica. Al pie de la ventana estaban las tenazas dobladas y rojas.

Holmes, después de examinarlo todo detalladamente, se apoyó en la chimenea, y dijo con aire preocupado :

—Muy fuerte debe de ser el tal Raudall.

—Ya lo creo — dijo Hopkins. — Dicen que tiene la fuerza de un toro.

—Después de todo, no le ha de valer su fuerza para impedir que le detengáis, ¿verdad?

Hopkins se echó á reir.

—No hay cuidado. Le seguimos las huellas desde muy cerca.

—Sin embargo — observó Holmes, — yo aseguraría que había oído decir estaba en América.

—Eso creíamos nosotros también ; pero en vista de que, no sólo están en Inglaterra, sino en la contornada, me parece que no transcurrirá mucho tiempo antes de que los pongamos á buen recaudo. He telegrafiado las señas de los tres á todas las estaciones y puntos de embarque, y, además, he ofrecido, en nombre de Scotland Yard, una buena recompensa á quien le detenga ó denuncie su paradero. Lo que me extraña es que, siendo la clase de gente que es, hayan dejado con vida á lady Brackenstall, sabiendo que ésta les denunciaría tan pronto recobrase la libertad.

—En eso mismo estaba pensando yo. Es muy raro.

—Acaso creyeran que ella no tuvo tiempo de verles, y que luego permaneció desmayada todo el tiempo que emplearon en el robo y el asesinato—observé.

—Es posible— repuso Holmes. — Y decid, Hopkins, ¿era verdaderamente tan mala persona la víctima?

—Sir Eustaquio—contestó el inspector,—era un perfecto caballero cuando no bebía ; pero, en cambio, al embriagarse, era un hombre peligroso y cruel hasta un punto incomprensible. Si hubiera vivido más tiempo, paréceme que, á pesar de sus títulos y riquezas, no hubiera tardado mucho tiempo en caer en nuestras manos. Cuéntase que una vez roció de petróleo á un perrillo y después le prendió fuego, por el solo hecho de ser el animalillo querido de su mujer. Otra vez le rompió la cabeza á Teresa, la doncella, con una garrafa, y gracias á su influencia y á las súplicas de lady Brackeustall á su doncella, no le costó caro su arrebato. Sin duda alguna ha sido un bien para todos que le hayan ma... ¿Qué miráis?

Holmes estaba de rodillas delante del sillón y examinaba con atención los nudos rojos. Después

cogió un trozo de cordón, uno de cuyos extremos era justamente por donde debió romperse al arrancarlo el bandido del techo.

—¿Pero qué estáis mirando?—repitió Hopkins.

—Estoy pensando — respondió lentamente Holmes,—que, al arrancar este cordón, la campanilla debió sonar con estrépito.

—Tal vez ; pero ya recordaréis que la cocina y las habitaciones de la servidumbre están en la otra parte del castillo y por consiguiente no pudo enterarse nadie.

—De todos modos... me parece muy extraño que supiera esa circunstancia el ladrón y que, además, no vacilase en dar un tirón que podía serle fatal.

—También he pensado en eso, señor Holmes, y creo que, en efecto, Raudall debía conocer las costumbres y la distribución de la casa. De aquí deduje que tal vez tuviera algún cómplice entre los criados, pero me he convencido de que los ocho son unas personas honradas é intachables por todos conceptos.

—En ese caso... Quizá Teresa, queriéndose vengar de lo de la garrafa... Pero no ; no es po-

sible que tratándose de una mujer que tanto quería á su ama, consintiera que á ésta la hicieran sufrir, la golpearan y la ataran tan despiadadamente. Después de todo, esto no pasa de ser un detalle de poca importancia, y ya nos lo explicará Raudall cuando lo detengáis.

Después se dirigió al ventanal y se asomó, mirando bastante rato al jardín y luego al marco de madera.

—No encuentro huellas de género alguno... Y eso que la tierra está helada... Sin embargo, las velas de esos candelabros han estado encendidas.

—Sí; las debieron de encender los asesinos.

—¿Y han robado mucho?

—¡Quiá! Solamente unas seis ú ocho piezas de plata que había en el trinchero. Yo creo que no tenían intención de matar á nadie, y aterrados de su crimen ya no pensaron más que en huir cuanto antes.

—Sin embargo, tuvieron bastante tranquilidad para beber sendos vasos de vino.

—Quizá para calmar su emoción.

—Tal vez. ¿Y los vasos? ¿Están tal como ellos los dejaron?

—Sí.

—¿Y la botella?

—Igual.

—A ver. ¡Hombre! ¡Qué cosa más extraña!

Los tres vasos estaban impregnados de vino, pero únicamente en uno de ellos había un poco de líquido. La botella estaba llena en sus tres cuartas partes, y cerca de ella veíase el corcho. La forma de la botella y el polvo de que estaba cubierta demostraba que no era vino común ni de uso corriente el que habían elegido los bandidos.

La actitud de Holmes cambió en absoluto. Había desaparecido su indiferencia, y en sus ojos penetrantes lucía la llama de la excitación.

Después de mirar y remirar los vasos, sin tocarlos, así como el polvo de la botella, cogió el corcho y lo examinó con minuciosidad.

—¿Con qué habrán abierto la botella?—murmuró.

Hopkins indicó un cajón del aparador abierto de par en par, y en el fondo del cual, resaltando sobre la blancura del doblado mantel, veíase un enorme sacacorchos.

—¿Ha sido lady Brackeustall quien ha dicho

que emplearon este sacacorchos los criminales? —interrogó Holmes.

—No ; ya recordaréis que estaba desmayada cuando abrieron la botella.

—Es cierto. Por eso me extraña que... De todos modos, estoy seguro de que esta botella no ha sido abierta con ese sacacorchos, sino con otro mucho más pequeño adaptado á una navaja de bolsillo de tres centímetros de largo. Observad la altura del corcho y veréis que se ha sacado de tres tirones y que no está atravesado por completo, lo que hubiese ocurrido indudablemente á emplear el sacacorchos del cajón. Cuando detengáis al asesino registradle y veréis como tiene una navaja de esa clase.

—Así lo haré—repuso Hopkins.

—Fijémonos ahora en los vasos. Si no recuerdo mal, creo haberle oído decir á lady Brackeustall que vió perfectamente beber á los tres hombres, ¿no es eso?

—Así es, en efecto. Y lo afirma rotundamente.

—Eso me desconcierta algo.

—¿Por qué?

—¿Pero no os habéis fijado?

—¿En qué?

—Nada, nada... Serán ofuscaciones mías. Habituado al análisis y á la deducción, muchas veces me empeño en tomar las ventas por castillos y en conceder importancia y misterio á cosas que quizá son bien vulgares y demasiado claras. Tal vez se trate de una simple coincidencia.

—Bueno ; ¿pero qué es?—insistió Hopkins.

Holmes echóse á reir, y, tendiendo la mano al policía, contestó :

—Nada, querido, nada. No merece la pena de que se hable de ello. El doctor Watson y yo vamos á tomar el primer tren, porque de nada más que de estorbo puede serviros nuestra presencia aquí. Espero que antes de dos días ya tendréis en vuestro poder á los Raudall y habréis concluido felizmente este asunto. No dejéis de escribirme dándome cuenta de ello. Adiós, Hopkins, buena suerte.

Nos instalamos en un cómodo vagón de primera, y el tren comenzó su marcha.

A pesar de que Holmes intentaba disimular hablando de cosas banales y sin transcendencia, yo adivinaba en sus frecuentes pausas, en el fruncido entrecejo y en la mirada vaga, que estaba hondamente preocupado. De improviso, cuando el tren iba á reanudar su marcha de una estación de poca importancia donde nos habíamos parado tres minutos, Holmes dió un salto, abrió la portezuela, y arrastrándome de un brazo, se lanzó al andén. Apenas pusimos el pie en las piedras, el tren echó á andar, y unos segundos más tarde había desaparecido de nuestra vista. ¡ Menuda cara de asombro debí poner yo entonces !...

—Os pido mil perdones—exclamó Sherlock sonriendo,—querido Watson, por asociaros de esta suerte á mis locuras. Creedme : no estaba tranquilo dejando este asunto sin hacer más de lo que hemos hecho. A pesar de que las apariencias, y más que las apariencias, todo indica que las cosas han sucedido tal como ha declarado lady Brackeustall, hay algo en el fondo de mi alma que incita á buscar, á inquirir, á no dejarme en-

gañar... Contra los evidentes testimonios de la señora y de la sirviente, yo sólo puedo oponer quiméricas suposiciones basadas en el cordón de una campanilla y en tres vasos de vino. Nada más. Otra cosa hubiera sido á no dar crédito á las declaraciones y hubiese obrado como si no supiera nada en absoluto... En fin ; más vale tarde que nunca. Si os parece nos sentaremos en este banco, y mientras viene el tren de Chislheurt voy á explicaros mis dudas y mis sospechas, suplicándoos antes que procuréis olvidar los relatos de lady Brackeustall y su doncella. No debemos ofuscarnos por la belleza y el dolor de esa mujer.

Nos sentamos en el banco. A nuestro alrededor había un silencio de paz y de olvido. La hierba crecía entre unos vagones abandonados. Dos mozos de estación estaban tendidos boca arriba á pocos pasos de nosotros, bajo la caricia vivificadora del sol. Un perro flaco husmeaba entre los railes.

Holmes encendió su pipa, y entre bocanadas de humo, reanudó la conversación.

—En primer lugar, amigo Watson, hay en esas declaraciones algo que, mirado con un poco

de sangre fría, resulta obscuro é inexplicable. Los Raudall hace quince días que perpetraron un crimen en Sydhenam y todos los periódicos ingleses dieron cuenta de ello con multitud de detalles ; ¿quién me dice á mí, que *alguien*, enterado de ese crimen, no ha forjado toda una novela basándose en él? Generalmente un criminal que ha dado un buen golpe, no se arriesga á dar el segundo, corriendo el peligro de perder la libertad y el fruto logrado en el crimen anterior. Además, no es lógico que unos hombres que asaltan una casa donde hay tanta gente como en el castillo de Brackeustall, lo hagan antes de media noche ; así como también resulta absurdo que, para hacer callar á una mujer, la golpeen y que cometan un asesinato inútil, puesto que eran tres individuos, y lo mismo que ataron á la mujer pudieron hacer con el marido. Finalmente, es muy extraño que tres hombres de esa calaña no se hayan bebido la botella entera. ¿Verdad que todo esto no resulta suficientemente claro?

—Tenéis razón, Holmes. Hay mucha obscuridad en tales circunstancias ; pero, ¿no os parece mucho más extraño el que ataran á lady Brackeustall al sillón?

—¿Queréis que os diga la verdad, Watson? Pues bien ; yo no estoy muy seguro de que eso haya sido verdad. Queda, por último, la cuestión de los tres vasos.

—Pues ahí justamente no veo nada de particular.

—¿Los recordáis bien?

—Sí.

—Bueno. Lady Brackeustall nos ha asegurado que vió beber á los tres hombres...

—¿Y por qué no ha de ser cierto? Ya visteis que los tres vasos estaban impregnados de vino.

—Conformes ; pero no tenía posos más que uno de ellos. En los otros dos, como acabáis de decir, sólo quedaban manchas. ¿No os dice nada eso?

—No... A no ser que el vaso que tenía sedimento fuera el último que se llenó.

—Nada de eso. La botella estaba enteramente llena, y aun ahora le queda muy cerca de las tres cuartas partes de su contenido. No resulta, pues, natural que sólo en uno de los vasos haya quedado un resto de vino enturbiado. Una de dos ;

ó después de llenar el segundo vaso agitaron con fuerza la botella, ó... sí... ¡esto ha debido ser!

—¿El qué?

—O sólo han utilizados dos vasos y en el tercero echaron los posos para hacer creer que habían bebido tres personas. Cada vez me voy convenciendo más de que lady Brackeustall y su doncella nos han mentido descaradamente. Ahora únicamente falta saber con qué objeto, aunque sospecho que con el de salvar al verdadero culpable. Ahora bien, ¿quién es este hombre? Eso es lo que falta por averiguar, y para ello vamos á tomar el tren de Chislheurt, que ya viene por allí, querido Watson.

IV

No poco asombro causó en la abadía de Grange nuestro inesperado regreso; pero Holmes fingió no advertirlo, y después de enterarse de que Hopkins no se hallaba en la casa se encerró conmigo en el comedor, y durante dos horas se entregó á uno de aquellos minuciosos exámenes que tantas veces le condujeron al triunfo.

Yo me senté en un rincón de la habitación, y como un discípulo respetuoso ante las explicaciones del sabio profesor, seguí atentamente con la mirada las idas y venidas de mi amigo. El ventanal, los cortinones, la alfombra, el sillón, los pedazos y nudos del cordón rojo, todo, absolutamente todo, pasó bajo las manos y los ojos del incomparable observador. Excepto la falta del cadáver, nada había cambiado en la estancia y las cosas permanecían tal como las habíamos visto por la mañana.

De improviso, con gran asombro mío, Holmes se subió encima de la chimenea y se puso á mirar con atención el trozo de cordón rojo que había quedado adherido al alambre de la campanilla, junto al techo. Luego, y apoyando una rodilla en un estante de madera clavado en la pared, intentó coger el cordón, sin lograrlo, á pesar de rozarle con los dedos.

Por último saltó á tierra con el rostro resplandeciente de júbilo.

—¡ Magnífico, Watson ! — exclamó. — Esta aventura será una de las más interesantes de vuestra colección. ¡ Y pensar que he estado á punto de dejarme engañar como un idiota !... Ahora ya no hay cuidado. Excepto dos ó tres eslabones la cadena está completa.

—¿ Qué ? ¿ Habéis descubierto ya á los criminales ?

—Al criminal, Watson, al criminal. No hay más que uno, pero es formidable. Basta ver cómo ha doblado estas tenazas para comprender que debe tener las fuerzas de un león. Es alto y ágil, y debe tener, además, una gran presencia de espíritu, pues toda esta novela es obra

suya. Sí, Watson, este cordón de campanilla es para mí un testimonio de los más evidentes.

—¿ Cómo ?

—Vamos á ver : si vos intentáis arrancar el cordón de una campanilla, ¿ por dónde se rompería ésta ?

—Por el punto de unión con el alambre.

—Justamente ; esa también es mi opinión. Entonces, ¿ cómo os explicáis que en el caso presente se haya roto seis centímetros más abajo ?

—Porque estaría más usado por ese sitio.

—Ahí vamos á parar. En efecto, el cordón *parecía* usado, porque el criminal ha sido suficiente listo para desgastarlo con la navaja antes de dar el tirón. Si queréis subiros en la chimenea os asegураréis de lo que digo examinando la parte que queda unida al alambre, y observaréis que el cordón *no ha sido arrancado*, sino *cortado*, lo cual demuestra que el criminal no quiso dar la voz de alarma, obrando de otro modo. ¿ Cómo se las ingenió para ello ? Primero subió sobre la chimenea ; y viendo que así no alcanzaba, apoyó una rodilla en ese estante— desde aquí podéis ver la huella en el polvo—y

dió el corte. Ya habéis visto que yo he hecho lo mismo que él, y como me faltaban seis centímetros para tocar el alambre, he deducido que ese individuo es más alto que yo. Fijaos ahora en esta mancha que tiene el asiento del sillón ; ¿de qué es?

—De sangre.

—Evidentemente es de sangre, y esto destruye por completo la novela que nos han contado como histórica. Si la mujer estuvo sentada aquí, sin poderse mover por sus ligaduras, durante el crimen, ¿cómo se explica esta mancha de sangre en el asiento? Pues simplemente porque lady Brackeustall no se sentó aquí hasta después de muerto su marido, y estoy seguro de que en su bata ó en algún traje suyo hallaremos la mancha correspondiente. Ya veis, querido Watson, cómo esta aventura, que yo consideraba como mi Waterlóo, va á ser mi Marengo, porque, si bien comenzó con una derrota insignificante, va á terminar con un triunfo considerable. Ahora es necesario que tome otra vez declaración á Teresa Wright, pero he de hacerlo con perspicacia, porque se trata de una mujer bastante lista.

Verdaderamente la doncella australiana era todo un carácter. Su temperamento taciturno, brusco y suspicaz se resistió bastante tiempo antes de hablar. Por fin, gracias á la habilidad de Holmes, habló, no intentando disimular el aborrecimiento que sentía por su amo.

—Sí, es cierto que una vez me tiró una garrafa á la cabeza. Fué en cierta ocasión en que, habiéndole yo oído insultar groseramente á su mujer, le dije que no osaría decir eso si estuviera delante el hermano de la señorita. Entonces me tiró la garrafa. ¡ Ojalá se hubiera contentado con maltratarme á mí sola y dejar en paz á la señorita !

Esta es una mujer muy valerosa y no se quejaba jamás de los malos tratos, ni aun á mí siquiera. Hasta me ocultó la causa de esa herida que le habéis visto en el brazo y que me consta le fué hecha con una aguja de sombrero. ¡ Que Dios me perdone ; pero cuando supe que había muerto ese miserable sentí una gran alegría !... Cuando le conocimos, hace dieciocho meses, era todo azúcar y miel, ¡ pero luego !... Mi pobre señorita acababa de llegar á Londres. Era la pri-

mera vez que dejaba el hogar paterno. El muy sinvergüenza supo fascinarla con sus maneras dulzonas, sus riquezas y sus títulos nobiliarios. ¡Bien cara ha pagado su ofuscación!

—¿Podríamos hablar con ella unas cuantas palabras?—interrogó Holmes.

Teresa le miró con fijeza antes de contestar.

—Sí; ¿por qué no? Está arriba, en el gabinete; pero os agradecería que no le preguntaseis mucho, porque está aún muy emocionada.

Subimos al gabinete.

Lady Brackeustall seguía echada en el sofá; pero parecía menos fatigada. Teresa, que había subido detrás de nosotros, comenzó á mojar paños en agua fría y á ponérselos á su ama en la frente.

—¿Espero—dijo lady Brackeustall,—que no vendréis á interrogarme de nuevo?

—Nada de eso—respondió Holmes, lo más dulcemente posible.—No es mi deseo molestaros, y, por el contrario, pondré de mi parte cuanto pueda para serviros. Por eso os agradeceré que seáis franca, que confiéis en mí como en un amigo y no os pesará.

—Ya lo he hecho.

Holmes movió la cabeza con ademán negativo.

—¿Que no?

—No, lady Brackeustall, no me habéis dicho la verdad.

—¡Señor Holmes!

—Es inútil que lo neguéis más tiempo, señora. Quizá no habrá llegado hasta vos mi reputación de hombre para quien ningún crimen queda oculto. Estoy seguro de que vuestra narración es una sarta de invenciones, por no decir otra cosa.

La señora y la criada se quedaron mirando á Holmes con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Qué insolencia!—exclamó indignada Teresa.—¡Decir que mi señora ha mentido!

Holmes se encogió de hombros.

—¿Qué, insistís en no decir la verdad?

—Ya la he dicho.

—Vamos, señora. Reflexionad un poquito. Lo hago por vuestro bien...

Lady Brackeustall pareció dudar unos segun-

dos, luego contestó con mayor decisión y arrogancia :

—He dicho cuanto sabía.

Holmes se levantó, y cogiendo el sombrero se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió, y secamente, dijo :

—Lo siento por vos.

Y salimos de la casa.

En el jardín había un pequeño estanque enteramente helado, excepto un agujero que habían hecho para permitirle nadar á un cisne solitario. Holmes miró al estanque al pasar, y al llegar á la verja se paró ; escribió cuatro letras para Hopkins, y se las dejó al portero para que se las entregase.

—Tal vez haya obrado de ligero dando cuenta á Hopkins de mi segunda visita ; pero de no hacerlo, ya se habrían encargado otros de notificárselo. Sin embargo, no le he explicado el por qué de mi vuelta.

—¿Y adónde vamos ahora?

—A las oficinas de los *paquebots* de la línea Adelaida-Southampton, que, si no recuerdo mal, se hallan al final de Pall-Mall. Me parece que

hay también otra línea de *steamers* que hacen el servicio entre Australia del Sur é Inglaterra ; pero debemos ir primero á la más importante.

Holmes hizo pasar su tarjeta al director de la Compañía é inmediatamente fuimos recibidos. El director era un individuo muy atento y satisfizo cumplidamente los deseos de Holmes. Durante el mes de junio de 1895, sólo había llegado á Inglaterra un solo *paquebote* de la Compañía, el *Peñón de Gibraltar*. Consultamos la lista de pasajeros que hicieron aquella travesía, los nombres de miss Mary Fraiser y Teresa Wright, procedentes de Australia, se hallaban en ella. El *Peñón de Gibraltar* estaba actualmente camino de Australia y debía de estar entonces en el canal de Suez. Sus oficiales, excepto uno solo, eran los mismos que en 1895. El segundo de á bordo, Mr. Jack Croker, acababa de ser nombrado capitán del navío *Bass-Rock*, que debía salir de Southampton dentro de dos días ; habitaba en Sydenham ; pero como debía venir á recibir instrucciones aquel mismo día,

el director le propuso á Holmes que le aguardase. Pero éste no aceptó, limitándose á pedir informes de él.

Según el director el joven Croker había hecho una carrera brillante. En cuanto á su carácter excelente y rígido á bordo, se alocaba tan pronto se veía en tierra. Sin embargo, era un hombre de intachable conducta y de un corazón excelente.

Holmes dió las gracias al director y salimos de las oficinas.

Subimos á un coche y le dió las señas de Scotland Yard ; pero antes de llegar, mandó cambiar de rumbo, y en la estafeta de Charing Cross puso un telegrama. Finalmente, nos dirigimos á Baker Street.

Una vez en nuestra casa y cómodamente sentados ante la chimenea, Holmes dijo :

—No he tenido valor para denunciarle. Una vez hecho eso, ya no le podía salvar nada ni nadie. Mi larga experiencia me ha hecho ver en infinidad de ocasiones que, deteniendo al criminal, se causa un perjuicio bastante más grande que el causado por él cometiendo el crimen.

V

Aquella misma tarde recibimos la visita de Stanley Hopkins. Apenas entró, sin saludarnos siquiera, dijo, abriendo mucho la boca de estupor :

—Indudablemente sois brujo, señor Holmes.

Mi amigo se echó á reir.

—¿Por qué?

—Sí ; verdaderamente hay momentos en que me parecéis dotado de un poder sobrenatural. ¿Cómo demonios habéis adivinado que la plata se hallaba en el fondo del estanque?

—Yo no lo sabía.

—Entonces, ¿por qué me escribisteis aconsejándome que lo hiciera registrar?

—¿De modo, que estaba allí?

—Sí ; allí estaba.

—Me alegro ; no sabéis cómo me satisface el serviros de algo.

—¿Servirme? Hasta cierto punto...

Holmes prorrumpió en carcajadas.

—¿Ahora salimos con esas, amigo Hopkins?

—¡Claro! Con vuestros descubrimientos me volvéis loco, y lo que antes parecía sencillísimo, resulta ahora un lío de doscientos mil demonios. ¿Qué clase de criminales son esos que, después de haber ejecutado un crimen para robar, arrojan á un estanque lo robado?

—Justamente en la rareza de ese hecho se basa mi carta. Yo estaba casi seguro de que esa vajilla tenía que estar en el fondo del estanque, puesto que el asesino necesitaba purificar su crimen encauzando á la policía por una pista falsa.

—¿Pero cómo se os ha ocurrido tal cosa?

Holmes encogióse de hombros.

—Al salir el criminal con los objetos robados, sin necesidad y sólo para justificar falsamente el crimen, se encontró con el estanque, vió el agujero hecho para el cisne, y pensó que ningún escondite mejor que aquél para la plata.

—Ahora comienzo á ver claro... aunque no con las antiparras que vos miráis. Yo creo que

el robo existió, no simulado, sino como objetivo único del crimen. Como principiaba á amanecer, los bandidos pensaron muy justamente en que podían encontrarse con alguien en el camino y causar sospechas ; entonces arrojaron la plata al estanque, para volver por ella en mejor ocasión. Esto ha debido ser lo sucedido, y esforzarse en buscar más complicaciones me parece sencillamente...

Holmes se echó á reir por tercera vez, y apoyando la mano en el hombro de Hopkins, exclamó :

—¡Bravo! ¡Sois un lógico admirable! Decís las cosas de una manera, que no hay medio de refutarlas... No obstante, creo me concederéis el que por mí habéis descubierto lo robado, ¿verdad?

El policía dejóse caer en un sillón, y con acento huraño, dijo :

—Claro que sí. Nada más justo que reconoceros ese triunfo. En cambio, yo he sufrido ya la primera derrota.

—¿Cuál?

—Esta mañana han sido detenidos los Raudall en Nueva York.

—¡ Caramba ! ¿ Entonces es imposible que pudieran cometer ayer un crimen en el condado de Kent ?

—Ya lo comprendo, señor Holmes, ya lo comprendo. De todas maneras es posible que existan otros bandidos que no conozcamos

—Tal vez... ¿ Qué, os vais ya ?

—Sí, señor Holmes ; no estaré tranquilo hasta que se haya concluido este maldito asunto. ¿ Tenéis que aconsejarme algo ?

—¿ Para qué, si no queréis creerme ?

—¿ Cómo que no os quiero creer ?

—¡ Claro ! Os he indicado antes que seguíais una pista falsa, y no habéis hecho caso.

—¿ Pero entonces, cuál ha sido la causa del crimen ?

—Ahí está el quid. Yo os inicio por un nuevo sendero ; lo demás es cuenta vuestra.

El policía mordióse los labios, y cogió el sombrero, disponiéndose á marchar.

—¿ Qué, no os quedáis á comer con nosotros ? —interrogó Holmes.

—No. Tengo mucho que hacer.

—Perfectamente ; entonces hasta la vista, y si hay algo nuevo, decídnoslo.

Comimos en silencio, y mientras saboreamos el café sentados junto á la chimenea, Holmes encendió su pipa, y dejó vagar la mirada detrás de las caprichosas volutas azulinas. De repente consultó el reloj, y dijo :

—Lo cierto es que los policías oficiales no tienen mucha libertad que digamos. Yo, por ejemplo, puedo callar lo que me plazca y obrar como quiera, sin tener que dar cuenta de mis actos, mientras que ese pobre Hopkins no puede obrar de igual manera. Por eso habréis visto que no le he dicho nada ni de mis sospechas ni de mis averiguaciones. Tengo el presentimiento de que este asunto es de los que se deben resolver sin inmiscuir en ello á la justicia. De todos modos, pronto saldremos de dudas.

—¿ Pronto ?

—Tan pronto, que ahora mismo vais á ver el final de ello.

Sonó ruido de pasos en la escalera, después en el pasillo, y, por último, se abrió la puerta de nuestro cuarto, para dejar pasar al hombre más gallardo y más hermosamente varonil que he contemplado en mi vida.

Era un joven alto y esbelto, con grandes bi-

gotes rubios y ojos azules, que contrastaban con la piel bronceada por el sol de los trópicos. Cerró la puerta tras de sí, y permaneció ante nosotros con los puños cerrados, demostrando una gran agitación.

—Tened la amabilidad de sentaros, capitán Croker. ¿Habéis recibido mi telegrama?

Nuestro visitante se dejó caer en una silla, y mirándonos alternativamente, respondió:

—Sí; y ya veis que he acudido puntualmente á la cita. ¿Qué queréis de mí? ¿Detenerme? ¿Salvarme? Hablad de una vez, y no juguéis conmigo como gato con un ratón.

—Watson — dijo Holmes tranquilamente,— dadle un cigarro al capitán. Eso quizá le aplaque algo los nervios. Ya comprenderéis, señor Croker, que si os creyera un criminal, no os trataría de este modo. Lo que quiero de vos es que me seáis franco. Además, en la franqueza está vuestra salvación. De lo contrario no lograréis más que perderos.

—¿Qué queréis que os diga?

—La verdad. Toda la verdad de lo sucedido en la Abadía de Grange. Pero os advierto que yo lo sé ya, y si decís una sola mentira, daré un

silbido asomándome á esa ventana, y os dejaré entregado á vuestra suerte.

El marino reflexionó un momento.

—En fin — exclamó. — ¡Sea lo que sea! Confío en vuestra palabra, y os diré todo, absolutamente todo.

He de confesaros que no estoy arrepentido de mi acción, y que si me volviera á ver en igual circunstancia, volvería á obrar de idéntico modo. Ese canalla se lo tenía bien merecido. ¡En cambio, la desgraciada Mary Fraiser! — yo no me acostumbro á llamarla con otro nombre. — ¡Pensar que está sufriendo, y que aunque diera mi vida no podría evitarle su dolor!...

Pero no quiero extenderme mucho. Deseo concluir cuanto antes, aunque para ello tenga que hacer algo de historia retrospectiva.

Yo conocí á Mary Fraiser en el *Peñón de Gibraltar*, durante un viaje que hicimos juntos, yo como segundo de á bordo, y ella como pasajera. Desde el primer instante en que la vi, fué suyo mi corazón, y conforme pasaban días, se iba afianzando más y más mi amor hacia ella. ¡Cuántas noches, mientras hacía mi hora de guardia me arrodillé para besar el suelo que ella había

pisado por el día! Sin embargo, no fuimos novios. Si yo sentía por ella una gran pasión, ella, en cambio, no sentía por mí más que una sincera amistad, y así me lo hizo saber con su habitual franqueza. Cuando nos separamos, comprendí que mi alma no sería nunca de otra mujer.

Al viaje siguiente supe que había contraído matrimonio. Y esto, aunque fué dolorosísimo, no dispertó en mí la indignación. ¿No era dueña de su voluntad? ¿No era digna de una gran posición? Como mi amor era verdadero amor, pudo más en mí la felicidad suya que mi propia desgracia, é hice votos porque su elegido fuera un hombre digno, y tuviera para ella toda la abnegación y el cariño que á mí me fué negado darle. Confieso que tenía la certidumbre de que no nos volveríamos á ver, pero el tiempo se encargó de desmentirme.

Al terminar mi tercer viaje, ascendí á capitán, y como el buque que había de mandar no estaba terminado todavía, me fuí á pasar los dos meses de licencia á Sydenham, con mi familia. Cierta tarde, yendo de paseo, me encontré á Teresa Wright, la doncella de Mary, y

me contó lo desdichada que era su señorita. ¡Creí perder la razón! ¡Pensar que un canalla, que un borracho osaba pegar á mi ídolo!

Transcurridos unos días volví á encontrar á Teresa, luego á Mary, después concertamos varias citas, y finalmente se negó á verme más. El otro día, cuando supe que mi partida estaba muy próxima, decidí ver á Mary, fuera como fuera y pasase lo que pasase. Como Teresa me había permanecido fiel y adoraba como yo á su ama, y, como yo, aborrecía á su verdugo, me fué fácil enterarme de las costumbres de la casa.

Yo sabía que Mary leía todas las noches un rato en su gabinete antes de acostarse. La otra noche, pues, decidido á todo, golpeé con los nudillos en los cristales de su cuarto, y entonces ella, después de negarse, rotundamente al principio (ahora sé que me ama), no quiso dejarme expuesto al frío de la noche, y en voz muy queda me dijo que fuera al ventanal del comedor, que estaba abierto, y saltara dentro de la habitación. Así lo hice, y segundos después oí de sus divinos labios la narración de sus sufrimientos, y sentí cegarme el odio por aquel hombre que la maltrataba. De improviso y estando yo de

pie junto á ella — muy inocentemente, os lo juro, — apareció el marido. Entró como un loco, y escupiéndole, el insulto más innoble que se puede hacer á una mujer, le golpeó la cara con el bastón que traía en la mano. Un velo rojo me cegó, y cogiendo las tenazas de la chimenea, me lancé contra él, resuelto á que muriese uno de los dos. Yo recibí el primer golpe; aquí en el brazo podéis ver la señal, y entonces, ya loco, frenético, le destrocé el cráneo.

No me arrepiento, no. Estoy orgulloso de mi obra, y si cien veces tuviera que matarle, cien veces le mataría con el mismo rencor y satisfacción igual. ¿No hubierais hecho lo mismo en mi lugar?

El grito que profirió Mary al ser golpeada, hizo bajar á Teresa, y cuando ésta llegó, el marido era ya cadáver. La doncella cogió una botella de vino que había en el aparador, y vertimos unas gotas en los labios de Mary, que se había desmayado.

Después bebí yo un poco. Teresa conservó su sangre fría, y entre los dos organizamos el plan que había de disfrazar lo sucedido. Mientras yo subía á la chimenea para cortar el cordón de la

campanilla, la vieja doncella le fué explicando á su señora lo que íbamos á hacer, y lo que ella tenía que declarar. Até á mi amada en un sillón, teniendo cuidado de desgastar con la navaja el cordón, porque no era lógico que un ladrón se entretuviera en subir á la chimenea para cortarlo. Después, cogiendo algunos objetos de plata que había encima del trinchero para hacer creer en un robo, salí del comedor, recomendando á Mary y á Teresa que no dieran la voz de alarma hasta transcurrido un cuarto de hora. Al pasar por delante del estanque arrojé al agua los objetos robados, y entré en mi casa satisfecho de mí mismo. Ya sabéis, caballero, todo lo ocurrido. Os he dicho la verdad, y estoy dispuesto á decirla cuantas veces sea preciso, aunque me ocasione el ir al patíbulo.

Calló el capitán Croker, y quedó mirándonos con fijeza. Holmes se levantó, y después de dar varios paseos por la habitación, fumando silenciosamente, se detuvo delante del capitán, y le estrechó la mano.

—Está bien, capitán Croker. Desde el primer instante comprendí que se trataba de un mari-

no. Sólo un acróbata ó un marino podía trepar hasta el techo para cortar el cordón, y únicamente un marino podía hacer los nudos tal como estaban hechos los que sujetaban á Mary Faiser al sillón. Ahora bien : solamente una vez en su vida se trató con marinos, y fué durante la travesía de Australia á Inglaterra, y sólo tratándose de un hombre joven y de su clase podía mentir como ha mentido. Ya comprenderéis que con estas seguridades no me fué muy difícil descubrir la pista.

—Sin embargo, yo creí que la policía nunca descubriría lo sucedido.

—La policía no ha descubierto nada absolutamente. He sido yo, y yo no os venderé ; pero no debo ocultaros la gravedad del asunto. A pesar de que podéis aducir la atenuante de legítima defensa, hay muchas agravantes, y el fallo del jurado no sería muy benévolo. Por consiguiente, y como habéis sabido despertar en mí cierta simpatía, procurad desaparecer en veinticuatro horas, y nadie os lo impedirá.

—Bien ; pero ¿creéis que se descubrirá todo?

—Claro que sí.

El capitán se levantó de un salto.

—Entonces — exclamó rojo de cólera, — ¿cómo os atrevéis á proponerme tal infamia? Conozco sobradamente la ley para saber que Mary sería castigada como cómplice mío. ¿Y creéis que yo iba á ser tan miserable para abandonarla en un trance como este? No, señor Holmes ; haced de mí lo que queráis, pero salvad á Mary.

Holmes le tendió la mano.

—¡Muy bien, capitán! He querido probar vuestro corazón, y he quedado contento de la prueba. Comprendo que echo una gran responsabilidad sobre mí, pero por fortuna Hopkins no es lo bastante listo para obrar sin mi ayuda. Vamos á juzgaros, capitán Croker, con todas las de la ley. Vos sois el acusado, Watson — persona dignísima por todos conceptos, — será el jurado, y yo el fiscal. Vamos á ver. Señores jurados, ya conocéis el crimen en todos sus pormenores. ¿Es culpable el acusado?

—Por unanimidad declaramos que no — dije con voz firme y enérgica.

—*Vox populi, vox Dei.* Os declaramos inocente, capitán Croker. Mientras la policía no in-

tente castigar á otro hombre como culpable de la muerte de Brackeustall, podéis vivir tranquilo. Dentro de un año volved por vuestra amada Mary, y procurad que vuestra conducta futura no nos haga arrepentirnos de la nuestra actual.

LOS PROPIETARIOS DE REIGATE

I

Sherlock Holmes trabajó aquella primavera como nunca. De tal clase fueron las aventuras y sucesos en que intervino y con tal entusiasmo lo hizo, que, rendido aquel cuerpo que parecía incansable, hubo el espíritu de resignarse á una larga temporada de inacción y de reposo.

Yo bien desearía relatar cuanto antes sus triunfos de entonces, pero algunos de ellos — los de la Compañía de Holanda y Sumatra y de los fantásticos proyectos é invenciones del Barón Maupertins, por ejemplo, — son de fecha tan reciente, que, con gran dolor de mi ánimo,

he de dejarlo para mejor ocasión, y tal vez con eso gane el relato de los hechos, porque á mayor distancia se abarca más terreno y mejor, y con más libertad se juzga.

Sin embargo, también de aquel tiempo es su descubrimiento del crimen de Reigate, en unas condiciones verdaderamente extraordinarias, y gracias á un recurso que su situación en aquellos instantes le permitió emplear victoriosa mente.

Según mis notas, amigo lector, el día 14 de abril de aquel año, recibí un telegrama fechado en Lyón, en que me decían que Holmes se hallaba enfermo en el hotel Dulong. Veinticuatro horas después me hallaba á la cabecera de su lecho, y pude convencerme por mí mismo que, afortunadamente, no era grave su indisposición. No obstante, debía cuidarse mucho, pues un trabajo excesivo de quince, y á veces veinte horas diarias, le habían perjudicado bastante. Y dióse

el peregrino caso que, mientras su nombre corría de boca en boca por toda Europa, y la mesa de su habitación se llenaba de telegramas y cartas felicitándole entusiásticamente, el héroe yacía en un estado de postración tan grande, que hasta el hablar le causaba fuerte fatiga. La conciencia de su triunfo, la satisfacción de haber vencido donde fueron derrotados los más diestros policías de tres naciones, no eran suficientes para levantar su decaído ánimo, ni volverle á su antigua resistencia.

Jamás trabajé como en aquella ocasión ; pero nunca también fué tan completo y feliz mi éxito como doctor. Tres días después de mi llegada á Lyón, salíamos para Londres, y veinticuatro horas más tarde nos hallábamos en nuestro cuarto de Baker Street, como en los antiguos días.

Holmes estaba casi restablecido ; pero, sin embargo, yo creí necesaria una corta temporada en el campo para que el aire libre y la paz completasen la obra de la ciencia. Entonces me acordé del coronel Hayter.

Este bizarro militar, á quien yo salvé la vida en el Afghanistan, había comprado una casa de campo en el Surrey, cerca de Reigate, y conti-

nuamente me escribía cartas y más cartas, suplicándome que fuera á pasar con él una temporada. En la última que recibí me rogaba que hiciera extensiva la invitación á mi amigo, á quien admiraba y deseaba conocer hacía mucho tiempo.

No poco trabajo me costó convencer á Holmes ; pero por fin, y ante la certidumbre de que íbamos á casa de un soltero y de que gozaría de una libertad omnímoda, aceptó.

Así, pues, apenas hacía una semana que habíamos vuelto de Lyón, cuando ya nos hallábamos bajo el techo del coronel. Hayter era el tipo perfecto del antiguo militar. Era franco y sencillo, tenía una gran experiencia de los hombres y de las cosas, y desde el primer instante, Holmes y él simpatizaron muchísimo.

La tarde del día en que llegábamos, nos fuimos después de comer á un salón amplio y bien alhajado, donde el coronel coleccionaba en grandes panoplias, multitud de armas. Holmes se recostó en un diván, y Hayter y yo nos dedicamos á revisar la bélica colección.

—Tomad, Watson — me dijo el coronel de

improviso. — Apartad esa pistola, porque me la voy á llevar á mi cuarto.

—¿Para qué?

—Para que no me encuentre desprevenido si me sucede lo que la otra noche al viejo Acton, uno de los más ricos propietarios del condado.

—¿Y qué le ocurrió?

—Pues nada, que á media noche asaltaron su casa y le robaron... aunque no mucho, por fortuna.

—Pero ¿y los autores?

—No se sabe. Por más pesquisas que se han hecho, no se les ha podido hallar.

Holmes se incorporó, y mirando con fijeza al coronel, dijo :

—¿Y no se sospecha de nadie?

El coronel encogióse de hombros.

—No. Ha sido uno de tantos robos que se cometen frecuentemente en el campo. No vale la pena de que un hombre como vos os ocupéis de ello.

Aunque Holmes procuró disimularlo, yo comprendí que no le había sabido mal la adulación.

—Pero siempre habrá algún detalle interesante, ¿no?

—Creo que no. Los ladrones entraron en la biblioteca, lo revolvieron todo, descerrajaron los cajones, los armarios, y, por último, únicamente se llevaron un tomo incompleto del *Homero*, de Pope, dos candelabros de plata, un pesa-cartas de marfil, un barómetro de pared y un ovillo de bramante.

—¡ Pues vaya una amalgama !—exclamé.

—Seguramente cogieron lo primero que hallaron.

Holmes sonrió.

—Tal vez ; pero en ese robo tan heterogéneo hay algo que...

—¡ Cuidado Holmes ! — interrumpí. — Ya sabéis lo convenido. Aquí habéis venido á descansar, solamente á descansar. ¡ No faltaría otra cosa si no que ahora os meticrais en otra aventura !

Holmes se echó á reir, y mirando al coronel con aire de cómica resignación, comenzó á hablar del tiempo. Al poco rato la conversación seguía por derroteros menos escabrosos.

II

A pesar de todas mis precauciones, á la mañana siguiente volvió á surgir ante nosotros el tema de la noche pasada. Y esta vez fué irresistible. Estaba escrito que Holmes no diese paz á la mano y treguas al cerebro.

Habíamos concluido el desayuno y estábamos sentados aún á la mesa, cuando el ayuda de cámara del coronel, sin cuidarse para nada del respeto que debía á su amo, penetró como un torbellino en el comedor, diciendo á grandes voces :

—¿ Sabéis lo que sucede, señor? A los Cunningham's...

—¿ Qué? ¿ Otro robo? — exclamó el coronel levantándose súbitamente.

—Peor ¡ Un asesinato !

—¡ Caramba ! ¿Y á quién han matado? ¿Al juez ó á su hijo?

—A ninguno de los dos. La víctima ha sido William el cochero. Murió sin decir ¡ Jesús !

—¿Y no se sabe quién es el asesino?

—Todavía no ; pero se cree pueda haber sido el que robó en casa del señor Acton. Ha desaparecido sin dejar huella alguna tras de sí. Según parece, fué sorprendido por el cochero, lucharon los dos, y William murió defendiendo la casa de sus señores.

—¿Y á qué hora fué?

—A eso de media noche.

El coronel había recobrado su sangre fría.

—Bien, bien, podéis retiraros, John. Iremos en seguida á visitar á los señores Cunningham's. ¡ Pobre señor !—continuó cuando desapareció el ayuda de cámara. — Habrá sentido la muerte de su cochero, porque llevaba muchos años en la casa y le querían como á un hijo. Sin duda los asesinos deben ser los que robaron en casa de Acton.

—¿Cuáles? — interrogó Holmes con aspecto meditabundo. — ¿Los que se llevaron el ovillo

de bramante, el termómetro y las otras porquerías?...

—Sí...

—No sé... no sé... A veces los asuntos que parecen más sencillos á primera vista, suelen ser después los más complicados. Además, no es lógico que unos mismos bandidos se limiten á cometer fechorías en un círculo tan reducido.

—No obstante, ya veis...

—Sí, sí, ya veo. Confieso que anoche, cuando os vi apartar el revólver por temor de lo que pudiera suceder, no pude menos de sonreirme, pensando que era extemporánea la precaución. Los acontecimientos han venido á demostrarme lo contrario.

—Para mí — dijo el coronel, — el asesino debe ser de esta comarca. Así se explica que haya elegido las casas de Acton y de Cunningham's.

—¿Son las más ricas?

—Lo serían, si no estuvieran con un pleito que las va arruinando poco á poco.

—¿Un pleito?

—Sí ; el viejo Acton cree tener derecho á cierta parte de las posesiones de los Cunningham's, y les puso pleito... Luego, ya sabéis lo que

es la gente de curia... Embrollan todos los asuntos para prolongarlos y sacarles más producto.

Holmes parecía haber perdido toda la curiosidad por el suceso.

—Pues si en efecto es un indígena el asesino, no creo que cueste mucho trabajo cogerle— murmuró bostezando. — Voy á seguir vuestros consejos, amigo Watson, y á no preocuparme más de tal vulgaridad.

—El señor inspector Forrester desea hablar con el señor — anunció el ayuda de cámara, abriendo la puerta antes de que yo tuviera tiempo de responder á Holmes.

Entró Forrester. Era un hombre joven y elegante, de semblante inteligente y palabra fácil.

—Buenos días, coronel — dijo. — Siento mucho molestaros, pero hemos sabido que teníais de huesped á Mr. Sherlock Holmes, y...

El coronel, sin dejarle continuar, indicó con la mano á mi amigo. El inspector se inclinó respetuosamente.

—¿Tendríais la amabilidad de ayudarnos, señor Holmes?

Holmes se echó á reir.

—Ya lo veis, Watson. El destino está en contra vuestra. Justamente, señor inspector, cuando entrasteis estábamos hablando del asunto. ¿Queréis tener la bondad de sentaros y explicarme cuanto sepáis?

Y mi amigo se tendió cómodamente en el diván y cerró los ojos, según costumbre suya en semejantes casos. Yo hundí furiosamente las manos en los bolsillos, y tuve que contenerme para no decir alguna barbaridad.

—Así como en el asunto Acton — comenzó el inspector, — no había nada de particular, aquí sucede todo lo contrario. Evidentemente el ladrón de la otra noche es el asesino de ésta. Se le ha visto además.

—¡Ah!

—Sí; pero fué después de haber disparado sobre el pobre William Hirwan. El señor Cunningham le divisó desde la ventana de su cuarto, y su hijo también desde la puerta trasera. Serían las doce menos cuarto, cuando se oyó la voz del cochero implorando socorro. El señor Cunningham se acababa de acostar, y su hijo Alec paseaba por la habitación fumando. Al percibir el grito, Alec echó á correr escaleras abajo, y antes de llegar á la puerta trasera, que estaba

abierta, vió dos hombres combatiendo en el jardín. Uno de ellos hizo fuego, el otro cayó de espaldas, y el asesino desapareció en la obscuridad de la noche, gracias á que el joven Cunningham se cuidó más de auxiliar al moribundo que de perseguir al matador.

—Y no dijo nada ese William antes de morir, que nos sirviera de indicio para...

—Nada en absoluto. Vivía con su madre en un pequeño pabellón, y suponemos que siendo, como era, un fiel servidor, salió á dar una vuelta por el jardín, intranquilo por lo que había sucedido en casa de Acton. Seguramente sorprendió al ladrón en el instante de forzar la cerradura, y cayó sobre él.

—¿Le dijo algo á su madre al salir del pabellón?

—Lo ignoro. Se trata de una mujer muy vieja y sorda como una tapia. Además, le ha causado tal impresión la muerte de su hijo, que se ha quedado casi idiota ; así es que no hemos podido conseguir nada de ella. No obstante, tenemos un indicio que considero de gran importancia. Mirad.

El inspector sacó de la cartera un pedazo de

papel muy arrugado, y poniéndoselo encima de la rodilla, prosiguió :

—Lo hemos encontrado en la mano izquierda de la víctima. Como veis, este pedazo debía formar parte de una hoja de papel bastante grande. Sin duda debió ser roto en la lucha ; pero aún podemos ver aquí escrita una hora que es precisamente la del crimen. Esto parece indicar, por consiguiente, que existía una cita.

Holmes cogió el pedazo de papel y empezó á examinarlo.

—Suponiendo, pues, que existiera una cita — continuó el inspector, — hay que creer que la reputación de hombre honrado que gozaba William Kirwan era falsa, y que sirvió de cómplice á su asesino. De ser esto cierto, el asunto se aclaraba algo, y la muerte sólo era una de tantas, digno remate de una disputa entre compañeros.

—¿Sabéis que es interesante este papel? — exclamó Holmes, como si no hubiera oído las últimas frases del inspector. — Veo que el asunto se complica cada vez más.

Y mientras el inspector le contemplaba con

aspecto triunfante, gozoso de trabajar en compañía del policía más célebre del mundo, Holmes dejó caer la cabeza, y permaneció pensativo durante bastante rato.

—Quizá tengáis razón — dijo al fin, — suponiendo que existía cierta connivencia entre el cochero y su asesino. Pero esta carta, esta carta...

Y volvió á dejar caer la cabeza entre las manos y á entregarse á sus reflexiones. Cuando al cabo de unos minutos se levantó, tuve que reprimir una exclamación de asombro al ver en su semblante la animación de los días pretéritos, y en su cuerpo la agilidad y la energía que mostraba en los momentos de lucha con el misterio.

—Si queréis que os ayude, señor inspector, necesito ver el sitio donde se ha cometido el crimen. Así es que, si el coronel no tiene inconveniente, vais á tener la amabilidad de acompañarme á la casa de los Cunningham's. Vos, Watson, podéis quedaros haciendo compañía al coronel, y dentro de media hora, lo más tarde, regresaré á contaros lo que haya.

III

Pero quien volvió, y al cabo de dos horas, fué el inspector que, con aspecto preocupado, nos dijo :

—El señor Holmes queda tendido boca abajo sobre el césped, y os suplica que tengáis la bondad de seguirme.

—¿Adónde?

—A casa de los Cunningham's.

—¿Para qué?

El inspector encogióse de hombros.

—No lo sé. Aquí, entre nosotros, me parece que el señor Holmes no está curado aún. Hace unas cosas tan raras...

—No os extrañe eso — contesté. — Yo le conozco hace mucho tiempo, y sé que justamen-

te cuando más inexplicables parecen sus actos, por mejor camino van.

—Puesto que vos lo decís — murmuró el inspector. — Sin embargo, yo sigo creyendo que algunas cosas son enteramente inútiles. En fin, ¡Allá él!

—Bueno — dije un tanto molestado por las palabras del inspector. — ¿Vamos, coronel?

—Vamos allá.

Cuando llegamos al jardín de los Cunningham's nos encontramos á Holmes de pie, con las manos en los bolsillos y la vista fija en el suelo. Al sentir nuestros pasos levantó la cabeza, y exclamó alegremente:

—¡Hola, señores! Esto se complica, se complica. Jamás bendeciré bastante, amigo Watson, el que me hayáis traído á pasar una temporada aquí. He pasado una mañana deliciosa.

—¿Qué? ¿Habéis examinado el teatro del crimen? — interrogó el coronel.

—Ya lo creo. El inspector y yo hemos hecho un pequeño reconocimiento.

—¿Con éxito?

—¡Qué sé yo! Por lo pronto hemos descubierto cosas bastante interesantes, ¿verdad amigo?

Vamos andando, y os las contaré. Lo primero que hemos hecho, ya comprenderéis que ha sido ver el cadáver.

—¿Y qué?

—Nada, que, en efecto, ha muerto de un tiro.

—¡Ah! ¿Pero lo dudabais?

—Se debe dudar de todo hasta que se tenga una prueba indiscutible. Después hemos celebrado una *interweiu* con el señor Cunningham y su hijo, y nos han enseñado el sitio exacto de la verja por donde huyó el criminal. Esto era importantísimo.

—Claro.

—Luego hemos ido á ver á la madre del muerto; pero no hemos logrado nada, porque además de su ancianidad, se halla trastornada por el suceso.

—De modo que...

—Mi opinión es que se trata de un asunto obscurísimo, aunque tal vez la visita que vamos á hacer ahora lo aclare un poco. Me parece, señor inspector, que en cuanto al pedazo de papel opinamos lo mismo, ¿verdad?

—Sí... Yo opino que eso puede ser un indicio.

—*Lo es*, señor inspector, *lo es*. Creo que la sa-

lida de William Hiswan ha sido debido á esta carta, y más que nada, por su amistad ó conocimiento con el autor de ella. Ahora bien ; aquí no hay más que un pedazo, ¿dónde se halla el otro?

—No sé — respondió el inspector ; — lo he buscado por todas partes inútilmente.

—Para mí resulta indudable que esta carta pretendieron arrebatarla de las manos de la víctima, sin lograr más que la mitad. Luego esta carta comprometía seguramente al asesino. ¿Qué habrá hecho con el otro pedazo? ¡Quién sabe! Quizá lo haya guardado en el bolsillo ; tal vez lo haya roto en mil pedazos. En cuanto detengamos al criminal...

—Sí — interrumpió el inspector ; — pero es necesario detenerle.

—Todo se andará, amigo, todo se andará. Hay además otro punto obscuro en este asunto, y es el que sigue : Esta carta ha sido dirigida á William, pero no resulta lógico que la llevara el propio autor de ella, porque entonces era inútil comprometerse por escrito. ¿Quién ha sido el portador de la carta? ¿Habrá sido cursada por correo?

—Según las diligencias ejecutadas por mí — dijo pomposamente el inspector, — esta carta la recibió ayer William en el correo de la tarde.

—¡Bravo! — exclamó Holmes, dándole al inspector una palmada amistosa en el hombro. —Así da gusto trabajar. Pero ya estamos junto á la casa. Si tenéis la bondad de seguirme, coronel, os mostraré el sitio del suceso.

Atravesamos por delante del pabellón donde había vivido la víctima, seguimos por una calle ancha sombreada por las ramas de añosos robles, y llegamos á un edificio severo y antiguo, de la época de la reina Ana. En vez de entrar por la puerta principal, dimos vuelta y llegamos á una puertecilla, en cuyo umbral había un agente de policía.

—Abrid — le dijo Holmes, y luego, dirigiéndose á nosotros, continuó : — ahí, en esta escalera, estaba el joven Cunningham cuando vió luchar á los dos hombres en este mismo sitio en que nos hallamos ahora. El padre estaba en aquella ventana, la segunda de la izquierda, y tanto uno como otro aseguran que el asesino siguió esa dirección, saltando por encima de ese matorral. Según parece, el joven Alec no se cuidó de per-

seguirle, limitándose á arrodillarse junto al moribundo. Por desgracia, el terreno estaba muy seco, y no he podido descubrir huella alguna.

Aún no había terminado de hablar Sherlock Holmes, cuando llegaron hasta nosotros dos hombres. Uno de ellos era ya de cierta edad, y en su fisonomía de rasgos enérgicos y rudos adivinábase cierta indefinible tristeza. El otro era un mozo de ademanes sueltos y decididos, y la expresión alegre del rostro, así como el traje, afectadamente claro y chillón, contrastaban de un modo raro con el drama que había hecho su nido la noche anterior en aquella casa.

—¿Qué, no le habéis hallado todavía? — exclamó este último en cuanto estuvo cerca de nosotros. — Yo suponía que la policía de Londres era mucho más lista que la provinciana ; pero veo que no es así.

—Hay que tener un poco de paciencia, señor Cunningham — respondió Holmes tranquilamente.

—Ya, ya ; pero el caso es que hasta ahora no hay indicio alguno.

—Sí que lo hay — contestó el inspector bruscamente. — Si conseguimos saber don... ¡Gran Dios, señor Holmes! ¿Qué os pasa?

Todos volvimos la cabeza asustados. El semblante de mi amigo había cambiado violentamente de expresión. Giró los ojos casi fuera de las órbitas, llevóse á la garganta los dedos engarabitados por el sufrimiento, y profiriendo un gemido ronco y angustioso, cayó de bruces contra el suelo.

Dolorosamente conmovidos por un ataque tan repentino como inesperado, nos precipitamos en su socorro, y entre cuatro le llevamos á una alcoba y le sentamos en una silla, donde permaneció largo rato, sacudiendo el cuerpo por violentos estremecimientos y respiración fatigosa. Por fin, se levantó, y después de disculparse de lo que él llamaba su debilidad, me dijo :

—Ya veo, querido Watson, que teníais razón en aconsejarme reposo. ¡Estos malditos nervios! ...

—¿Deseáis que mande enganchar el coche? — preguntó afectuosamente Cunningham padre.

—No, muchas gracias. Ya que estoy aquí, no quisiera marcharme sin dilucidar un punto muy importante.

—¿Y es?

—A mí me parece que el desgraciado William debió llegar después que entró el asesino en la casa. Sin embargo, si no recuerdo mal, creo haberos oído decir todo lo contrario, á pesar de haber sido forzada por completo la cerradura, ¿no es así?

—Así es, efectivamente — contestó gravemente Cunningham ; — porque de lo contrario, mi hijo, que no se había acostado todavía, hubiese oído el menor rumor...

—¿No os habíais acostado aún? — dijo Holmes, mirando con fijeza á Alec.

—No ; estaba fumando en mi cuarto.

—¿Cuál es vuestra ventana?

—Aquella, la última de la izquierda.

—¿Al lado de la de vuestro padre?

—Justamente.

—Supongo que los dos tendríais luz encendida.

—Claro.

—Nada, lo dicho — continuó Holmes sonriendo. — Cada vez me parece más extraño lo sucedido. Se necesita ser un hombre ó muy bruto ó muy audaz, para penetrar fracturando puer-

tas en una casa donde hay dos ventanas iluminadas.

—Eso creo yo—murmuró el viejo.

—¡Toma! —repuso el joven encogiéndose de hombros. — Pues si se tratara de un caso sencillísimo, maldita la falta que nos hacía vuestra ayuda. De todos modos, me parece algo aventurada la afirmación de que el bandido estaba ya dentro de la casa cuando le sorprendió William. ¿Cómo imaginar semejante cosa, estando como estaba todo en su sitio y sin faltar objeto alguno?

—Eso depende del valor de los objetos que hallara á su paso el criminal. Ya recordaréis que este individuo no parece un ladrón vulgar. Este parece obrar con un fin desconocido y misterioso. No habréis olvidado, indudablemente, lo que robó en casa de Acton : un ovillo de bramante, un pesa-cartas y no sé qué otras nimiedades...

—Me parece — observó el viejo, — que estamos perdiendo el tiempo en inútiles disquisiciones. Una vez que hemos puesto el asunto en vuestras manos, á vos y al inspector corresponde mandar y obrar sin que nosotros entorpezcamos vuestras tareas.

—Celebro mucho oiros hablar de esa manera ;

y para que quede todo ultimado, paréceme que sería conveniente fijar ahora mismo la recompensa que penséis conceder á la policía. Si os parece bien, podéis firmar aquí en este papel donde he escrito el borrador. Pienso dedicar cincuenta libras esterlinas. ¿Os parece mucho?

—Nada de eso. Daría con gusto quinientas con tal de... — dijo el juez, cogiendo el papel y el lápiz que le tendía Holmes.

Después, leyéndolo rápidamente, exclamó:

—Pero esto no resulta muy exacto ni correcto que digamos...

—Quizá... Como lo he escrito algo deprisa...

—¡Y tanto! Aquí empezáis diciendo: «Ha»biéndose cometido el martes, á las doce menos »cuarto de lo noche aproximadamente...» No fué aproximadamente, sino á las doce menos cuarto en punto.

Confieso que esta ligereza en Holmes me disgustó bastante, comprendiendo lo molesto que debía de estar viéndose cogido en una inexactitud, él, que era la perfección personificada. El ataque de hacía un instante, esta reciente torpeza, todo parecía denotar que mi amigo se resentía de su enfermedad, y que no había reco-

brado todavía su claridad de criterio y su presteza de observación.

Hubo un silencioso embarazo mientras el juez corregía el borrador. El inspector fruncía las cejas. Alec prorrumpió en carcajadas, y el coronel y yo nos miramos consternados.

—Tomad — dijo Cunningham padre, entregándole á Holmes el papel; — ya podéis enviarlo á la imprenta.

Holmes guardó con cuidado el documento en la cartera, y abrochándose la americana, repuso:

—Ahora, si os parece, sería conveniente que diésemos una vuelta por la casa, á ver si el criminal se ha llevado algo que no echasteis de menos en los primeros momentos.

Antes de entrar, mi amigo examinó de nuevo la cerradura forzada. El asesino debió emplear una ganzúa ó un cuchillo de grandes dimensiones. En la madera no se advertía el menor rasguño.

—¿No tenéis barra en las ventanas? — dijo de improviso, volviéndose hacia los Cunningham's.

—No; no las creímos necesarias.

—¿Y perro?

—Perro, sí ; pero está siempre encadenado en la otra parte del jardín.

—¿A qué hora se despidieron para acostarse los sirvientes?

—A eso de las diez.

—¿Y William?

—También.

—Entonces no se explica que estuviera de pie á... Vamos á dentro.

Ascendimos la escalera, y nos encontramos en el descansillo del primer piso. Después nos internamos en un ancho corredor, al cual daban las puertas del salón y de algunas otras estancias, entre ellas las de las alcobas de los dos Cunningham's. Yo no le quitaba ojo á Holmes, y comprendía, por la expresión del rostro, que había hallado por fin una pista. ¿Cuál? Por más esfuerzos imaginativos que hacía, no conseguía dar con ella.

—¿Cuáles son vuestros cuartos? — interrogó, deteniéndose y mirando á Cunningham padre.

—Esos dos. Este primero es el mío, y aquél el de mi hijo. Pero me parece, señor Holmes — añadió con tono de impaciencia, — que estamos

perdiendo un tiempo precioso. ¿Cómo demonios iba á entrar nadie aquí sin que nosotros no lo advirtiéramos?

—Realmente — observó el joven, sonriendo irónicamente, — el señor Holmes me parece que va algo descaminado.

—¿En qué quedamos, señores? ¿No habéis dicho antes que me dejaríais obrar á mi gusto? Tened un poco de paciencia.

Después, empujando una puerta, continuó :

—¿De modo, que ésta es la alcoba de vuestro hijo?

Y penetró seguido de nosotros.

—¡Calla! Esa habitación debe de ser el tocador, ¿verdad? ¿Adónde da esa ventana?

Y entrando en el segundo cuarto, salió después de dirigir una rápida mirada á su alrededor.

—Vaya, me parece que ahora ya estaréis contento—murmuró con huraño acento el juez.

—Algo, algo lo estoy... Ahora me falta ver vuestro cuarto... si no tenéis inconveniente.

—¿Yo? Ninguno.

Y abriendo la puerta de su habitación, pasó el juez primero que todos. Era una pieza amue-

blada con sencillez y sin detalle alguno que revelara nada fuera de lo vulgar y corriente.

—Holmes, cogiéndome del brazo, procuró que nos quedáramos los últimos. De repente, y como sin fijarse, le dió un empujón á una mesita que había á la cabecera de la cama con un plato de naranjas y una jarra llena de agua. Rompióse la jarra en mil pedazos, y las doradas frutas rodaron por el suelo.

—¡ Qué torpeza, Watson ! — me dijo con acento disgustado. — Menudo estropicio acabáis de hacer.

Rojo de vergüenza me incliné para levantar la mesa y recoger las naranjas, comprendiendo que cuando mi amigo me reñía tan injustamente, debía tener sus razones para obrar así. Los demás inclináronse también para ayudarme. Cuando levantamos la cabeza, el inspector lanzó un grito de asombro.

—¡ Calla ! ¿ Dónde está ese hombre?

En efecto, Holmes había desaparecido.

El joven Cunningham frució el entrecejo.

—Me parece que ese individuo está algo chiflado. Venid conmigo, padre, y vamos á ver dón-

de se halla. ¿Queréis tener la bondad de esperarnos un momento?

Y sin aguardar nuestra contestación, salieron padre é hijo precipitadamente, dejándonos al coronel, al inspector y á mí con un palmo de boca abierta.

—Pues yo, señores — dijo el inspector, — confieso que soy de igual opinión que el señor Alec... Me parece que el señor Holmes tiene más de...

No tuvo tiempo de acabar. Hasta nosotros llegó la voz de mi amigo que gritaba «¡ Socorro !» con todas sus fuerzas. Loco de angustia me precipité fuera de la estancia. Los gritos, que se habían trocado en aullidos roncos é inarticulados, venían del cuarto de Alec. La puerta estaba abierta, y al penetrar en el tocador del joven vi á Holmes tendido en el suelo y á los dos Cunningham's echados sobre él. Mientras el hijo le apretaba la garganta, el viejo le sujetaba con los puños.

Entre el coronel, el inspector y yo libertamos bien pronto á mi amigo, y éste se levantó pálido, tembloroso, sin voz.

Hubo un momento de silencio en que todos nos miramos y en que únicamente se oía la anhelosa respiración de Holmes.

Por fin mi amigo recobró el habla, é indicando á los dos Cunningham's, exclamó:

—Detened ahora mismo á esos hombres, inspector.

—¿Qué les detenga? ¿Por qué?

—Porque son los asesinos de su cochero William Kirwan.

El inspector estaba estupefacto y sin saber qué hacer...

—¡Por Dios, señor Holmes! ¡Eso es demasiado!

—¿Demasiado? ¡Miradles!

En efecto. No recuerdo haber visto nunca tan clara la huella de un crimen en el semblante humano como en las fisonomías de aquellos dos hombres. El padre estaba como petrificado, y en sus rasgos veíase una crueldad extrema. Del rostro del hijo había huído la sonrisa burlona de antes y contraía la boca con un gesto de rabia y de cinismo, mientras que los ojos centelleaban de odio.

El inspector se asomó al pasillo y dió un silbido. Dos agentes de policía penetraron en la habitación.

—Dispensadme, señor Cunningham — balbuceó el asombrado inspector,—me es indispensable obedecer, á pesar de mi convencimiento de que se trata de un error y que... ¡Demonio!

Y dió una manotada en el brazo de Alec. Un revólver cayó en el suelo. Holmes le puso el pie encima.

—¿Lo estáis viendo, inspector? Ahora mirad la otra prueba—dijo, agitando un pedazo de papel en el aire.

—¿Qué es eso?—exclamamos los tres á la vez.

—El resto de la carta.

—¿Dónde estaba?

—Donde yo esperaba hallarlo. Dentro de un rato tendré el gusto de explicároslo todo. Ahora, coronel, tendréis la amabilidad de dejarnos solos al inspector y á mí con los criminales. Podéis aguardarme con Watson en vuestra casa. Antes de una hora nos reuniremos, y, como os he prometido antes, todo os lo explicaré.

IV

No había pasado la hora señalada, cuando Holmes apareció en el salón del coronel Hayter, acompañado de un viejecillo simpático y de mirada asustadiza.

—Me he permitido, señores, suplicar al señor Acton que me acompañara para que oyese la explicación de lo sucedido, porque nadie como él podía tener interés en saberlo. Lo que siento, coronel, es que hayáis invitado á pasar unos días en vuestra casa á un aguafiestas como yo.

—Al contrario—protestó enérgicamente Hayter ;—no sabéis la satisfacción tan grande que ha sido para mí el conoceros y veros trabajar. Os aseguro que, por mucho que yo me imaginaba de vuestro talento, nunca pude llegar á la realidad. Por más vueltas que le he dado, no com

prendo, no puedo comprender cómo habéis descubierto á los autores del crimen.

—Ya lo comprenderéis, y hasta lo encontraréis muy sencillo é infantil casi, cuando os lo explique. ¿Verdad, Watson? Figuraos que...

—Pero sentaos, Holmes ; estáis muy pálido— observé.

—Sí, verdaderamente, estoy algo débil. No es para menos después de la lucha titánica que sostuve en el tocador. Si tardáis un poco más, allí acabo mis días. Con vuestro permiso, coronel, voy á echarme un vaso de este excelente aguardiente.

—¡ No faltaba más ! ¿Y los nervios? Menudo susto nos disteis con el ataque de antes.

Sherlock Holmes prorrumpió en carcajadas. El coronel y yo nos miramos atónitos.

—Ya hablaremos de eso, señores—dijo alegremente mi amigo después de beber la segunda copa de aguardiente.—Las cosas hay que irlas diciendo por su orden, y así voy á hacer, advirtiéndoos antes que si hay algo obscuro ó incomprensible en mi narración me interrumpáis para que lo explique mejor.

Hizo una pausa como para excitar nuestra

atención—lo cual, por otra parte, no era preciso—y continuó :

—Todo buen policía, lo primero que debe aprender, como conocimiento indispensable y verdaderamente importante, es á distinguir en cualquier asunto los detalles accesorios de los principales. De lo contrario, corre peligro de despistarse y emplear inútilmente su energía y todas las demás condiciones buenas que posea. En el caso actual yo comprendí desde el primer instante que la clave del misterio estaba en el pedazo de papel que se halló en la mano de la víctima. Recordaréis que, á ser cierta la declaración de Alec Cunningham, el asaltante nocturno no podía ser el que arrancó el papel, puesto que huyó antes de que cayera al suelo el cochero. Por consiguiente, de no ser el presunto asesino, nada más lógico que fuera el propio Alec Cunningham en el espacio de tiempo que estuvo solo con el moribundo, antes de que llegaran su padre y los criados. Como veis, esta es una suposición bastante razonable, á pesar de lo cual no se le ocurrió al inspector. ¿Por qué? Porque tenía el prejuicio de la alta posición de los Cunningham's. Yo, por el contrario, siempre

que se trata de descubrir alguna cosa, me atengo exclusivamente á los hechos, dejando aparte cuanto sepa de las personas que más ó menos directamente hayan intervenido en el asunto. Así, pues, lo primero que consideré como transcendental fué averiguar el papel que hubiese jugado Alec Cunningham en este crimen.

Por eso examiné tan minuciosamente el trozo de papel, y el examen me hizo ver que, en efecto, no me había engañado concediéndole una gran importancia. Aquí está. ¿Verdad que es algo extraño?

—Sí que lo es—dijo el coronel mirándolo fijamente.

—Vamos á ver, ¿qué pensáis de él?

—Qué sé yo... Me parece muy raro el carácter de letra... pero no acierto á...

—¡Y tan raro!—exclamó Holmes.—Como que lo han escrito entre dos personas, una palabra cada una. Para convenceros basta con que os fijéis en lo enérgico que es el rasgo de la *t* en las palabras «útil» y «tres», así como lo inseguro que es, por ejemplo, en la palabra «cuarto». Una vez hecha esta observación podéis asegurar, sin temor de engañaros, que las palabras

«sabed» y «mucho» son de una mano muy segura, mientras que las palabras «menos» y «cuarto» son de otra algo más débil.

—¡Caramba!—exclamó el coronel.—¡Esto es sencillísimo! ¿Pero qué motivo han podido tener dos hombres para escribir una carta de esta manera?

—Eso es tan sencillo como lo otro. Indudablemente, uno de los individuos desconfiaba del otro y quería que la responsabilidad, en caso de que se descubriera el crimen, fuera de los dos. Ahora bien; podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que el instigador, el verdadero criminal es el que ha trazado las palabras «doce y cuarto.»

El coronel se quedó mirando á Holmes profundamente asombrado.

—¿Cómo demonios lo sabéis?

—Podríamos deducirlo de la firmeza de mano de uno comparada con la inseguridad del otro; pero hay otras pruebas más irrecusables. Por ejemplo: examinando más minuciosamente el papel veremos que el hombre resuelto escribió todas sus palabras, primero, dejando entre una y otra los huecos para que el otro los llenara.

Como veis, la palabra «menos» es de igual letra que «doce y cuarto» y además está metida en un espacio muy pequeño para ella, lo cual indica que el segundo que escribió no se fijó en ese blanco y el primero tuvo que llenarlo más tarde. Como veis, es cuestión de lógica.

—¡ Maravilloso !—exclamó el coronel.

—No, lógico ; solamente lógico. Pasemos ahora á otro punto. Seguramente sabréis que hay cierta clase de hombres, los grafólogos, que pueden averiguar exactamente la edad, el carácter y hasta el oficio de una persona con sólo examinar algún escrito suyo. Sobre todo respecto de la edad, en caso normal, la adivinación es infalible. Y digo normal, porque en circunstancias anormales, es decir en caso de enfermedad ó debilidad física, puede aparecer como de viejo la mano del joven que escribiera el escrito objeto del examen.

Ciñéndonos ahora al caso actual, y examinando el carácter de letra resuelto y seguro del uno con el vacilante de *tes* sin tilde del otro, podemos asegurar que uno de los dos hombres era joven, y viejo, aunque no decrépito, el otro.

—¡ Maravilloso !—volvió á exclamar el coronel, secundado esta vez por el señor Acton.

—Además, existen entre los dos caracteres de letra cierta identidad de rasgos que indican claramente se trata de dos individuos de la misma sangre. Fijaos, verbi gracia, en las *es*. En fin, y para no cansaros más, después de mucho examinar este pedazo de papel formé una lista de veintitrés deducciones, que demostraban hasta la saciedad que esta carta había sido escrita por un padre y un hijo alternativamente. Entonces, y por medio de esta intuición que tanto me ha valido en multitud de ocasiones, me fijé en los Cunningham's.

Una vez se fijó mi mente en esta sospecha, puse todos los medios posibles para ver si podía convertirla en certeza. Examiné cuidadosamente el lugar del suceso y adquirí la seguridad de que los Cunningham's habían mentido en todas sus afirmaciones.

William Kirwan fué herido de un disparo de revólver, hecho á cuatro metros de distancia, puesto que no había señal alguna de pólvora sobre el traje, lo cual no hubiera podido menos de suceder á haber sido hecho el disparo duran-

te una lucha cuerpo á cuerpo, según ha declarado el joven Cunningham.

También estuvieron acordes el padre y el hijo señalando el camino que siguió el asesino al huir después de cometido el crimen. Justamente en esa parte hay unas charcas, y el terreno cercano á ellas, es muy húmedo, pero no había la menor huella de pasos.

Ya no me faltaba más que descubrir el móvil del crimen. Para esto era necesario saber antes con qué objeto se hizo aquel robo tan extraño é inútil en casa de Mr. Acton. Entonces recordé que el coronel me había dicho que existía entre vos y los Cunningham's un pleito por cuestión de terrenos, é inmediatamente comprendí que debieron entrar en vuestro despacho con intención de apoderarse de algún documento importante.

—Opino lo mismo que vos—interrumpió Acton,—como yo tengo derechos indiscutibles sobre la mitad de sus propiedades, si hubiesen conseguido coger uno solo de los papeles (afortunadamente están guardados en la caja de caudales de mi abogado), mal me hubiera visto yo

para alegar esos derechos en el momento supremo.

—No sabéis cuánto me satisface oiros hablar así—continuó Holmes sonriendo.—No habiendo encontrado lo que buscaban, intentaron despistar á la policía, simulando un robo vulgar, y para ello cogieron lo primero que encontraron á mano, sin cuidarse de su importancia. En esto hay que confesar que el proyecto audaz y bien urdido de Alec flaqueó un tanto. En vez de despistar pondría sobre la pista.

Ya no me faltaba más que averiguar el porqué de la carta dirigida á William, y para lograrlo debía buscar el trozo que arrancaron de la mano del cochero. Para mí era indudable que Alec fué el que lo arrancó y que debió guardarlo en el bolsillo de la bata. ¿Pero estaría aún allí?

Resolví arriesgarme un poco para asegurarme de ello, y entonces fué cuando os rogué que vinieseis todos á la casa del crimen.

Recordaréis que los Cunningham's nos recibieron en el jardín, cerca de la puerta de la cocina. Se empezó á hablar del crimen, y yo estaba sobre ascuas temiendo la menor alusión al pedazo de papel encontrado en la mano del muerto,

porque en ese caso los asesinos procurarían destruirlo inmediatamente.

En efecto, no habíamos hecho más que empezar á hablar, cuando el inspector fué á soltar las temidas palabras. Entonces, y para interrumpirle y dirigir por nuevos cauces la conversación, tuve el gusto de ofreceros el curioso espectáculo de un ataque nervioso.

El coronel profirió una carcajada estentórea.

—¡ Cómo ! ¿ Pero fué fingido aquéllo?... Pues os felicito, amigo mío ; sois un actor excelente. ¡ Y pensar que nos llegasteis á preocupar seriamente !...

—¡ Pues yo os felicito también en calidad de médico !—exclamé atónito ante aquel hombre, cada vez más admirable y prodigioso.—Os confieso que me habéis engañado.

—Todo policía debía estudiar el arte de ser actor—repuso Holmes burlonamente.—Cuando *se me pasó el ataque*, y por medio de una astucia que me resultó infalible, logré que el viejo Cunningham's escribiera la palabra «cuarto», para compararla con la otra «cuarto» que se leía en el pedazo de papel.

—¡ Es posible !—exclamé ya en el colmo de la estupefacción.—¡ Y yo que dudaba de vos !

Holmes echóse á reir.

—Ya, ya vi que me compadecíais por mi falta de memoria. Una vez conseguido lo que me proponía, subimos todos al piso principal, y al penetrar en el tocador y ver la bata á la cabecera de la cama, derribé la mesita de noche para tener tiempo, mientras los demás se apresuraban á levantarla y á recoger lo caído, de registrar los bolsillos. Apenas había recogido el tan deseado trozo de papel sentí caer encima de mí á los dos Cunningham's, y á no ser por vuestra intervención me parece que allí concluyen para siempre mis aventuras. Aún siento en mi garganta los dedos del joven, y el puño me duele horriblemente de los esfuerzos que hizo el viejo para arrancarme el papel.

Ahora únicamente falta deciros lo que ha pasado después de nuestra marcha. En seguida les tomé declaración á ambos, y mientras el padre se mostró algo razonable, no sé si por miedo ó por arrepentimiento, el hijo parecía haberse vuelto loco de rabia, y evidentemente, á tener á mano el revólver, se hubiera levantado la tapa

de los sesos ó nos la hubiera levantado á nosotros. Cuando el viejo comprendió que era inútil negar, todo lo confesó.

Según parece, el cochero William había seguido secretamente á sus amos la noche del asalto á la casa de Mr. Acton, y teniéndoles de esta manera en su poder, quiso abusar de ellos y sacarles todo cuanto se le antojara.

Pero no pensó en lo peligroso que resultaba jugar con un hombre del temple de Alec. Este tuvo una inspiración verdaderamente genial: se le ocurrió aprovecharse del terror que había despertado en el país aquella serie de robos nocturnos que había comenzado hácía poco, para deshacerse del cochero. William cayó en el lazo que le tendían y pagó con la vida su indiscreción. Tal vez si los asesinos hubieran arrancado completo el papel y no hubiesen cometido algún que otro descuido, su crimen habría permanecido impune.

—Bueno—interrumpí. —¿Pero qué decía la famosa carta?

Holmes puso los dos pedazos sobre la mesa.

—Lo que yo suponía. Una vez más el amor ha causado la pérdida de un hombre. Lo que no

está muy claro es la clase de relaciones que existían entre esta Ana Morrison, William Kirwan y Alec Cunningham. Pero eso ya no nos interesa. Y ahora, amigo Watson, paréceme que ya hemos abusado bastante de la paciencia del coronel. Mañana mismo regresaremos á Londres, y habréis de reconocer conmigo en que no pude elegir sitio más excelente para mi convalecencia.

LAS DOS MANCHAS DE SANGRE

I

Definitiva y firme era mi resolución de que la aventura de los Cunningham's fuera el último de los triunfos de Sherlock Holmes que diera á la publicidad, aunque, en honor de la verdad, no ha sido la falta de materiales lo que me hizo aceptar esta idea porque poseo infinidad de notas referentes á muchos centenares de asuntos que nadie conoce todavía. Tampoco ha sido el temor de cansar á mis lectores, puesto que eran tan admirables y únicas las facultades de Holmes, que siempre, aun en asuntos muy semejantes, habría algo nuevo y sorprendente. El motivo verdadero ha sido el cansarse Holmes de esta publicación que desde hace tanto tiempo vengo realizando.

Mientras ejercía su profesión, la popularidad de sus éxitos podía tener para él algún valor

práctico ; pero desde que ha dejado Londres definitivamente para vivir en las dunas de Sussex, donde se dedica á sus estudios y á la agricultura, toda noticia que se refiera á él le desagrada en extremo. Y me ha suplicado que, de ahora en adelante, guarde silencio sobre lo pasado, y yo, como siempre, he considerado sus deseos como órdenes. No obstante, después de asegurarle que en otros tiempos había prometido relatar la aventura «Las dos manchas de sangre», cuando ya no podía perjudicar á ninguna de las elevadas personalidades que en ella intervinieron y de que este suceso rubricaría dignamente la larga serie de sus triunfos, logré convencerle, con la sola condición de que variase los nombres con objeto de evitar conflictos internacionales.

Así, pues, si mis lectores hallan en la narración de esta aventura—tal vez la más admirable que resolvió Sherlock Holmes—algo que les parezca confuso ó encubierto, acháquenlo á esta discreción absolutamente necesaria é indispensable.

Durante una mañana de otoño, de un año cu-

yas cifras ocultaré, recibimos en nuestro humilde cuarto de Baker-Street, la visita de dos personajes, cuyos nombres eran conocidos en toda Europa. El primero, de semblante austero, de nariz aguileña audaz, y cuya mirada completaba su aspecto dominante, era el ilustre lord Bellinger, que era por segunda vez presidente del Consejo de ministros de la Gran Bretaña. El otro, de fisonomía pálida y expresiva, enmarcada por negros cabellos y barba negra, de aspecto distinguido, como de hombre muy ducho en concurrir salones y Embajadas, era el ilustrísimo señor Trelawney Hope, ministro de Estado, y en quien la política tenía fundadas sus más altas esperanzas.

Se sentaron juntos en el sofá, para lo cual tuvieron que apartar la multitud de papelotes y cachivaches que había siempre en él, y desde el primer momento comprendimos, por la ansiedad é inquietud reflejadas en sus semblantes, que debía ser muy poderoso el motivo que les obligaba á venir á vernos. Las manos finas y pulidas del presidente se engarfiaban sobre el marfil del paraguas y la mirada escrutadora de su rostro ascético tan pronto se posaba en Hol-

mes como en mí. El secretario retorcíase furiosamente el bigote con una mano, mientras con la otra jugaba con los dijes del reloj.

Este último fué el primero que habló.

—Es el caso, señor Holmes, que esta mañana, á las ocho, me enteré de la pérdida de un documento muy importante, é inmediatamente lo puse en conocimiento de lord Bellinger. Entonces convinimos en venir á veros.

—¿Habéis dado parte á la policía?

—No, señor—exclamó el presidente con la vivacidad peculiar en él,—ni lo haremos. Se trata de un asunto de índole tan delicada...

—Sin embargo...

—No hay sin embargo que valga. Si ese documento se hiciera público originaría gravísimos conflictos europeos. Ya veis, se trata de una cuestión que, siendo de paz, se tomaría en guerra. De no recobrarlo en secreto, prefiero abandonarlo, puesto que lo que deben desear los ladrones es la publicidad.

—Comprendido. Y ahora, señor Trelawney Hope, tened la amabilidad de explicarme detalladamente, sin omitir lo más mínimo, lo sucedido.

—Pocas palabras se necesitan para ello. La carta—porque de una carta de jefe de Estado extranjero se trata—la recibí hace seis días. Comprendiendo su importancia no me atreví á dejarla en el Ministerio, y todas las noches me la llevaba á mi casa, en Whitehall Terrace, donde la guardaba bajo llave en un cofrecito que tengo en mi alcoba. Ayer por la noche tengo la seguridad de que aún estaba allí, porque al entrar á vestirme para la cena lo pude comprobar abriendo el cofrecillo. Esta mañana había desaparecido. El cofre permanecía tal como yo le dejé por la noche, delante del espejo del tocador. Como lo mismo mi esposa que yo tenemos el sueño muy ligero y el menor ruido nos despierta, podemos jurar que nadie entró en nuestro cuarto durante la noche. Y, no obstante, lo repito, el documento ya no estaba allí.

—¿A qué hora comisteis?

—A las siete y media en punto.

—¿Y tardasteis mucho en acostaros?

—Mi mujer fué al teatro y yo quedé aguardándola. Serían las once y media cuando subimos á la alcoba.

—Por consiguiente el cofrecillo ha estado cuatro horas sin vigilancia, ¿no es eso?

—Realmente, sí ; pero debéis tener en cuenta que nadie entra en nuestro cuarto más que una criada por la mañana, y durante el resto del día mi ayuda de cámara y la doncella de mi mujer, dos personas en quienes tengo absoluta confianza y que están á nuestro servicio hace muchos años. Además, ni uno ni otra podían suponer que hubiera allí una carta de tal importancia, sabiendo, desde muy antiguo, que yo sólo empleaba el cofrecillo para guardar papeles oficiales.

—¿De manera que no conocía nadie la existencia de esa carta?

—Nadie.

—¿Vuestra esposa tampoco?

—No ha sabido nada hasta hoy en que yo se lo he dicho al notar la falta. Yo no le hablo nunca de los asuntos oficiales.

—No hacía falta esa afirmación, señor ministro ; os conozco desde hace mucho tiempo y sé la corrección y discreción con que obráis en asuntos de esta índole.

El ministro se inclinó.

—Tengo á vanagloria el ser de este modo.

—Bueno ; ¿pero ella pudo adivinar?...

—No, señor ; ni ella ni nadie.

—¿Os han faltado alguna vez otros documentos?

—Nunca.

—¿Quiénes conocen en Inglaterra la existencia de esa carta?

—Todos los miembros del Gabinete. Pero debo deciros que además del secreto que garantiza cada uno de los consejos que se celebran, ha habido en éste la advertencia de que se trataba de un asunto muy peligroso. ¡Y pensar que algunas horas después he sido yo el que lo ha perdido!...

Su semblante se contrajo de desesperación y las manos fueron garfios en la revuelta y sudorosa cabellera. Sin embargo, aquello fué un relámpago ; y bien pronto el ministro de Estado recobró su habitual corrección, su aristocrático porte y continuó con voz tranquila.

—Aparte de los ministros, quizá haya otros dos ó tres altos empleados de mi ministerio que estuvieran en el secreto. Pero nadie más.

—¿Estáis seguro?

—Enteramente seguro.

—¿Y en el extranjero?

—Tal vez se haya conservado más el secreto que aquí. Podría afirmar que el... escribió la carta sin dar cuenta á nadie absolutamente.

Holmes permaneció pensativo durante unos minutos. Después, levantando la cabeza, dijo con su voz breve y sonora:

—No tengo más remedio que suplicaros me digáis de qué trataba esa carta y cuáles puedan ser las consecuencias que ocasionen su pérdida.

Los dos hombres de Estado cambiaron una mirada rápida y el primer ministro frunció sus cejas espesas.

—El sobre es grande, de papel fino y azul pálido. Tiene un sello de lacre representando un león dormido. La dirección está escrita con una letra recta y nerviosa.

—No basta con eso—dijo Holmes.—Aun tratándose, como se trata, de unos detalles bastante interesantes y esenciales, necesito más.

El presidente frunció más las cejas.

—Ya os he dicho que se trata de un importantísimo secreto de Estado, y, por consiguiente, no puedo decir nada. Si con la ayuda de vuestras facultades excepcionales—según dicen por

ahí—podéis hallar el sobre azul con su contenido, habréis merecido el agradecimiento de nuestra patria y obtenido una gran recompensa. En el caso contrario, nos resignaremos antes de quebrantar un secreto que no es nuestro.

Holmes se levantó sonriendo.

—Me parece, señores, que por muy ocupados que estéis ambos, no lo estaréis tanto como yo. Hay una multitud de clientes que esperan mucho de esas excepcionales facultades mías—según dicen por ahí.—Lo siento mucho; pero en las condiciones que me proponéis, no me es posible ayudaros. Perderíamos todos un tiempo precioso.

El primer ministro dió un salto. Por sus ojos cruzó un relámpago de cólera, de aquella cólera que tantas veces hizo temblar al Gabinete.

—Yo no estoy acostumbrado...—comenzó.

Pero haciendo un esfuerzo violento para dominarse, se sentó nuevamente.

Durante unos segundos, un silencio embarazoso nos hizo doblar la cabeza. Finalmente, el viejo se encogió de hombros, como un hombre dispuesto á todo, y continuó:

—¡Qué remedio! Aceptaremos vuestras con-

diciones, señor Holmes. Quizá tengáis razón, y tal vez también hayamos cometido una descortesía dudando de vuestra caballerosidad.

—Opino del mismo modo—dijo el ministro de Estado.

—Estoy dispuesto á hablar—dijo el presidente del Consejo ;—pero antes tenéis que prometerme, el doctor Watson y vos, que por nada del mundo quebrantaréis este secreto. Es cuestión de patriotismo, porque si se descubriera alguna cosa nuestro país perdería no poco.

Holmes y yo nos inclinamos y nuestras voces sonaron á una.

—Podéis tener completa confianza en nosotros.

—Esta carta ha sido escrita por un jefe de Estado bajo la impresión que le produjo nuestro reciente aumento de colonias. Según hemos podido enterarnos el... referido jefe no dió cuenta del acto que hizo á sus ministros, dejándose llevar solamente de sus primeros arrebatos. Así resulta la carta de altiva y de insultante. Si se hiciera pública, si la prensa y el pueblo se enterasen de lo que dice, dentro de una semana se había declarado la guerra.

Holmes escribió un nombre y se lo mostró al presidente.

—Sí ; ¡ ese mismo es !—respondió lord Bellinger.—Ese es el autor de esa carta que puede costar á Inglaterra muchísimos millones y centenares de miles de hombres.

—¿Le habéis avisado á él?

—Sí. Le he puesto un telegrama cifrado.

—Quizá desee la publicación de la carta.

—No lo creo. Estoy seguro de que ahora comprende la estupidez que cometió dejándose dominar por un arrebato, que, además, no sería Inglaterra la que llevase la peor parte, en caso de estallar inmediatamente la guerra.

—¿Entonces quién demonios puede haberla robado?

—Todo esto, señor Holmes, entra de lleno en las cuestiones más delicadas de política internacional. Si nos fijamos un momento en la actual situación de Europa, comprenderemos quizá el motivo de ese robo. Europa es como un vasto campo fortificado y erizado de cañones. Las distintas alianzas entre los diferentes países han ido igualando las fuerzas militares. De este mo-

do si el día de mañana Inglaterra declarase la guerra, arrastraría en pos de sí á sus aliadas, y como el país contrario haría lo mismo con las suyas, tendríamos un completo, un formidable conflicto internacional.

—¡Ah! Ahora comprendo. Quizá se hayan apoderado de esa carta algunos enemigos de ese jefe de Estado para conseguir, dándola publicidad, que Inglaterra le declarase la guerra.

—Justamente.

—¿Y á quién sospecháis que enviarían primero ese documento?

—¡Qué sé yo! A cualesquiera de las Cancillerías de Europa. Tal vez en estos instantes ya esté en camino, cruzando el canal.

Mister Trelawney Hope dejó caer la cabeza sobre el pecho, y suspiró amargamente. El presidente, poniéndole la mano en el hombro, procuró consolarle.

—Vamos, querido, no hay que amilanarse de ese modo. Ya veis que nadie os hace cargo alguno, porque á todos nos consta que habéis cumplido con vuestro deber.

Y después, dirigiéndose á Holmes, continuó:

—Ahora que conocéis los hechos, esperamos que nos aconsejéis.

Holmes inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Estáis seguro de que se declararía la guerra si no se recobra ese documento?—murmuró.

—Absolutamente seguro.

—Pues entonces me parece que debíais iros preparando.

—¡Vaya una esperanza que nos dáis, señor Holmes!

—Es deciros lealmente lo que pienso. Mirad, examinando fríamente la cuestión, se comprende que la carta ha sido robada antes de las once y media de la noche, porque, si no recuerdo mal, los señores Hope tienen el sueño muy ligero y les hubiera despertado el menor ruido. El robo debió verificarse entre las siete y media y las once, más bien cerca de las siete y media que de las once y media, puesto que el ladrón conocía la importancia de la carta y estaría deseando tenerla en su poder. Ahora bien, ¿creéis que el ladrón ha hecho ese robo solamente por el gusto de tener un autógrafo regio? No; lo probable es que á estas horas la carta esté ya en

poder de quien pueda hacer uso peligroso de ella, y por consiguiente, no me resulta un disparate aconsejaros que os vayáis preparando.

El presidente se levantó.

—Está bien, señor Holmes. Comprendo la verosimilitud de vuestras observaciones y no quiero haceros perder más tiempo.

—No, no; aguardad. ¿Y no podían haberla robado el ayuda de cámara ó la doncella?

—Ya os he dicho antes que se trataba de dos personas intachables y antiguas en la casa.

—Bueno; pero por fantasear no se pierde nada. Si no he oído mal, antes me habéis dicho que vuestra alcoba se halla situada en el segundo piso, que no se comunica con la parte exterior, y que de la interior no podía entrar nadie sin ser divisado, ¿no es eso?

El ministro de Estado asintió con la cabeza.

—Muy bien. ¿Por qué no hemos de suponer que alguno de esos espías internacionales ó de esos agentes secretos—cuyos nombres me son conocidísimos—ha conseguido sobornar á la servidumbre? Hay tres, particularmente, que se les puede considerar como jefes de esta clase de

espionaje, tan delicada y peligrosa. Esta misma tarde comenzaré mis pesquisas, y si veo que alguno de los tres se halla fuera de Londres, y, más que nada, si salió ayer por la noche, ya tendremos una pista que seguir.

—¿Y qué necesidad tenía de salir de Londres? —preguntó el ministro de Estado.—¿Tenía más que llevar la carta á una Embajada cualquiera?

—No lo creo. Estos agentes trabajan con entera independencia, y, por lo general, no son muy cordiales sus relaciones con las Embajadas.

El presidente asintió con la cabeza.

—Creo que tenéis razón, señor Holmes. Si el ladrón ó el instigador del robo, ateniéndonos á vuestra hipótesis, es una persona inteligente, evidentemente no habrá llevado á ninguna Legación un documento de esa importancia. Apruebo en absoluto vuestros planes. Dios quiera que resulte según á nuestros deseos. Entre tanto, amigo Hope, creo que debemos volver á nuestras ocupaciones como si no hubiera sucedido nada. Si acaso sabemos algo más, señor Holmes, os lo diremos inmediatamente; así como os agra-

deceríamos que nos pusierais al corriente de vuestros trabajos.

Holmes se inclinó asintiendo, y los dos hombres de Estado, después de hacernos una grave y cortesana reverencia, salieron de la estancia.

II

Apenas se marcharon los dos personajes, Holmes se tendió en el sofá, encendió la pipa, y durante mucho rato permaneció silencioso y absorto en su meditaciones. Yo cogí un periódico de la mañana, y estaba engolfado en un crimen sensacional que se había cometido la noche anterior en Westminster, cuando de improviso mi amigo lanzó una exclamación, se levantó de un salto, y poniendo la pipa sobre el mármol de la chimenea, dijo :

—Evidentemente este es el mejor camino. La situación, aunque grave, no es desesperada por completo. Es más : si ahora mismo supiéramos á punto fijo quién de los tres ha sido el ladrón, el asunto estaba resuelto antes de dos horas, porque todavía no habrá tenido tiempo de entregarlo. Además, tratándose de esta clase de individuos, el dinero — y no podemos quejarnos de que nos falte, teniendo cuenta abierta en el Ministerio de Hacienda, — es el primer factor. Todo se reduce á dar por la carta lo que da-

rían en la Corte ó Presidencia de otro país. También puede ser que el ladrón conserve aún la carta para ver si puede sacar aquí la cantidad que se propuso, antes de dirigirse al extranjero.

—¿Y quiénes son esos tres hombres de quienes sospecháis?

—Un alemán, Obersteim; un francés, La Rothiére, y un español, Eduardo Lucas. Solamente uno de esos tres es capaz de semejante acto. Hablaré con todos ellos, y veremos.

Yo entonces recordé lo leído un instante antes.

—¿Habéis dicho Eduardo Lucas?

—Sí.

—¿El de Godolfín Street?

—Justamente.

—Pues entonces ya podéis desistir de hablar con él.

—¿Por qué?

—Porque le han asesinado anoche en su misma casa.

El asombro que le causó esta noticia á Holmes, me resarció de tantos asombros y estupefacciones como él me había causado desde que nos conocíamos.

—¡Asesinado!

—Sí, sí, asesinado. Aquí lo podéis leer.

Y le alargué el periódico. Holmes me lo arrebató de las manos.

He aquí la noticia:

«EL CRIMEN DE AYER

»Anoche se ha perpetrado un crimen misterio-
»so en la casa número 16 de Godolfín Street,
»uno de esos viejos edificios del siglo XVIII, que
»todavía se conservan entre el Támesis y la Aba-
»día de Westminster, casi esquina al palacio del
»Parlamento. Desde hace algunos años habita-
»ba en dicha casa un caballero español llamado
»Eduardo Lucas, conocidísimo en la alta socie-
»dad, tanto por sus encantos personales como
»por su excelente voz de tenor, que hacía las de-
»licias en todas las reuniones y *soirées* del gran
»mundo. Era soltero, y frisaba en los treinta y
»cuatro años. Su servidumbre componíase de un
»ama de gobierno, llamada mistress Pringle, y
»un ayuda de cámara, John Milton. Mistress
»Pringle acostumbraba retirarse temprano á sus
»habitaciones, situadas en el piso alto, y ano-
»che, como en días anteriores, hizo lo mismo.

»En cuanto al criado, tenía permiso para dor-
»mir fuera de casa, y pasó la noche en Ham-
»mersmith, en casa de un amigo suyo. Así, pues,
»á las diez de la noche ya estaba solo Mr. Lu-
»cas. ¿Qué sucedió entonces desde esa hora has-
»ta las doce menos cuarto, en que el agente Ba-
»rret notó que estaba entreabierta la puerta de
»la calle? No se sabe. Barret llamó dos ó tres
»veces, sin obtener respuesta. Luego, notando
»luz en el piso bajo, entró en el portal y volvió
»á dar voces. Nadie contestó. Entonces empu-
»jó resueltamente la puerta del cuarto iluminado.
»La estancia estaba en completo desorden, y
»tendido boca arriba, con una de las manos asi-
»da fuertemente á la pata de una silla, yacía el
»cadáver del dueño de la casa.

»La muerte, á juzgar por lo certero de la pu-
»ñalada, debió ser instantánea. Todavía se veía
»clavada hasta la empuñadura, en el corazón, el
»arma homicida. Era un corvo puñal indio, que
»el asesino quitó de una de las panoplias orien-
»tales que adornan las paredes. El robo no ha
»debido ser el móvil del crimen, puesto que no
»ha desaparecido objeto alguno de los muchos
»de valor que hay en el cuarto. A la hora de

»cerrar esta edición, no podemos dar más deta-
»lles referentes á este asunto que, seguramente,
»dispertará no poco interés é indignación, por
»ser el muerto una persona muy conocida y ven-
»tajosamente querida por sus excepcionales fa-
»cultades.»

Después de leer, Holmes dejó caer el periódi-
co, y estuvo un largo rato completamente ab-
sorto.

Por fin, mi amigo, levantando la cabeza y mi-
rándome fijamente, interrogó:

—¿Qué opináis de esto, Watson?

—Que es una coincidencia muy extraordina-
ria.

—¿Una coincidencia? Yo creo todo lo con-
trario. Me parece que este hecho es continuación
del otro, y que los dos están íntimamente liga-
dos entre sí. Indudablemente, este señor Lucas
tenía ó sabía dónde se hallaba la famosa carta.

—¡Pues entonces se va á enterar la policía!
—exclamé.

—¡Quiá! No lo creáis. ¿No véis que ella no
puede saber más que lo sucedido en Godolfín
Street, pero ignora lo que ha ocurrido en Whi-

tehall Terrace? Unicamente nosotros, que conocemos los dos sucesos, podemos ver la relación que existe entre ambos. Además, debo advertiros que desde el primer instante me fijé en Eduardo Lucas, porque su hotel está muy cerca de Whitehall Terrace, mientras que los otros dos agentes de que le he hablado, habitan en el extremo opuesto de Londres. Nada más lógico, pues, que estuviera más al tanto que los otros de lo que sucediera en el Ministerio de Estado. Si tenemos en cuenta, además, que... ¡Hola, mistress Hudson! ¿Qué hay?

Nuestra ama de gobierno acababa de entrar, llevando sobre una bandeja una tarjeta.

Holmes la leyó rápidamente, y entregándomela con aspecto asombrado, dijo:

—Rogad á lady Hilda Trelawney Hope que tenga la amabilidad de subir.

Un segundo después, nuestra modesta habitación, que había recibido por la mañana una visita tan sensacional, se vió honrada con la presencia de una de las mujeres más bellas de Londres. Más de una vez había oído hablar de lo hermosa que era la hija menor del Duque de Belminster; pero todas las descripciones, todos los elogios, todos los retratos, no podían dar una idea justa de aquella su encantadora delicadeza, y de un no sé qué gracil y exquisito que trascendía de su persona como un perfume.

Sin embargo, no era precisamente su belleza la que llamaba la atención en esta fría y triste mañana de otoño. La emoción había marfilado su semblante; sus ojos tenían el brillo de la fiebre, y un violento esfuerzo de voluntad cerraba sus labios sensuales. Al verla erguida en la puerta, no pudimos reprimir un estremecimiento.

—¿Habéis recibido la visita de mi marido, señor Holmes?

—Sí, señora.

—Yo os ruego, que en caso de que vuelva, no le digáis que he venido á veros.

Holmes se inclinó fríamente, y le señaló un asiento con la mano.

—Vuestra señoría me coloca en una situación muy difícil. Ante todo, sentaos y hacedme conocer el motivo de vuestra visita. Pero he de advertiros que lo que pedís no es muy fácil de conceder.

Lady Hilda atravesó la sala pausadamente,

majestuosamente, irguiendo su cabeza de reina, donde los ojos tenían brillo de piedras preciosas. Después se sentó de espaldas á la luz.

—Está bien—murmuró, quitándose rabiosamente los guantes blancos.—Procuraré portarme lealmente con vos, para que obréis de igual modo conmigo. Entre mi marido y yo reina una confianza completa, pero que termina donde empiezan los asuntos políticos. Al llegar aquí parece que alguien sella sus labios ; sin embargo, ya os habrá dicho que se vió precisado á ponerme al corriente de lo que aconteció anoche en casa. Sé que ha desaparecido un documento importantísimo, pero nada más ; porque tratándose de un asunto político, mi marido se ha negado á darme más explicaciones. Pues bien ; á pesar de todo, yo necesito imprescindiblemente conocer el verdadero valor de esa carta. Tengo la certidumbre de que, excepto los ministros, vuestro amigo y vos, sois las únicas personas que lo saben. Así, pues, señor Holmes, yo os ruego, por lo que más queráis, que no me ocultéis nada. Tened la seguridad de que guardando silencio perjudicáis más á mi marido que teniendo completa confianza en mí. ¿Qué decía la carta esa?

Holmes volvió á inclinarse con más frialdad que antes.

—Me pedís un imposible, señora.

Lady Hilda ocultó la cara entre las manos, profiriendo un gemido.

—Ya debéis comprender, señora — prosiguió Sherlock, — que debo obrar así. Si vuestro marido ha considerado conveniente no deciros nada, ¿os parece digno que yo, á quien ha confiado el secreto, falte á la palabra empeñada, y os haga saber lo que, según su criterio, debéis desconocer? De ningún modo. Dirigíos á él.

—Ya lo he intentado ; pero no he logrado nada. En fin, ya que os negáis á contestar explícitamente, vais á tener la bondad de contestar á una sola pregunta.

—Decid.

—¿Puede sufrir la carrera de mi marido algún contratiempo con este incidente?

—¿Debo contestar con entera franqueza?

—Os lo he suplicado antes.

—Pues bien, señora ; si esa carta no parece, ya puede considerar vuestro marido perdida la carrera.

—¡Ah!

Dudó unos instantes; luego, decidiéndose de pronto, continuó:

—Según me parece haber oído, creo que la pérdida de este documento podrá causar un conflicto internacional. ¿Es verdad?

—¿Os lo ha dicho así vuestro marido?

—Sí, se le escapó en el primer arrebato.

—En ese caso, no tengo por qué negarlo.

—Bueno; pero ¿por qué?

—Veo, señora, que estáis haciendo más de una pregunta.

La dama mordióse los labios.

—Bien, bien; no insistiré más. Después de todo, esa discreción vuestra os honra, y opino que este deseo mío de compartir los disgustos de mi esposo, no os parecerá extemporáneo. ¿Puedo confiar en que guardaréis el mismo secreto respecto de mi visita?

Holmes se inclinó asintiendo.

Lady Hilda se puso en pie, y lentamente, majestuosamente, salió de la estancia como había entrado.

—¿Qué os parece, amigo Watson, de todo esto? — dijo Holmes sonriendo, cuando al cerrarse la puerta del vestíbulo cesó el frú-frú de las faldas de seda y aún flotaba en el ambiente el perfume de la hermosa mujer.

—Pues me parece que es muy natural su inquietud, y muy lógicos sus deseos.

—No tanto, querido Watson, no tanto. Os habréis fijado en su agitación, en la ansiedad con que preguntaba, y debéis de tener en cuenta que esa mujer pertenece á una clase en la cual el disimulo es un verdadero arte.

—Realmente se hallaba muy emocionada.

—¿No os fijasteis con cuanto ardor aseguró que perjudicaría más á su marido mi silencio, que la confianza en ella? ¿Os fijasteis también cómo procuró ponerse de espaldas á la luz? Sin duda alguna lo hizo con intención de ocultar las sensaciones que se reflejaron en su semblante.

—En efecto, tuvo que atravesar la habitación para sentarse en ese sitio.

—¡Ay, querido! ¡La mujer es siempre un enigma! Ya recordaréis á aquella Margarita que sólo por hacer eso se descubrió á sí misma. Sin embargo, siempre he considerado una locura forjar hipótesis sobre ese arenal que se llama imaginación de mujer. Los actos femeninos, aun

los más vulgares, quizá se relacionen con hechos de suma gravedad, y tal vez lo que para ellas es de verdadera trascendencia, dependa de alguna horquilla que se ha perdido, ó de unas tenacillas que estuvieron demasiado tiempo al fuego. Vaya, Watson, hasta luego.

—¿Os marcháis?

—Sí; voy á pasar lo que resta de la mañana en Godolfín Street hablando con mis viejos amigos los policías. Aunque no estoy muy seguro de ello, quizá encuentre allí la solución del problema.

—¿No queréis que os acompañe?

—No; prefiero, amigo Watson, que os quedéis aquí por si viene alguien.

III

Transcurrieron tres días. Holmes estaba de un humor de todos los demonios; entraba y salía continuamente y á horas desacostumbradas; fumaba pipa tras pipa; tan pronto dábase á soñar tocando el violín, como paseaba agitadamente de arriba á abajo la reducida estrechez de nuestra habitación. Comía sin régimen, y sólo en una cosa perseveraba: en su silencio. A cuantas preguntas le hacía, ó respondía evasivamente, ó se encogía de hombros. Sin duda, no debía estar muy satisfecho del giro que tomaba el asunto.

Por los periódicos me enteré del resultado de la autopsia. Después de la detención de John Milton, el ayuda de cámara de la víctima, y, finalmente, de su libertad por falta de pruebas.

El jurado, presidido por el *coroner*, consideró que se trataba de un asesinato, pero que tanto los asesinos como el móvil del crimen eran desconocidos por completo. Nada faltaba de los objetos de valor ni de los papeles de la víctima; examinando estos últimos, se vió que el señor Lucas se hallaba al tanto de todas las cuestiones de política internacional, y mantenía relaciones amistosas con importantes hombres de Estado extranjeros. Pero nada de sensacional, nada que pudiese justificar el crimen, se halló en dichos papeles. También se descubrió que mantenía correspondencia con muchas mujeres, aunque, según sus amigos, nunca se le conocieron amores algunos. Era morigerado en sus costumbres, y nada había en su conducta que mereciera el menor reproche.

La detención del ayuda de cámara la hizo la policía, más que por convencimiento propio, por vanidad profesional. Sin embargo, según he dicho antes, consiguió probar la coartada. Había pasado la noche en casa de unos amigos, en Hammersmith. La suposición de que pudiera haber tomado el tren de Westminster y llegar, por consiguiente, antes del crimen, quedó destruida

prontamente, pues se demostró que, aprovechando la placidez de la noche, Milton hizo á pie el camino, y no llegó á la casa hasta después de las doce.

Siempre había vivído en las mejores relaciones con su amo, y aunque en su baúl se encontraron multitud de objetos pertenecientes al mismo, y especialmente un estuche de navajas de afeitar, el ayuda de cámara declaró que eran regalos que en diversas ocasiones le hizo el señor Lucas.

El ama de gobierno ratificó esta declaración, y añadió que la noche del crimen no había oído absolutamente nada, y que, por lo tanto, si míster Lucas había recibido á alguien, debió de abrir él mismo la puerta.

El misterio seguía impenetrable, puesto que Holmes, si sabía algo, no quería decirlo. Sin embargo, en cierta ocasión me dijo que Lestrade le había pedido ayuda, y comprendí que andaba por la buena pista.

El cuarto día el *Daily Telegraph* publicó lo que sigue:

«La policía de París acaba de hacer un descu-

»brimiento que quizá rompa el misterio que en»vuelve la muerte de Mr. Eduardo Lucas, asesi»nado en la noche del lunes último en Godolfín »Street, Westminster. Ya recordarán nuestros »lectores que se halló á la víctima con el cora»zón atravesado de una puñalada, y que las sos»pechas que recayeron desde el primer instan»te sobre el ayuda de cámara, fueron destruidas »al probar éste la coartada. Ayer los criados de »una mujer conocida con el nombre de madame »Henry Fournaye, y que habita en París, en un »hotelito de la calle de Austerlitz, dieron cuen»ta á la policía de que su señora presentaba sín»tomas de enajenación mental. Una vez reco»nocida, se demostró que, en efecto, estaba loca.

»La policía ha comprobado que la señora Four»naye volvió de Londres el martes último, y »que tal vez estuviera comprometida en el cri»men de Westminster. Con ayuda de fotogra»fías se ha descubierto de un modo indiscutible »que Mr. Eduardo Lucas y Mr. Henry Fournaye »eran una misma persona, y que ésta, por mo»tivos desconocidos todavía, vivía alternativa»mente en Londres y en París. La señora Four»naye es una criolla muy impresionable, y se»gún parece, amaba tan entrañablemente á su »marido, que más de una y de dos veces le tras»tornaron los celos. Se supone, pues, que, do»minada por esta pasión, marchó á Londres y »asesinó á su marido. Los empleados de la esta»ción de Charing-Cross han declarado que en la »noche del lunes vieron una mujer que, por el »desorden de sus vestidos y lo excéntrico de sus »ademanes, les llamó poderosamente la atención. »Ahora únicamente falta saber si la locura fué »causa del crimen, ó éste causa de aquélla. Es»peremos á la curación que los médicos confían »lograr dentro de poco tiempo.»

—¿Qué os parece de esto, amigo Holmes? — dije yo, concluyendo la lectura que había hecho en voz alta.

Holmes suspendió sus paseos, y deteniéndose delante de mí, dijo:

—Hay que confesar, amigo Watson, que sois un hombre excelente, y que tenéis una paciencia admirable. Sin embargo, conste que mi silencio, este silencio que tanto habéis respetado, no es hijo de la discreción, sino de absoluta carencia de noticias. Ese mismo descubrimiento de París no me sirve de nada.

—¿Que no? Yo creo que resuelve en absoluto el problema de la muerte de Lucas.

Holmes se encogió de hombros.

—Después de todo, la muerte de ese individuo es una cosa secundaria comparada con la importancia que tiene para nosotros el descubrir el paradero de esa carta. Creedme, Watson; estoy profundamente preocupado. Durante estos tres días, el Gobierno me ha tenido al corriente de lo que ocurre, y hasta ahora los astrónomos políticos no han anunciado signo alguno de tempestad en el horizonte europeo. A no ser que lo hayan dejado... Pero no; es imposible. Sin embargo, ¿dónde está? ¿Quién la tiene? ¿Por qué no hacen uso de ella? Estas son las preguntas que me martillean continuamente el cerebro. ¿Habrá sido una pura coincidencia la muerte de Lucas, la noche misma en que desapareció la carta? ¿Sería él quien la robó? En caso afirmativo, ¿cómo no la han hallado entre sus papeles? ¿La vería su mujer, y la llevaría consigo á París? Esto complicaría el asunto, porque ya sabéis que no podemos esperar auxilio de la justicia, á la cual debemos temer tanto como á los criminales. ¡Todo se vuelve en contra nuestra!

¡Y pensar que si yo triunfara coronaría dignamente mi carrera!

En aquel instante dieron dos golpes en la puerta.

—¡Adelante!—exclamé.

Penetró la señora Hudson con un telegrama en la mano. Holmes se lo arrebató, y leyéndolo rápidamente, dijo:

—Según parece, Lestrade ha encontrado algo interesante. Si deseáis acompañarme, Watson, iremos dando un paseo hasta Westminster.

IV

Llegamos á la casa del crimen. Era un edificio alto, sombrío, estrecho, con toda la austeridad y tristeza del siglo en que lo construyeron. Lestrade nos estaba aguardando asomado á una ventana del piso bajo, y él mismo nos abrió la puerta, estrechándonos calurosamente las manos.

Entramos en la sala donde se perpetró el asesinato. Excepto un manchón sangriento que había sobre un tapiz persa que cubría el noguerado suelo, nada hacía recordar la tragedia. Encima de la chimenea veíase una magnífica panoplia de armas orientales. Cerca de la ventana surgía de la pared la panza de una lujosa mesa-escritorio. Todos los detalles, los cuadros, los cortinones, los bibelots, los muebles, indicaban un carácter aficionado al lujo, casi coquetonamente femenino.

—¿Os habéis enterado de lo de París? — dijo de repente Lestrade, rompiendo aquel silencio que amenazaba no terminar nunca.

Holmes movió la cabeza afirmativamente.

—Yo creo — prosiguió Lestrade, — que nuestros compañeros, los policías franceses, han encontrado la pista del crimen. Evidentemente el asesinato debió cometerse tal como dicen. La mujer de Lucas seguiría los pasos á su marido, y loca de celos, llamaría á la puerta. Abrió Lucas, entró ella, y comenzaron á disputar. La señora le echaría en cara á su marido su extraño modo de vivir y aquella sospechosa dualidad de existencias. Poco á poco se iría agriando la conversación; la criolla perdería la cabeza, y apoderándose de un arma cualquiera, la clavó en el pecho de Lucas. Todo esto debió acontecer en pocos segundos, pues el cadáver tenía empuñada una silla como si la acabase de coger para repeler la agresión de su esposa. Tengo tal seguridad de que pasaron así las cosas, como si lo hubiera visto.

Holmes le miró asombrado.

—¿Entonces, para qué me habéis hecho venir?

—Por nada; por un detalle sin importancia. ¡Pero como os conozco bien y sé lo que os interesan ciertas cosas!... Sin embargo, no tiene nada que ver con el crimen.

—Bueno, ¿y qué es?

—Ya sabéis, amigo Holmes, que siempre que tenemos que intervenir en un asunto de esta clase, procuramos que no se nos escape nada. En esto seguimos, como veis, vuestros consejos. Así es que, desde el primer instante, dejé aquí de guardia un agente, día y noche. Esta mañana, después de la inhumación del cadáver, y como ya estaba casi terminado el asunto, procuramos arreglar algo esta habitación. Empezamos por levantar esta alfombra, que, como veis, no está clavada, y hallamos...

Una viva inquietud apareció en el semblante de Holmes.

—¿Qué habéis hallado?

—¿A que no lo acertáis?

Holmes se encogió de hombros.

—No me parece ocasión oportuna para perder el tiempo en adivinanzas.

Lestrade sonrió.

—¿Veis esta mancha de sangre? Lo natural es que traspasara el tejido, ¿no es cierto?

—Claro.

—Pues bien; no ha sucedido nada de eso,

la parte correspondiente del suelo está enteramente limpia.

—¡No es posible!—exclamó Holmes.

—¿Que no es posible? Mirad.

Y el policía, levantando una punta del tapiz, dejó descubierto una parte del suelo.

Holmes examinó el revés de la alfombra, y dijo:

—Pues no tiene más remedio que haber manchado la madera, puesto que la sangre ha empapado el tejido.

Lestrade sonreía jactanciosamente, saboreando el placer de causar asombro en un hombre como Holmes.

—En efecto. Hay una mancha en el entarimado, pero no correspondía con la del tapiz. Mirad.

Y mientras hablaba, levantó el otro extremo del tapiz. En la madera había una gran mancha roja.

—¿Qué opináis de esto, señor Holmes? — interrogó el policía con acento triunfante.

—Pues sencillamente, que han cambiado de sitio la alfombra después del crimen — respondió con tranquilidad Holmes.

—¡Ya, ya! — exclamó el policía, algo amoscado. — No necesitábamos que nos lo dijerais para saberlo. Hemos puesto la alfombra de distinto modo, y las dos manchas se corresponden.

—Entonces...

—Lo que deseamos es saber quién la cambió de lugar y con qué objeto.

Yo miré á Holmes, y comprendí hasta qué punto se había excitado su interés

—Vamos á ver, Lestrade; ese agente que hemos visto en el vestíbulo, ¿es el que ha estado de vigilancia todos estos días?

—Sí.

—En ese caso procurad interrogarle á solas. Nosotros os aguardaremos aquí, porque de ese modo tendrá menos inconveniente en hablar. Decidle que cómo se ha atrevido á dejar entrar á nadie, y particularmente, á consentir que se quedara sola esa persona en la habitación. Insistid en que lo sabéis todo, y que el único medio de obtener el perdón, es una confesión franca y leal. Sobre todo no preguntad nada, sino afirmar.

—Muy bien — dijo Lestrade.

Y salió de la habitación. Instantes después oímos su voz en el vestíbulo.

—Vamos, Watson — dijo Holmes muy agitadísimo. — No hay que perder tiempo.

Dió un tirón á la alfombra, y dejó el suelo descubierto. Luego, arrodillándose, empezó á tentar en las tablas del entarimado. Una de ellas se movió ; y al levantarla Holmes, apareció una pequeña cavidad. Metió mi amigo rápidamente la mano, y enseguida la sacó, lanzando un juramento. ¡ Estaba vacía !

—¡ Pronto, pronto, Watson ! Ayudadme á arreglar esto.

Apenas habíamos cerrado la abertura y tendido el tapiz, oímos aproximarse por el pasillo la voz de Lestrade. Holmes se apoyó con aire indiferente contra la chimenea, como un hombre cansado de esperar, y hasta reprimió un bostezo.

—Perdonadme, Holmes, — dijo el inspector al entrar. — Ya comprendo que maldito lo que os interesa este asunto. Sin embargo, algo hay de interesante en él.

Después, asomándose á la puerta, continuó :

—Pasad, Mac-Pherson, y contadle á estos señores vuestra falta.

Apareció un individuo grueso y de rostro vulgar. Todo en él denotaba una gran vergüenza.

—Ya os he dicho, señor Lestrade, que no creí perjudicar á nadie con ello. La joven se presentó aquí ayer por la tarde, asegurando que se había equivocado de casa. Hablamos un rato, porque ya comprenderéis que no tiene nada de agradable estar aquí de plantón horas y horas.

—Bueno, ¿y qué sucedió?

—Después de un rato de charla mostró interés por ver el cuarto del crimen. Según me dijo, se había enterado de ello por los periódicos. Como se trataba de una mujer muy *comme il faut*, no tuve inconveniente alguno en acceder á ello. Al divisar esa mancha de sangre en la alfombra, cayó desmayada. Yo corrí asustado á buscar un poco de agua para hacerla volver en sí ; pero no sirvió de nada. Entonces fuí por cognac á la tienda de Plant, que, como sabéis, se halla al final de la calle. Cuando volví había desaparecido. Indudablemente debió recobrar el conocimiento durante mi ausencia,y huyó avergonzada.

—¿Fué ella quien movió la alfombra?

—No sé ; pero no tiene nada de particular, puesto que, no estando clavada, al caer la seño-

ra sin conocimiento, quizá se arrugara algo. Sin embargo, me extraña, porque yo creí que la había vuelto á poner lo mismo que estaba.

—Esto os demostrará, agente Mac-Pherson — dijo Lestrade con voz hueca y enfática,—que no se me puede engañar impunemente. Imaginabais que nadie se enteraría de vuestra falta; y sólo he necesitado ver la alfombra para comprender que alguien había entrado en la habitación. Menos mal que no ha faltado nada; que si no...

Después, dirigiéndose á Holmes y cambiando el tono de voz, continuó:

—Siento mucho, querido, haberos molestado; pero lo hice creyendo que os interesaría esta falta de correspondencia entre las dos manchas de sangre.

—Y habéis supuesto perfectamente. Decidme, Mac-Pherson, ¿era la primera y única vez que entró esa mujer aquí?

—Sí, señor.

—¿La conocíais?

—No. Según me dijo, venía con motivo de cierto anuncio en que se solicitaba dactilógrafas, y se equivocó de número.

—¿Qué tipo tenía?

—Era una mujer muy elegante.

—¿Era alta?

—Sí, señor, y muy bella. Verdaderamente bella. Como me hablaba con tanta afectuosidad y parecía una persona decente, no creí cometer una falta complaciéndola en su deseo de ver esta habitación.

—¿Qué traje usaba?

—No se le veía bien, porque iba envuelta en una larga capa que la cubría hasta los pies.

—¿A qué hora vino?

—Cuando comenzaba á anochecer. Al salir yo á por el cognac, me encontré encendidos los primeros faroles.

—Está bien — dijo Holmes.—¿Vamos, Watson? Creo que se nos prepara mucho trabajo.

Dejamos á Lestrade en la habitación que fué de Eduardo Lucas, y salimos al vestíbulo. El agente Mac-Pherson nos acompañó hasta la puerta. Antes de salir, Holmes se volvió hacia él, y le mostró un objeto que llevaba en la mano derecha.

—¡Gran Dios!—exclamó el agente.

Holmes se llevó un dedo á los labios. Sepultó la diestra en el bolsillo, y salimos á la calle.

Al dar la vuelta á la esquina, Holmes profirió una estentórea carcajada.

—¡ Delicioso, amigo Watson, delicioso ! Va á principiar el último acto. Tengo la satisfacción de comunicaros que ya no habrá guerra internacional ; que la carrera del ilustrísimo señor Trelawney Hope no sufrirá contratiempo alguno ; que el imprudente soberano no recibirá el castigo merecido ; que el presidente del Consejo de Ministros podrá dormir tranquilo, y que, finalmente, con un poco de tacto por parte nuestra, conjuraremos lo que parecía formidable é inevitable catástrofe.

Mi espíritu se conmovió, una vez más, de admiración ante el talento de aquel hombre.

—Qué ¿habéis descubierto el enigma?

—Nada de eso, Watson. Aun quedan algunos detalles, pero son secundarios. Ya he conseguido saber lo principal. Ahora, si os parece, subiremos á un coche que nos lleve á Whitehall Terrace lo más pronto posible.

V

Cuando llegamos á casa del ministro de Estado, Holmes, con gran sorpresa mía, preguntó por la señora. Un instante después estábamos en el gabinete de la dama, y lady Hilda exclamaba roja de indignación :

—¡ Esto es una infamia, señor Holmes ! Bien claro os supliqué que, pasara lo que pasara, ignorase siempre mi marido que fuí á veros. Y en vez de guardarme el secreto, ponéis todos los medios para que se divulgue, viniendo á esta casa y preguntando únicamente por mí.

—Desgraciadamente, señora, me es indispensable obrar de este modo. Vuestro esposo y lord Bellinger me han encargado que buscara ese documento, y yo me he comprometido á satisfacer sus deseos. Así, pues, os suplico, señora, que tengáis la bondad de entregármelo.

Lady Hilda se levantó de un salto. Su semblante estaba lívido ; su mirada adquirió el temor de las fieras perseguidas, y tuvo que apoyarse en una butaca para no caer. Sin embargo, y haciendo un esfuerzo violento, fingió indignación y asombro.

—Me acabáis de insultar, señor Holmes.

—Vamos, señora, vamos. Estamos perdiendo el tiempo. Entregadme la carta.

Por toda respuesta, la mujer del ministro de Estado alargó la mano hasta el timbre. Holmes se encogió de hombros.

—Como gustéis, señora. Conste que yo he procurado por todos los medios posibles evitar un escándalo. Si me entregáis la carta, os prometo arreglarlo de modo que todo el mundo quede contento, y, en caso contrario, me veré obligado á quitaros la careta.

Lady Hilda se detuvo vacilante. Su brazo blanco quedó rígido, y sus ojos quedaron fijos en Holmes, como si pretendieran leer en el fondo de su alma. El timbre no llegó á sonar.

—¡ Esto es una cobardía ! ¿ Os parece bien venir á insultar en su propia casa á una mujer ?

Holmes volvió á encogerse de hombros.

—¿ Es que habéis descubierto algo ? — prosiguió ella.

—Estáis muy pálida, señora. Tened la amabilidad de sentaros. Mientras permanezcáis de pie, no pienso decir una sola palabra.

Lady Hilda se dejó caer en un sillón.

—Sé que habéis estado en casa de Eduardo Lucas — continuó Holmes ; — sé que le entregasteis ese documento, y sé también cómo y cuándo lo habéis recobrado, sacándole del escondite que hay debajo de la alfombra.

Lady Hilda miró á Holmes con ojos espantados. Dudó largo tiempo antes de contestar. Por último, y encogiéndose de hombros, exclamó :

—¡ Estáis loco !

Holmes extrajo del bolsillo un pedazo de cartón, en el cual había el retrato de una mujer.

—Ya veis, señora, que iba bien preparado. El agente de policía á quien vísteis, os ha reconocido en esta fotografía.

Ella entonces profirió un suspiro convulsivo, y dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón. Aquel ademán desnudó la blancura de su garganta de reina.

—Como veis, señora, es inútil negar. Todo

puede arreglarse, puesto que mi obligación limítase á entregar á vuestro marido esa carta. Si seguís mis consejos, os aseguro que no tendréis motivo alguno de queja.

El orgullo de lady Hilda se resistía á doblegarse.

—Ya os lo he dicho, señor Holmes, que ó estáis loco, ó mentís descaradamente.

Holmes se levantó.

—Lo siento por vos, señora. He hecho todo lo que he podido. Ahora, ateneos á las consecuencias.

Y apoyó un dedo en el timbre. Un instante después apareció un criado.

—¿Está el señor en casa?

—No, señor.

—Pero ¿vendrá pronto?

—Dentro de un cuarto de hora, aproximadamente.

Holmes miró el reloj.

—Está bien; aguardaré.

El criado, después de hacer una reverencia, salió de la habitación.

Apenas se había cerrado la puerta, lady Hilda se arrojó á los pies de Holmes, y con las manos cruzadas y lleno de lágrimas su hermoso semblante, suplicó:

—Perdonadme, señor Holmes, ¡Por amor de Dios no decidle nada á mi marido! En vuestras manos está nuestra futura felicidad.

Holmes levantó afectuosamente á lady Hilda.

—No sabéis cuánto me alegra, señora, que aunque tarde, hayáis seguido mis consejos. Pero no hay tiempo que perder. ¿Dónde se halla la carta?

La dama fué hasta su *secretaire*, y abriéndolo, sacó un ancho sobre azul.

—Aquí está, señor Holmes. ¡Ojalá nunca lo hubiera visto!

Holmes cogió el sobre, y tuvo un instante de vacilación.

—¿Cómo, demonios?... ¡Ah, sí! ¿Dónde está el cofrecillo?

—En la alcoba.

—¡Magnífico! ¿Queréis tener la amabilidad de traérmelo, señora?

En dos segundos lady Hilda salió de la estancia y volvió á entrar con el cofrecillo.

—Tened la bondad de abrirlo — prosiguió

Holmes. — Porque supongo que tendréis una llave falsa.

Ella asintió con la cabeza, y sacando una llavecita del pecho, abrió el cofrecillo.

Mi amigo introdujo el sobre azul entre los varios papeles que había dentro, y cerró nuevamente la cajita de hierro.

—Ahora tened la amabilidad de llevarlo á su sitio.

Cuando volvió lady Hilda, Holmes miró el reloj, y dijo:

—Muy bien. Tenemos diez minutos por delante, y si queréis, podemos aprovecharlos contándome vuestra intervención en el asunto.

—Estoy dispuesta á ello, señor Holmes. Supongo que no me habréis juzgado mal. Yo me dejaría cortar la mano derecha antes que causar el menor mal á mi marido. Y, no obstante, estoy segura, de que si sabe todo lo que he hecho, no me lo perdonará jamás. Yo os ruego, señor Holmes, que no me abandonéis.

—Vamos, vamos, señora, no hay que perder el tiempo.

—En otra época, antes de conocer á Trelawney, escribí una carta algo... ardiente. Fué una

de tantas locuras que toda joven inexperta comete. Entonces no creí que tuviese importancia; pero está tan arraigado en Trelawney el sentimiento del honor, que seguramente hubiera encontrado criminal lo que únicamente era una locura de chiquilla. Un día me enteré que Lucas tenía dicha carta en su poder y que estaba dispuesto á entregársela á mi marido. Después de suplicarle muchísimo, prometió dármela, á cambio de un documento que había en el cofrecillo, y el cual me describió con exactitud, asegurándome que este acto no perjudicaría absolutamente nada á mi esposo. ¿Qué hubiérais hecho en mi lugar, señor Holmes?

—Avisar á Trelawney.

—Imposible. De no acceder á su petición, mi ruina era segura; y como, á pesar de que consideraba abominable el hecho de apoderarme de ese documento, no creía perjudicar con ello á mi esposo, obedecí á Lucas. Le di una marca en cera de la llave, y al día siguiente, el español me entregó la falsa. Abrí el cofrecillo, cogí el documento, y lo llevé á Godolfín Street.

—¿Qué sucedió entonces?

—Llamé á la puerta, tal como estaba conve-

nido. Me abrió Lucas en persona, y echando á andar delante de mí, me guió hasta su gabinete. Yo tuve la precaución, temiendo á la soledad con tal hombre, de dejar abierta la puerta de la calle. Terminamos bien pronto el asunto, y entregándole yo la carta azul, conseguí recobrar la que tanto pudo haberme comprometido. De pronto sentimos chirriar la puerta de la calle, y unos pasos precipitados en el pasillo. Lucas levantó rápidamente la alfombra, guardó la carta en una abertura del piso, y volvió á dejar las cosas tal como estaban. Lo que aconteció después se conserva en mi espíritu como el recuerdo de una pesadilla. Abrióse la puerta, apareció en el umbral una figura sombría, y una voz de mujer gritó : ¡*Je ne me suis pas trompée. Enfin, enfin, je vous trouve avec elle!* Después, una lucha salvaje. El hombre empuñó una silla ; entre las manos de la mujer centelleó un puñal ; yo, espantada, convulsa, escapé de aquella horrorosa escena. A la mañana siguiente supe por los periódicos cómo había terminado. Y mi felicidad de haber podido destruir la carta comprometedora se deshizo ; á la antigua inquietud sustituyó otra nueva y mayor. Fué tal el espanto

de mi esposo cuando se enteró de la falta del documento, que estuve á punto de caer de rodillas delante de él y confesárselo todo. Pero, en fin, débil, y el temor de tener que declararle los motivos que me obligaron á robar la carta, selló mis labios. Entonces pensé en vos, y corrí á vuestra casa para saber las consecuencias de mi falta. Ya no tenía más que una idea fija : recobrar el documento. Este debía hallarse en el sitio donde lo guardó Lucas al sentir los pasos de la mujer. ¿Cómo entrar en la habitación? Durante dos días estuve rondando incesantemente la casa ; pero ni una sola vez pude encontrar ocasión de ello. Ayer hice la última tentativa. Ya sabéis cómo... Ahí está mi esposo.

Abrióse bruscamente la puerta, y el ministro de Estado entró en el gabinete.

—¿Qué noticias hay, señor Holmes?

—No son del todo malas.

Su semblante resplandeció de alegría.

—¡Gracias á Dios! Precisamente hoy come el presidente en casa. ¡Jacobo! — prosiguió, asomándose á la puerta. — Rogadle al señor presidente que tenga la bondad de subir. Respecto á vos, querida — dirigiéndose á su esposa, —

esperadnos en el comedor, porque tenemos que tratar de asuntos políticos.

Entró lord Bellinger. Su aspecto continuaba siendo impasible y correcto ; pero en el brillo febril de sus ojos, en sus manos temblorosas, comprendí que estaba tan agitado como Trelawney.

—¿De modo que hay algo nuevo, señor Holmes?

—Hasta ahora no ; pero he recorrido todos los sitios donde pudiera encontrarse el documento, y os aseguro que no hay peligro alguno.

—Eso no basta. Llevamos tres días viviendo sobre un volcán. Necesitamos algo más positivo.

—Para eso he venido, señores. Conforme pienso más en ese asunto, más me convenzo de que la carta no ha salido de esta casa.

—¿Cómo?

—¿Qué decís?

—Que si verdaderamente la hubieran cogido, á estas horas hubieran ya hecho público su contenido.

—Entonces, si no pensaban hacer uso de ella, ¿para qué la han robado?

—Yo no creo que la haya robado nadie.

—¿Y cómo ha desaparecido del cofrecillo?

—Yo no creo que haya desaparecido del cofrecillo.

—Opino, señor Holmes, que habéis elegido muy mala ocasión y peor motivo para burlaros de nosotros. ¿No os he dicho que yo mismo miré y remiré en la cajita de hierro, y me convencí de que faltaba el sobre azul?

—¿Habéis vuelto á mirar esos papeles después del martes?

—No ; ¿para qué había de mirar?

— Porque tal vez la primera vez, aturdido por la desaparición, os ofuscarais y no vieseis bien los papeles.

—Imposible.

—Bien, bien... Después de todo no se trata más que de una suposición mía. ¡Sucede eso tantas veces! ¿No teníais muchos papeles en el cofrecillo?

—Sí.

—Pues entonces, bien pudo el sobre confundirse entre las hojas de alguno de ellos.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque estoy enteramente seguro de haberlo puesto encima de todo.

—¿No volcásteis la cajita de hierro?

—No; fuí sacando uno á uno los papeles.

—Después de todo, Hope — interrumpió impaciente lord Bellinger, — eso es fácil de ver. Ordenad que os traigan aquí ese dichoso cofrecillo.

El ministro de Estado apoyó la mano en el timbre. Apareció el criado de antes.

—Jacobo, traedme el cofrecillo de hierro que tengo encima del tocador de mi alcoba. Ya veréis, señores, como no se halla la carta. Esto me parece, sencillamente, perder el tiempo.

El criado volvió á entrar con la misteriosa caja entre las manos.

—Gracias, Jacobo, ponedlo aquí, encima de esta mesa. Ahora verán ustedes.

Y sacando del bolsillo del chaleco una llavecita enteramente igual á la que instantes antes empleó su mujer, abrió el cofrecillo.

—¿Veis? No está. Aquí hay una carta de lord Merrow, una comunicación del Ministerio de Hacienda, una memoranda de Belgrado, una nota de los impuestos sobre los granos en Rusia y Alemania, una carta de Madrid, otra de lord

Flowers, un... ¡Gran Dios! ¿Qué es esto? ¡Mirad, lord Bellinger!

El presidente le arrebató el sobre azul de entre las temblorosas manos.

—¡Al fin! — exclamó. — Se halla intacta. Os felicito, amigo Hope, os felicito.

—Gracias, gracias. ¡Qué peso se me ha quitado de encima! Pero esto es extraordinario. ¿Sois brujo, señor Holmes?

Holmes, con las manos metidas en los bolsillos, abierto de piernas sonreía con ironía.

—¿Cómo demonios sabíais que estaba aquí? —continuó cada vez más estupefacto Mr. Trelawney.

—Porque he visto que no estaba en ninguna parte.

—¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Dónde se halla mi mujer? ¡Hilda! ¡Hilda! ¡Ya pareció!

Y salió precipitadamente. Sus gritos se fueron debilitando pasillo adelante y después cesaron de oirse. El presidente fijó la mirada de sus ojos severos y taladrantes en mi amigo.

—Me parece, señor Holmes, que aquí hay algún misterio — dijo con su voz tranquila y sonora. — ¿Cómo ha vuelto esa carta al cofrecillo?

Holmes echóse á reir, y volvió la cabeza para evitar aquella mirada escrutadora.

—También nosotros tenemos nuestros secretos diplomáticos.

Y cogiendo el sombrero, se dirigió hacia la puerta.

FIN